TARIJA

ENTRE
TERRITORIOS POBLADOS Y DESPOBLADOS:

TRASHUMANCIA GANADERA EN TARIJA





Carlos Vacaflores R.
Ricardo del Carpio B.   Rhinda Calla G.
Jesús Molina A.





investigaciones regionales

Entre territorios poblados y despoblados: la trashumancia ganadera en Tarija



INVESTIGACIONES REGIONALES

TARIJA

Entre territorios poblados y despoblados: la trashumancia ganadera en Tarija

Carlos Vacaflores Rivero

Ricardo Del Carpio Borda
Rhinda Calla Gutiérrez
Jesús Molina Antelo



DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA Y TECNOLÓGICA U.A.J.M.S.



CENTRO ECLESIAL DE DOCUMENTACIÓN



CENTRO DE ESTUDIOS REGIONALES PARA EL DESARROLLO DE TARIJA



PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN ESTRATÉGICA EN BOLIVIA

La Paz, 2003

Esta publicación cuenta con el auspicio del Directorio General para la Cooperación Internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores de los Países Bajos (DGIS).

Vacaflores Rivero, Carlos

Entre territorios poblados y despoblados: la trashumancia ganadera en Tarija / Carlos Vacaflores Rivero; Del Carpio Borda, Ricardo; Calla Gutiérrez, Rhinda; Molina Antelo, Jesús. — La Paz : FUNDACIÓN PIEB, Abril 2003.
xx.; 172 p. : maps., ilus., tbls. ; 21 cm. — (Investigaciones Regionales Tarija; no. 1)

D.L. : 4-1-388-03
ISBN: 99905-68-31-6 : Encuadernado

TRASHUMANCIA / GANADERÍA / ALIMENTACIÓN ANIMAL / MEDIO AMBIENTE / PLANIFICACIÓN REGIONAL / PASTOREO / COMUNIDADES RURALES / PASTIZALES / TARIJA
1. título **2**. serie

Edificio Fortaleza, Piso 6, Of. 601
Av. Arce Nº 2799, esquina calle Cordero, La Paz
Teléfonos: 243 25 82 - 243 52 35
Fax: 243 18 66
Correo electrónico: fundapieb@unete.com
website: www.pieb.org
Casilla postal: 12668

Diseño gráfico de cubierta: Alejandro Salazar

Edición: Claudia Espinoza

Producción: Editorial Offset Boliviana Ltda.
Calle Abdón Saavedra 2101
Tels.: 241-0448 • 241-2282 • 241-5437
Fax: 242-3024 – La Paz - Bolivia

Impreso en Bolivia
Printed in Bolivia

Índice

TERCERA PARTE
MODERNIZACIÓN Y MODERNIDAD EN EL UNIVERSO AGRÍCOLA DE TARIJA

Presentación

El departamento de Tarija vive procesos acelerados de cambio. La alta presencia de migrantes; los caminos de la interculturalidad; la decisión de los campesinos por preservar sus conocimientos frente al avasallamiento de la "modernidad"; la presencia de las transnacionales y la contaminación del medioambiente; la lucha por la tierra....la vulnerabilidad de los grupos indígenas.

Seis investigaciones apoyadas por el Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB), en el marco de su Convocatoria Regional Tarija, abordan estos temas con amplitud. Y lo hacen a partir del trabajo de investigadores de la región comprometidos con el desarrollo local y con la necesidad de brindar conocimientos para entender mejor estos procesos.

Las investigaciones cubren una gran parte de los temas identificados por diferentes actores de la región como prioridades de investigación en Tarija. La consulta de necesidades de investigación se realizó el 2000; el proceso continuó con el lanzamiento de la Convocatoria Regional Tarija, en el marco de los concursos impulsados por el PIEB a favor del fortalecimiento de las capacidades locales de investigación. Se siguió con la elección de los ganadores del concurso entre 28 proyectos; el desarrollo de las investigaciones y la socialización de sus principales hallazgos.

La Convocatoria Regional Tarija llegó a buen puerto gracias al apoyo de tres instituciones, contrapartes del PIEB en la región: Dirección de Investigación Científica y Tecnológica (DICYT) de la Universidad Juan Misael Saracho; el Centro Eclesial de Documentación (CED) y el Centro de Estudios Regionales para el Desarrollo de Tarija (CER-DET). Fue importante, también, la contribución de la Casa de la Cultura de

Tarija, institución que leyó con atención los objetivos de este concurso y creó puentes de encuentro con instancias involucradas en los temas trabajados, a favor del uso de los resultados.

Ahora la Convocatoria Tarija se cierra con la presentación de las seis investigaciones publicadas: *Tarija en los imaginarios urbanos* e *Interculturalidad entre chapacos, quechuas, aymaras y cambas en Tarija* dan luces sobre transformaciones en la urbe tarijeña *La trashumancia ganadera en Tarija,* se acerca al área rural y a prácticas de desarrollo campesino. El Chaco y la serranía de Aguaragüe, fueron los escenarios de *La lucha por la tierra en el Gran Chaco tarijeño, Estrategias de sobrevivencia entre los Tapietes del Gran Chaco* y *Contaminación del agua e impactos por actividad hidrocarburífera en Aguaragüe.*

Las investigaciones citadas constituyen insumos valiosos para el trabajo y reflexión de los actores políticos y sociales interesados en el desarrollo de Tarija a partir del conocimiento científico. Esperamos que sean el referente de futuras investigaciones sobre la región. El PIEB estará atento al camino que cada una de ellas siga, y, de igual forma, a los nuevos emprendimientos de sus autores, cuya contribución se suma a la de otros investigadores a los que el PIEB ha apoyado a través de sus convocatorias regionales en Beni, Potosí, Oruro, Santa Cruz y, recientemente, Chuquisaca.

Godofredo Sandoval
Director Ejecutivo del PIEB

Prólogo

Gente que camina con sus vacas: ¿es ésta una historia que se dilata y se prolonga en las estribaciones periféricas de un mundo moderno? o ¿tienen estas comunidades algo importante que ofrecer en la búsqueda de cómo usar nuestra madre tierra, la Pachamama, de manera que pueda mantener su habilidad de proveer las necesidades de vida para nosotros y nuestros hijos?

Vivimos en una época en que el ser humano puede colocarse sobre la tierra y mirarla desde el espacio exterior. Mientras que para muchos éste es un signo del increíble desarrollo tecnológico, la visión completa del planeta tierra también enfatiza los límites y la vulnerabilidad de nuestro hogar, la Pachamama. La imagen de la "tierra-isla" ha ayudado a comprender que nuestros destinos están ligados, de que cualquier cosa que hagamos tiene un efecto en su totalidad. Este entendimiento derivó en las reuniones mundiales sobre medio ambiente en Río, en 1992, y en Johannesburgo, en el 2002.

Ahora es tiempo de reflexionar sobre cómo los grandes avances tecnológicos influyen e influirán en la compleja interacción del manejo tradicional y moderno de los recursos naturales. Los expertos, preocupados por la sostenibilidad del "desarrollo" en América Latina, ven los problemas en estas áreas críticas como intimidantes. Esto debido a la falta de atención y estrategias efectivas para prevenir a los campesinos de regiones "subdesarrolladas" y pobremente equipadas de caer aún más en la espiral de la pobreza, y así evitar una mayor degradación de ambientes marginales. Sin embargo, se vislumbran algunas esperanzas en la conjunción de los sistemas de conocimiento local/indígena (especialmente aquél relacionado al manejo agrícola y de los recursos naturales) con el sistema de conocimiento científico occidental.

Es importante subrayar que la promesa no yace en la adopción del conocimiento científico occidental, sino, más bien, en el diálogo entre este conocimiento con los sistemas de conocimiento local. La conjunción entre el conocimiento local y el científico está dirigida a la intensificación y "modernización" de los sistemas productivos agropecuarios. Este "entremezclarse" de dos sistemas de conocimiento requiere que la mayoría de nosotros deje a un lado los preconceptos de lo que es un conocimiento valedero y abramos nuestra mente para aprender de nuevo sobre la tierra a través de los ojos de los lugareños.

Carlos Vacaflores y los coautores de este libro son miembros de un nuevo tipo de ONG orientada a la investigación, la Comunidad de Estudios JAINA, cofundada por un par de jóvenes visionarios, Vacaflores y la investigadora Pilar Lizárraga. El nombre de JAINA fue escogido con el propósito de enfatizar la importancia del conocimiento local y un estilo de investigación colaborativo, integrado y holístico. Los investigadores de JAINA han sido colaboradores clave para el desarrollo del proyecto PLAN, un esfuerzo de largo plazo para desarrollar medios efectivos que impulsen y apoyen la planificación basada en la comunidad y dirigida a alcanzar una producción agrícola y ganadera sostenible en los ecosistemas boscosos de montaña en Latinoamérica. Los esfuerzos del proyecto PLAN y de los investigadores de JAINA, apoyados por el PIEB en esta investigación de trashumancia, han respondido a la necesidad de "entremezclar" el conocimiento científico occidental con el conocimiento local.

Un viejo dicho sobre cómo aprender algo de alguien más, afirma que la mejor manera es andar una gran distancia sobre los pasos del antecesor. El equipo de JAINA comenzó los estudios que llevaron eventualmente a este libro, haciendo exactamente eso, caminando largas distancias con esta gente "trashumante" que traslada su ganado en largas migraciones cíclicas anuales. La ruta los lleva desde las alturas de los valles interandinos de Tarija a través de espacios abiertos al este del departamento, hasta la selva tucumano-boliviana del río Lacajes y Salinas, y viceversa.

Frente a una ideología política, agrícola y de desarrollo que visualiza la crianza extensiva de ganado vacuno como ineficiente y ambientalmente dañina, y los movimientos nómadas como un signo de no permanencia, problemático y de dudoso valor para la sociedad, este libro se sitúa en un claro contraste. Los autores presentan una historia que sobresale tanto por su simplicidad como por el rico entramado de las diversas interacciones de esta gente con sus animales y con su ambiente. Es una historia que

cambiará la visión de cómo podríamos vivir en este mundo. Los autores pintan un complejo cuadro de ecología, crianza de animales, economía y cultura que ofrece un ejemplo plausible de cómo la gente puede existir en armonía con la naturaleza y con el paisaje. Esta es una fascinante historia de una cultura especial que merece ser considerada con respeto por su lealtad y responsabilidad frente a la comunidad y la Pachamana, ejemplo notable de sostenibilidad en un mundo amenazado.

Espero que este libro atraiga la atención y consideración sobre la necesidad de estos campesinos de contar con un lugar seguro para vivir y prosperar como una parte única y valiosa de nuestra sociedad. Finalmente, considero que los autores de este nuevo y emocionante libro deben ser elogiados por su visión y sus esfuerzos de rescatar la historia de esta población extraordinaria, y con ella invitarnos a aprender a interactuar con la tierra. Así que haga una caminata con estos investigadores y gente trashumante, que lo llevarán a través de los hermosos paisajes de Tarija y sus antiguos caminos de sabiduría.

Ph.D.Timothy Moermond
Profesor de Zoología y Estudios Ambientales
Universidad de Wisconsin, Madison (EE.UU.)

Prefacio

El trabajo de investigación sobre las estrategias de trashumancia ganadera que practican los campesinos del Valle Central de Tarija, en el eje denominado Tolomosa-Lacajes, es parte de un trabajo más amplio iniciado en el año 1997 en la zona de los valles de las Salinas, en la provincia O´Connor de Tarija, por parte de la comunidad de estudios JAINA y la Universidad de Wisconsin, en el marco del programa Global Livestock - Collaborative Research Suport Programme (GL-CRSP).

Este programa, mediante el proyecto PLAN, ha desarrollado un enfoque de investigación sobre los aspectos de la gestión local de los recursos naturales a un nivel de comunidad local y microcuenca. El sitio de estudio en el valle de las Salinas, la microcuenca de La Sal, comparte su territorio entre los sistemas de crianza ganadera de ese valle y los sistemas ganaderos extensivos del Valle Central de Tarija, formándose una especie de interfase entre dos sistemas agrarios ubicados en la gradiente altitudinal de los Andes en el departamento de Tarija.

Con el apoyo del PIEB, a partir de la convocatoria regional para Tarija, se encara la comprensión de las vinculaciones productivas de los ambientes de selvas de montaña relacionados al valle de las Salinas, con aquellos del Valle Central de Tarija. Como fruto de ese trabajo colaborativo, se logra desarrollar el presente trabajo de investigación el que ayuda a comprender las dinámicas locales de gestión de los recursos naturales en el contexto de la gobernancia regional.

Introducción

Cada cierto tiempo, los "chapacos" —así es como se conoce a los campesino tarijeños—, transportan sus hatos de ganado vacuno por los caminos que unen a la ciudad de Tarija con las localidades de Entre Ríos y Bermejo, ubicadas en la zona de selvas de montaña del departamento. En Tarija, esta práctica muy conocida por el campesino, es observada no sin cierta curiosidad por quienes estamos vinculados a la vida del pueblo, planteándonos seguramente interrogantes como: ¿Para qué tanto sacrificio en este absurdo traslado del ganado, que de paso perjudica el tráfico vehicular? ¿Acaso no comprende el campesino que debería quedarse con sus animales en la comodidad de su comunidad, donde debería cultivar forraje para así acceder a un sistema de vida moderno? Muchos habitantes del pueblo responderán que el campesino, en su irracionalidad, se empecina en hacer algo que ha aprendido de su tradición atrasada y que no ha tenido acceso —"el pobre"—, a la iluminación de la ciencia moderna que podría enseñarle a no pasar por estos sufrimientos.

Estas palabras son, por supuesto, una exageración. Pero intentan reflejar un problema en el enfoque del desarrollo: la reducción de la polarización de lo moderno y lo atrasado a una equiparación entre la vida urbana como equivalencia de adelanto, y todo lo vinculado a lo rural, como el caso de la trashumancia ganadera que describimos, a un mundo tradicional que ha demostrado, aparentemente, su ineficiencia por las condiciones de pobreza y atraso que lo caracterizan. La práctica de la trashumancia ganadera en el mundo rural tradicional ha sido sistemáticamente ignorada en el accionar del desarrollo regional, el cual ha asumido que, al ser de origen campesino, no tiene validez de propuesta tecnológica de lo científico, de lo "moderno". Este enfoque sostiene

que no vale la pena tratar de comprender la trashumancia ganadera y mucho menos apoyarla. Esta omisión, implícita en varios proyectos de desarrollo, ha implicado la obstaculización de su mejoramiento como actividad económica y social.

Sin embargo, la práctica de la trashumancia ganadera tiene plena vigencia en el área rural tarijeña y ha servido para el desarrollo de la sociedad campesina desde su establecimiento en los valles de Tarija a partir del siglo XVI. Por más de 400 años ha permitido articular una economía y una cultura, cuya complejidad reclama, en estos días, el reconocimiento de sus aspectos positivos. En primer lugar, hay que apuntar que la gestión local de los recursos naturales en el Valle Central de Tarija se operativiza principalmente mediante la trashumancia ganadera, la cual genera, con varios otros mecanismos, una territorialidad amplia que permite una gestión colectiva en base a las estructuras de gobernancia que estructuran los propios actores o usuarios locales. Esta podría llamarse *unidad funcional* de desarrollo, es decir, un espacio territorial con un alto nivel de coherencia interna que permite establecer un arreglo institucional, creemos, viable.

En base a algunos estudios preliminares en diferentes comunidades del Valle Central de Tarija (Vacaflores, C. 1998; JAINA 2000), se pudo advertir que la actividad ganadera que practican los campesinos chapacos está organizada a partir de ciertos ejes de trashumancia que cumplen un rol de aglutinadores de las dinámicas que se generan en torno a esta actividad, y que establecen una suerte de "unidades territoriales ganaderas" a lo largo del Valle Central. Uno de estos ejes, que vincula la parte media del Valle Central, entre la cuenca del río Tolomosa y las cuencas de Carlaso y San Agustín, con un área alrededor de la cuenca del río Lacajes, ya en la zona de selvas de montaña, fue seleccionado como unidad de análisis para esta investigación, cuyos resultados podrían servir para comprender la actividad ganadera de todo el Valle Central. A este eje se lo ha denominado, con fines del estudio, el eje Tolomosa-Lacajes, aunque aclaramos que este nombre no es usado por los campesinos que componen su institucionalidad.

En este eje se ha considerado importante conocer la forma y los límites de su territorialidad, así como la mecánica de su conformación institucional, análisis que se constituye en temática central de este trabajo. Para ello, se ha tomado una muestra que permita conocer las tendencias de comportamiento de los actores individuales y comunales, y su posible interacción con las características ambientales que estructuran el territorio. Con este propósito, se han realizado entrevistas a campesinos ganaderos

seleccionados —bajo los estándares locales— como "grandes, medianos y pequeños" de dos comunidades, Churquis y Carlaso, ubicadas en el lugar más húmedo del valle, la primera, y en el sector más seco, la segunda. Así se pensó cruzar las variables de práctica de la trashumancia con el nivel de bienestar relativo en la comunidad, y este con las condiciones ambientales de la comunidad de residencia, para ver si existía alguna relación significativa. De manera preliminar, se puede afirmar que existe una alta correlación entre estas variables, como se argumenta en el desarrollo de la investigación, precisando que la práctica de la trashumancia se despliega bajo ciertas condiciones y que no todos los campesinos del Valle Central la realizan.

A partir de estos elementos, el trabajo ha sido organizado en tres partes. Una primera que visualiza los procesos históricos que han dado lugar a la actual conformación del territorio; la segunda, en la que se describen diferentes aspectos de las características actuales de la actividad de la trashumancia ganadera en el territorio Tolomosa-Lacajes; y la tercera donde se plantea una discusión sobre la validez de la práctica de la trashumancia en el contexto del desarrollo regional. El trabajo fue realizado con la participación de cinco investigadores: tres agrónomos, una socióloga y un estudiante de antropología, quienes aportaron a la discusión interdisciplinaria que nos permitió captar de manera más amplia la complejidad que encierra la comprensión de este territorio. En el marco de las investigaciones promocionadas por el Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB), también se contó con la participación de un equipo de investigadores de amplia y reconocida trayectoria para fortalecer el diseño y ejecución de esta propuesta, encabezados por Lorenzo Calzavarini como asesor principal. A todo este equipo nuestra amistad y agradecimiento.

Finalmente, un ritual aparentemente obligatorio (pero sólo en apariencia, porque todo aquel que comparte una travesía sabe que no se trata de eso, sino de las emociones construidas conjuntamente entre ocasionales compañeros): nuestro profundo respeto y admiración para este sagaz hombre del campo tarijeño que, en la pesadumbre del destino, saca su increíble creatividad y enfrenta el destino como viene: donde llega la lluvia se moja, y donde llega la noche duerme, con la entereza y el optimismo del que cree. Por el eterno trago de los caminos que nos llevan al monte y nos devuelven al hogar, y para que la santa madre tierra nos bendiga siempre con sus frutos y nos permita festejar cada año con la copla del alma.

PRIMERA PARTE

El universo rural chapaco

CAPÍTULO UNO

Los valles de Tarija

1. El entorno rural, historia y composición

La cordillera de Los Andes se estructura de forma especial en el sur de Bolivia. A su paso por el departamento de Tarija presenta cordones montañosos longitudinales que corren paralelos en un sentido aproximado de norte a sur, generando una sucesión de valles y cordones de montaña, ubicados en diferentes estratos altitudinales, posicionados desde los ambientes de alta montaña —a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar— hasta llegar al pie de monte, en el contacto entre la cordillera y la llanura chaqueña, a una altura de 400 metros sobre el nivel del mar (Zonificación Agroecológica y Socioeconómica del Departamento de Tarija, 2001).

En medio de esta pendiente altitudinal, se encuentra el Valle Central de Tarija, ubicado en un estrato medio entre los ambientes de puna y selva de montaña. Está formado por la unión de varios valles amplios que desembocan a un corredor principal generado por el paso del río Guadalquivir en su recorrido hacia la zona subandina, y es en general un área de buenas condiciones para el desarrollo de la agricultura en las terrazas aluviales de fondo de valle.

En este valle está ubicada la ciudad de Tarija, capital del departamento, con una población aproximada de 140.000 habitantes (INE, 2001); el área circundante está conformada por la presencia de comunidades campesinas, cuyos miembros reciben el nombre de chapacos.

Al margen de las pocas empresas vitivinícolas, algunas granjas lecheras, avícolas y porcinas, el habitante del sector rural del valle tarijeño practica una estrategia productiva enmarcada en la dimensión de la pequeña y mediana unidad productiva campesina.

El comportamiento económico de la misma (Paz, 1995) se sustenta en estrategias de manejo del riesgo basadas en la diversificación, interrelación y complementariedad de actividades, productos, tiempos y espacios, en una compleja adaptación a condicionantes ecológicas, económicas, políticas e históricas.

El acceso colectivo, en mayor o menor medida, a los factores productivos, también le confiere al medio rural la característica de la organización en comunidades campesinas, con todo lo que implica en términos culturales. Si bien la definición cultural de la región escapa a los alcances de este trabajo, el desarrollo de la temática asume un contexto cultural con formas propias, cuyas raíces se remontan a los continuos procesos de influencia cultural entre diversos grupos que desde tiempos inmemoriales han entrado en contacto en estos valles.

Sin embargo, con la mirada de la "tradición y la costumbre", no se visualiza en la actualidad una práctica campesina de acceso y manejo de los recursos naturales y sociales cuyas implicancias en la eficientización de la producción y reproducción económica y cultural debería ser tomada en cuenta con mayor atención.

La forma en que se articulan los pobladores rurales a su entorno biofísico y socioeconómico para desarrollar sus estrategias productivas y de vida, no es para nada caótica ni está sujeta al azar, sino que, al contrario, está enmarcada en una lógica definida que ha adquirido su particularidad y permanencia bajo la influencia del entorno biofísico y social. Por así decirlo, la racionalidad de los campesinos busca los modos de articularse al entorno para resolver las necesidades de sobrevivencia y desarrollo, favoreciendo las opciones que coyunturalmente apuntan a ser óptimas.

Todo ese complejo de conocimiento es manejado socialmente, y es la cultura la expresión que exterioriza y mantiene, a través del tiempo, este desarrollo de optimizaciones en constante adaptación. Intencionadamente, nos referimos a la "cultura chapaca" como un marco de referencia que provee elementos de análisis que explican un trabajo de prueba y error que ha sido mantenido de generación en generación, y que ha producido el saber que maneja actualmente el campesino chapaco para relacionarse con su contexto.

Para no caer en la idealización del medio rural —"la armonía de las comunidades campesinas con su entorno"—, esta investigación trata de interpretar las instituciones instauradas en el medio rural chapaco para la gestión de los recursos naturales, ya que las mismas muestran el estado de evolución de la adaptación social susceptible de ser evaluado en su eficiencia relativa.

Las instituciones, en tanto normas que proveen un marco que ordena el accionar de los individuos dentro de un contexto determinado, se expresan mediante diversos mecanismos que fluyen desde la tradición, la costumbre, la usanza, los ritos, los hábitos, entre otros, asegurando que los miembros de la comunidad sigan estas prescripciones.

El calendario festivo rural, por ejemplo, es un mecanismo de la tradición que ubica y provee las referencias para vincular las actividades productivas con los ciclos climáticos que genera el movimiento de traslación y rotación del planeta. Además, está inmerso en un complejo de ritos y símbolos, cuya función incluye la eficientización de la estrategia productiva.

La crianza de animales, y dentro de esta actividad la crianza del ganado vacuno, requiere una adaptación a las condiciones de gran variabilidad que imprime el medio, desarrollando itinerarios técnicos adecuados para la sobrevivencia del hato familiar a lo largo de su ciclo de vida. Estos itinerarios incluyen una serie de procedimientos y estrategias de manejo, los cuales han sido incorporados a la tradición mediante eventos recordatorios que organizan el ciclo productivo anual con ritos y símbolos ubicados temporalmente en una lógica que se repite cada año.

Para el campesino de los valles interandinos de Tarija, la llegada de la fiesta de la Cruz, el 3 de mayo, marca el tiempo para iniciar el traslado del ganado vacuno desde las comunidades del Valle Central hacia los puestos de pastoreo ubicados en el monte, en los valles adyacentes del subandino. La fiesta de Todos Santos, el 2 de noviembre, es el referente que indica el tiempo de sacar los animales de los puestos del monte y volverlos a traer hacia las comunidades del Valle Central.

Ese traslado cíclico, denominado la trashumancia ganadera, vincula espacios productivos entre pisos ecológicos, cuya expresión espacial e institucional se traduce en la formación de unidades territoriales funcionales donde se operativiza la gestión de los recursos naturales.

El origen de esta lógica de estructuración del territorio, en la dimensión funcional de los usuarios locales, se remonta a los procesos de consolidación de los valles de Tarija como parte de un núcleo territorial más grande: la influencia del Estado Tiwanacota, el Estado Inca, el Estado colonial español y el Estado boliviano, sucesivamente, cuyas fronteras de dominio territorial han tenido en estos valles un hito importante.

La evolución del actual arreglo institucional, que permite el funcionamiento de las unidades territoriales de trashumancia ganadera entre el valle de Tarija y las selvas

de montaña, se nutre de las antiguas instituciones de ocupación territorial que fueron instauradas para fortalecer la función de frontera, ya sea consolidada o en expansión.

2. La frontera del Estado incaico

A la llegada de los españoles a los valles de Tarija en el siglo XVI, la población local estaba compuesta por una diversidad de grupos culturales, situación que se explica por tratarse de un lugar de frontera entre el imperio incaico y el territorio guaraní (Presta, 1995; Ávila, 1997; Calzavarini, 1996; Corrado, 1990). Era política del Estado Inca trasladar pueblos *mitimaes* a sus fronteras para cumplir tareas militares y económicas (Dillehay, 1998; Presta, 1995; Schaedel, 1998; Larson, 1992) con el fin de consolidar su dominio territorial.

La práctica de expandir el dominio territorial de grupos étnicos con fuertes vinculaciones familiares en diferentes pisos ecológicos, denominados ayllus, estaba establecida en la zona incluso antes de la llegada de los incas, cuando los señoríos aymaras tenían un dominio territorial de la región (Larson, 1992). Estos grupos familiares o grupos *mitimaes*, ubicaban sus parcelas en diferentes nichos ecológicos, distanciados entre sí y separados por un "territorio extranjero", conectando en lo posible los espacios productivos de puna con los de valle, y en algunos casos con los de tierras más cálidas del subandino y llanuras hacia el oriente (Larson, 1992; Murra, 1975; Platt, 1982, 1999).

La llegada del imperio incaico a la zona de los señoríos aymaras del sur del Lago Titicaca en el siglo XV no significó la destrucción de esas estructuras, sino que los incas las asimilaron hábilmente para beneficiar el flujo de productos hacia el núcleo del Estado, manteniendo la articulación de pisos ecológicos entre grupos familiares (Larson, 1992).

La expansión del Estado Inca generó diversas situaciones de frontera, en las cuales las relaciones establecidas deben entenderse en *el marco del intercambio de información y recursos, relaciones entre conquistador y conquistado, y esfuerzos por consolidar el control político y económico* (Dihellay, 1998:3). Las fronteras no fueron homogéneas, al contrario, existen evidencias de que cumplían diversas funciones, que a su vez fueron articuladas mediante diferentes estrategias desde el "centro" del Estado. Las necesidades de recursos para soportar la dinámica de la expansión, las características productivas y ecológicas de las diversas regiones y las particularidades de los grupos en contacto imponían distintas dinámicas en cada frontera.

Con el tiempo, esas fronteras tendían a estabilizarse y articularse de manera más fluida con el "centro", constituyéndose en un espacio de transición entre las fronteras llamadas "externas" hacia las "internas", es decir, fronteras que pasan de un menor a un mayor grado de asimilación a las estructuras políticas y sociales del Estado Inca, y viceversa.

La expansión estaba relacionada al establecimiento de rutas para el transporte tanto de productos como de distintos tipos de "funcionarios" del Estado, aprovechando las estructuras políticas y comerciales presentes en cada lugar para beneficio del poder central emplazando asentamientos y fuertes militares en sitios estratégicos.

Cada tipo de frontera habría contado con una disposición diferenciada de sus estructuras, instalaciones y emplazamientos, según la funcionalidad de la misma. Las fronteras militares eran diferentes de aquellas de intercambio de productos, de pastoreo, de asentamientos agrícolas o de las de extracción de productos especiales, aunque es posible que las fronteras hubieran tenido elementos de varias de ellas a causa de su estabilización.

Las fronteras militares tendrían una disposición de guarniciones y asentamientos en función de la protección de las rutas y control político, por lo que se ubicaban en lugares estratégicos, mientras que las fronteras de intercambio de productos podrían tener una disposición más espaciada de rutas y asentamientos, con una mezcla de funciones económicas y militares. Por otro lado, los asentamientos agrícolas estarían referenciados por el desarrollo de una estructura de producción agrícola caracterizada por la presencia de terrazas y canales de riego de manera más compleja e intensiva que en las fronteras de intercambio.

Las fronteras del Estado Inca debieron tener alguna relación con la estructura ecológica del territorio, ya que la disponibilidad de recursos en los ambientes de montaña presenta una variación altitudinal que sugiere la necesidad de incorporar ciertos recursos de las "tierras bajas" hacia las economías de las "tierras altas". Además, las estrategias técnicas de apropiación de los recursos son diferentes en el llano y en las montañas, lo que planteaba un obstáculo para los incas en su penetración a la selva, de manera que la vinculación entre estos dos grandes ambientes parecía estar guiado por una política de "relaciones de intercambio" con los habitantes de estos lugares (Schaedel, 1978:122-3).

Pese a estos datos, las políticas de frontera del Estado Inca no son claras, pues no se cuenta con suficiente información para confirmar si el imperio estaba en proceso de expansión, consolidación o reducción (*Ibid*. 1998:216).

La interpretación de las evidencias —para algunos autores (*Ibid.* 1998)— apoya la suposición de un Estado en consolidación territorial, identificando las nociones de la frontera formalizada y la no formalizada como estructuras establecidas, donde el imperio desarrolla una estrategia de penetración pacífica, desde la primera hacia la segunda, en la perspectiva de consolidar el dominio territorial.

El espacio entre la frontera formalizada y la frontera no formalizada, en ciertos casos, se refiere a un *territorio de puestos de avanzada, dentro de una especie de zona de amortiguamiento político o una gran tierra de nadie, cuya función política era absorber la hostilidad esporádica y su función económica era la creación de condiciones que permitieran el comercio externo* (*Ibid.*: 216). Esta mecánica parece haber estado presente a lo largo de gran parte de la frontera del Estado Inca, además de asociada con otra política aplicada uniformemente referida al uso de los *mitima* como mecanismo económico, de seguridad y contra insurrección (Presta, 1995).

La expansión no formalizada tenía una primera fase militar, tras la cual se establecía una convivencia más pacífica, donde incluso pudieron haberse producido estrategias de consolidación que incluían las alianzas matrimoniales y el robustecimiento de las elites locales, una vez demostrada su lealtad.

Siguiendo esta lógica, la frontera de Tarija parece haber sido una en consolidación, posterior a la fase militar, ya que pudo haber tenido una estructura de frontera formalizada y otra no formalizada, cuya penetración llegaba a las estribaciones del valle subandino. La función de esta frontera parece haber sido propiciar un ambiente de intercambio de productos entre ecosistemas de pie de monte en poder de los guaraníes y chanés (Calzavarini, 1996), y de los valles interandinos y puna, en poder del Estado Inca.

La ausencia de estructuras productivas agrícolas (andenes, canales de riego, estructuras de almacenamiento, etcétera) sugiere que esta frontera no cumplía este tipo de rol de manera central, sino más bien compartía roles de producción en pequeña escala, de intercambio de productos con el subandino y control militar, como indica la presencia de caminos y fuertes "de avanzada" hacia la zona de monte.

La defensa ante eventuales incursiones militares por parte de los guaraníes —frecuentemente mencionada en los documentos coloniales (AFT, M-162, 1745)—, fue una función importante de esta frontera que incluso se mantuvo en la época de la Colonia española.

3. Los guaraníes y la disputa del territorio

Del otro lado de la frontera inca, en las estribaciones andinas de la zona del valle de Tarija, se encontraba el pueblo guaraní, cuya característica fue una gran resistencia a la expansión incaica, realizando incluso algunas incursiones militares hacia el lado incaico de la frontera (AFT, M-162, 1745) e imprimiendo una dinámica particular de avance y retroceso a esta parte de la frontera (Presta, 1995).

El pueblo guaraní, llamado también *chiriguano* por los andinos y después chiriguanaes[1], por corrupción fonética de los españoles, mantuvo resistencia como unidad cultural independiente hasta la época republicana de Bolivia, cuando recién fue sometido por el ejército del nuevo Estado, en la década de 1890, con la batalla de Curuyuki (Meliá, 1988; Calzavarini, 1996).

Los guaraníes de la frontera tarijeña provenían aparentemente de un movimiento migratorio que surgió desde el Paraguay. Formaban parte de una unidad relativamente diferenciable de otros grupos guaraníes ubicados más al norte a lo largo de la frontera oriental del incario (*Ibid.* 1988; 1996).

Al parecer, el territorio guaraní se organizaba en base al dominio de grupos centrales y periféricos. El sentido de globalidad se ordenaba en la parte central, más ligada a la tradición; la otra parte —en vinculación con los pueblos circundantes— cumplía el rol de articulación mediante mecanismos de alianzas e intercambios (Calzavarini, 1996; AFT, M-52, M-146, M-162, M-170). Según la historia, los grupos del núcleo central eran más "feroces" y apegados a la tradición guerrera, mientras que los grupos de la periferia debían ser más hábiles en la negociación con sus vecinos, pues su posición relativamente inmediata ante posibles represalias obligaba a encarar las relaciones de manera más estratégica si se pretendía la estabilidad del grupo.

La movilidad del pueblo estaba ligada al mito de la búsqueda de la Tierra sin Mal, *ubicada más allá de las montañas de Los Andes* (Meliá, 1988; Calzavarini, 1996), lo que seguramente inspiraba los intentos de movilización hacia territorio incaico y vino dirigiendo la migración desde las riberas del Atlántico hacia la zona de la Cordillera en el hoy denominado Chaco boliviano.

A su llegada al Chaco, los guaraníes encontraron a los chanés, un pueblo con características más sedentarias y con una economía basada en la agricultura, quienes

---

1 Denominación de los guaraníes del Paraguay para indicar los parientes emigrados al Chaco boliviano.

habían desarrollado mecanismos de intercambio "con las poblaciones de las serranías" (*Ibid.* 1996), lo que refuerza la tesis de que la frontera de Tarija cumplía una función importante de intercambio con las "tierras bajas".

Este rasgo posibilitó que los dos pueblos se juntaran rápidamente en una asociación, con roles diferentes. Los unos como "amos", debido a su carácter guerrero, y los otros como "servidores" (*tapûi*) debido a su carácter más sumiso (Meliá, 1988; Calzavarini, 1996). En esta unidad no se destruyeron la cultura ni las relaciones con la zona andina favoreciendo, en alguna medida, la continuidad de la frontera de intercambio en la zona de Tarija.

El establecimiento de los pueblos *mitimaes* en el Valle Central de Tarija, de manera bastante esparcida (Presta, 1995), sugiere que la frontera inca formalizada de esta parte del territorio pasaba por el piso altitudinal que forma este valle, y que la frontera no formalizada se extendía hacia la zona de selvas de montaña.

Si bien no existe documentación ni crónicas que puedan aportar mayor información sobre la estructura de los caminos y fuertes incaicos hacia la región del subandino, las observaciones de campo —en el acompañamiento del traslado de vacas hecho por los campesinos entre el Valle Central y las selvas de montaña— muestran estructuras de ese tipo hasta la zona de la ceja de montaña. Por otra parte, aunque en el territorio no se registren construcciones incaicas hacia adentro, es posible suponer que las mismas hayan avanzado más en esa dirección dada la dinámica de avance y retroceso que existía en esta parte de la frontera.

En ambas partes de la frontera existía una estructura territorial que favorecía los eventuales contactos de intercambio y alianzas, cuyo control efectivo parece haber sido manejado con cierta cautela. Ese territorio de "amortiguamiento" (Schaedel, 1998) cumplía la función económica de facilitar el contacto, y no parece haber estado incorporado a los espacios productivos intensivos tal como señala la ausencia de infraestructura como andenes, canales de riego, etcétera.

Sin embargo, es importante anotar que, hasta hoy, se realizan viajes de llameros entre los ambientes altos y la zona de selvas de montaña, pasando por el valle de Tarija, para el intercambio de productos entre pisos altitudinales. Es probable que esos "caminos de la sal" se hayan originado en la funcionalidad de intercambio de esa frontera.

Hasta la llegada de los españoles, el territorio de la franja de amortiguamiento en la frontera de Tarija aparentemente estaba "vacío", sólo habían caminos y fuertes

de avanzada, mas no así asentamientos humanos vinculados al incario, estableciéndose una zona de "tregua" entre ambas partes.

Este dato resulta interesante, pues aporta información sobre el modo en que pudo haberse estructurado la institucionalidad de control y acceso a esa parte del territorio que en la actualidad es el lugar de los puestos de pastoreo de invierno, el cual llega justo hasta los valles de Las Salinas, ubicados en un área donde se trasladó la frontera entre el Estado colonial y el pueblo guaraní después de la llegada de los españoles.

4. La Colonia, incursiones hacia los Chunchus

La colonización y conquista del continente americano, en su porción sudamericana, fue un proceso encarado por los reinos de España y Portugal con una visión inicialmente algo incierta, por la magnitud y complejidad de semejante emprendimiento aún no comprendido para acceder a estas nuevas tierras, pero que rápidamente se pudo definir en una intención de dominio del nuevo mundo que se verifica en los sucesivos informes que llegaban de las expediciones de exploración (Barragán, 2001).

La organización de esta empresa planteaba una visión general cuyo objetivo era programarla para los *tiempos largos*, ideando y estableciendo una estrategia que permitiera ir consolidando el dominio territorial sobre América; al mismo tiempo, se contemplaba otra visión para *tiempos cortos*, cuya naturaleza se definía a partir de las exigencias de solventar los gastos de las operaciones de conquista asumidas con la urgencia de adelantarse a otras potencias coloniales para lograr el dominio lo antes posible (Calzavarini, 1996).

Las incursiones iniciales de los españoles buscaban establecer las rutas entre los distintos puntos estratégicos del territorio continental (Barragán, 2001), que en principio constituían "los tesoros del Inca" en las provincias del sur —el Collasuyo— y que luego guiaron las expediciones conquistadoras de Almagro hacia las tierras de Chile, en la zona de la Cordillera de Los Andes, para luego emprender las incursiones desde el extremo oriental del continente, iniciadas por Juan Días de Solís en 1515, quien llegó a lo que después se llamaría el Río de la Plata, desde donde se intentaron las expediciones de enlace territorial (Calzavarini, 1996).

A partir de los sucesos de la batalla de Las Salinas en 1538, en que se apresa y posteriormente se ajusticia a Diego de Almagro, las expediciones de conquista en el continente sudamericano se organizan bajo el liderazgo de Francisco Pizarro y sus

hermanos, quienes comienzan con las incursiones hacia los Chunchus, siguiendo el mito que los indígenas de Los Andes les habían contado sobre riquezas fabulosas en las llanuras tropicales, probablemente con intenciones de hacer separar las tropas españolas (Barragán, 2001).

Esas expediciones tuvieron varias rutas de ingreso. Una de ellas fue la escogida por Pedro de Candia, quien después del fracaso de entrar a los Chunchus por Ambaya, decidió ingresar por territorios de Tarija, en el año 1539, cuya infraestructura caminera incaica le facilitaría la labor, además de estar fuera de la ruta de Gonzalo Pizarro, quien estaba en campaña por los valles de Cochabamba y los Charcas (*Ibid.* 2001).

En esta mezcla de intenciones para lograr el dominio territorial a partir de incursiones "privadas" bajo el patrocinio de la Corona Española y de la necesidad de encontrar una vía hacia el Atlántico, se fueron consolidando asentamientos españoles por las posibles rutas de ingreso a los Chunchus, que luego llevarían a conectarse con el Río de la Plata (*Ibid.* 2001), estableciéndose así la primera expedición y establecimiento de españoles en el valle de Tarija con Candia, en 1539.

En esta ocasión, como señalan documentos de la época (*Ibid.* 2001), los españoles intentaron entrar a los Chunchus, pero fracasaron en su intento, ya que eran tierras boscosas, abruptas, por donde no pasaban caballos. No habían caminos más allá de este valle de Tarija, lo que indicaba una zona de frontera del imperio incaico, más o menos referenciado con el inicio del "monte". También describen esta zona como un territorio poco habitado, lo cual sugiere que estas primeras estribaciones boscosas cumplían una función de área de amortiguamiento en la frontera entre los guaraníes e incas (Barragán, 2001: 85). El hecho es que esta expedición se retira del valle de Tarija para unirse a la expedición de Valdivia hacia tierras de Chile.

Antes de la fundación de la Villa de San Bernardo de la Frontera de Tarija, en 1574, el valle de Tarija formaba parte de la encomienda y extensa gobernación de Juan Ortiz de Zárate, quien logró criar bastante ganado vacuno, ovino, porcino, caprino y caballar, desde donde sacó los animales necesarios para poblar el territorio de su gobernación (Barragán, 2001). Este ganado se crió rápidamente en los valles de Tarija, donde incluso llegó a ser un problema por los daños que causaban a los cultivos.

Fue la primera vez que se introdujo ganado vacuno a Tarija a través de la encomienda de Ortiz de Zárate, quien inició la crianza del mismo mediante algún sistema de cuidadores ya que él mismo no vivía en esta estancia por lo grande de sus dominios.

Con el tiempo, el constante asedio de los guaraníes desbarató esta propiedad ganadera ocasionando que los animales vacunos se críen por sí solos y en estado silvestre, estado en el cual fueron encontrados durante la incursión de Luis de Fuentes y Vargas para fundar la Villa de San Bernardo de la Frontera de Tarija en 1574 (Barragán, 2001; Ávila, 1997).

Con esta nueva incursión, los españoles trajeron más animales y lógicamente usaron también los cimarrones existentes para consolidar sus hatos. Sin embargo, durante esos primeros años fue difícil establecer un sistema de manejo controlado de pastoreo entre el valle central y la zona del monte, pues esta área se encontraba bajo el control de los guaraníes, por lo que se puede presumir que esos animales —en estado silvestre— hayan comenzado a establecer la migración estacional de manera espontánea para satisfacer sus necesidades de forraje a lo largo del año.

En el afán expansionista de los colonizadores, el Virrey Toledo promovió la fundación de un pueblo en el valle de Tarija para consolidar esa zona de frontera con los guaraníes, respondiendo a las estrategias de estructuración del territorio en el largo plazo, pues ofrecía condiciones adecuadas para intentar, desde ese punto, incursiones hacia los llanos orientales y entablar la conexión con el puerto del Río de La Plata. Este trabajo fue encomendado a Luis de Fuentes, quien organizó la empresa invirtiendo una gran fortuna personal como era la usanza en esos tiempos, es decir, la forma en que se conseguían los recursos para encarar las acciones de conquista inmediatas (Ávila, 1997).

Esto probablemente incentivó al personaje a permanecer en Tarija, a pesar de la gran resistencia que le impusieron los guaraníes con sus constantes incursiones sobre los colonos recién llegados. Esas formas de conquista constituían, por un lado, la estrategia del Estado colonial para consolidar su territorio y condición para que se le asigne las tierras conquistadas al conquistador, y por otro, representaban una inversión muy fuerte de la economía personal del propio Luis de Fuentes.

Así, la frontera de Tarija fue peleada palmo a palmo con los guaraníes, quienes comprendían claramente las intenciones de la Colonia española de expandir sus dominios sobre su territorio. Por varios años se mantuvo esa frontera en los confines del valle de Tarija, aunque los españoles organizaban ocasionales incursiones militares hacia los valles del subandino para aplicar escarmiento en las poblaciones guaraníes asentadas allí (*Ibid.* 1997).

Dentro de ese plan, en 1584 se realizó una incursión militar en gran escala por los frentes de Santa Cruz, Tomina y Tarija, cuyo efecto fue el desplazamiento de las

poblaciones guaraníes hacia el oriente. Pese a que las tierras cercanas a la frontera guaraní eran siempre riesgosas para vivir, eran ya bastante conocidas por los españoles.

La creciente población de animales vacunos en el valle de Tarija, que en 1590 Luis de Fuentes calculaba en 30.000 cabezas de ganado (Barragán, 2001: 105), probablemente obligaba a los españoles a buscar la forma de paliar la escasez de alimento de invierno, trasladando al menos parte de sus animales hacia la zona del monte donde estaban los guaraníes. Este pudo ser un mecanismo de dominio territorial y un aliciente adicional para consolidar estas tierras como frontera más "interna" del expansivo Estado colonial español. Así se cumplía el compromiso asumido por Luis de Fuentes con la Corona de establecer un dominio efectivo de la jurisdicción de Tarija en cuarenta leguas a su alrededor (Ávila, 1997).

Por esa razón, la frontera fue objeto de gran atención por parte de Luis de Fuentes, quien no sólo la sometió a un régimen militar, sino también desarrolló una serie de alianzas y tratos con los guaraníes que poblaban sus cercanías (*Ibid*. 1997). Era vital poder merodear sin peligros por la zona, cuidando el ganado que allí se había metido.

5. Las fronteras de Tarija y Las Salinas

Tras la muerte de Luis de Fuentes y Vargas, en 1598, heredó su vasto patrimonio en tierras de Tarija, Juan Porcel de Padilla, a quien se había pasado también la responsabilidad de *preservar el dominio de la Audiencia de Charcas* en su jurisdicción, continuando los esfuerzos por establecer la comunicación entre este punto con las tierras del Río de la Plata (*Ibid.*: 113), labor por la que este personaje fue célebre.

En 1616, Porcel de Padilla fundó una población en el valle de Las Salinas, denominada como la Nueva Vega de Granada (AFT, M-162, M-163, M-166, M-167, M-168, M-169; Ávila, 1997; Porcel, 2000), iniciando así la consolidación de una nueva línea de frontera, más separada esta vez del valle central de Tarija y adentrándose en territorio del subandino, lo que ocupó el valle ubicado altitudinalmente por debajo del Valle Central, que forma el piso ecológico con posibilidades de desarrollar la agricultura.

Al igual que en los otros emprendimientos de conquista, la consolidación del valle de Las Salinas estuvo a cargo y coste de Porcel de Padilla, quien debía solventar a los nuevos colonos, dándoles incluso armamento, animales y semillas para su establecimiento a cambio de ejercer los oficios de Capitán Poblador y Justicia Mayor *por todos los días de su vida y después de él por una generación* (Porcel, 2000). La concesión de

tierras por parte de la Corona a los conquistadores les asignaba un marco de derechos sobre las mismas, lo que probablemente fue parte del mecanismo de consolidación de estos sistemas agrarios en función a las sucesivas fronteras de consolidación territorial que se establecieron desde el valle de Tarija hacia la zona guaraní.

Para la fundación de la Nueva Vega de Granada, se trasladaron varias familias de españoles al mando del Capitán Juan Porcel de Padilla, quien repartió tierras en virtud del poder en él delegado. La forma en que se procedió a esta repartición fue pensando en consolidar un núcleo poblado, el cual debía tener características de mejor defensa y fortificación por tratarse de una fundación de avanzada en la frontera con los "bárbaros", donde expresamente debían residir y defender los colonos españoles, *so pena* de perder los derechos sobre la tierra mientras durase tal ordenanza (Ávila, 1997; AFT (M-162), 1745; Porcel, 2000).

Asimismo, para cada colono que tenía su lote de suerte en el pueblo, destinado básicamente para su vivienda y huerta, se dispuso la asignación de espacios más grandes copando la extensión del valle circunvecino, donde se usaban como referencias las pampas limitadas por los arroyos y las divisorias de aguas.

Estas asignaciones, que podían ser de diverso número, se concretaban en forma de propiedad privada individual, lo cual permitía derechos privados sobre los recursos tierra, forraje y agua (AFT, M-162, 1745). Sin embargo, la forma de ocupación del espacio por parte de los colonos se realizaba inicialmente en una zona de residencia relativamente alejada de las tierras de pastoreo y cultivo de maíz. Las viviendas se ubicaban en la villa de la Nueva Vega de Granada y los campos de pastoreo y parcelas de cultivo de maíz en las pampas circunvecinas, como describe un documento de 1692 donde se indica que los *pobladores de la dicha Vega entran de ordinario, y sólo con su servicio cultivando por sus tiempos las dichas tierras de Las Salinas, sembrando y cogiendo lo necesario, y otros haciendo pesquerías, y por sus tierras de pastos, y para ganados tienen los suyos, y pastean en ellas...* (AFT, M-162, 1692). Esa lógica aún se mantiene en algunos lugares, pero ya no por motivos militares, sino por el acceso a otros beneficios que brinda el pueblo de Entre Ríos.

Esta nueva frontera comenzó a cumplir la función de delimitar nuevamente el territorio desde el valle de Tarija hacia el subandino, que inicialmente estaba conectado en términos de propiedades y espacios productivos de los "campesinos" tarijeños. Esto ocurrió así, porque los primeros colonos fueron muchas veces campesinos propietarios

en el Valle Central, quienes intentaron ampliar sus propiedades dadas por Porcel de Padilla a los que le acompañaran en la fundación de esta nueva población (AFT, M-162, 1745). Fue la primera estructura de propiedades conectadas con el Valle Central.

Debido a la presión siempre presente de los guaraníes, incluso hasta el siglo XIX, esta frontera tuvo que ser frecuentemente evacuada e incluso se dejaron las propiedades a cargo de "arrenderos" para sentar soberanía sobre las mismas, pues los propios dueños preferían estar en sus propiedades de Tarija, más a salvo de las huestes guaraníes. Esta dinámica frenó el avance de la colonización por varios años en estos sitios, dando tiempo a los colonos para que estructuren sus nuevos espacios productivos en función al eje de este valle.

Posteriormente, se comenzaron a establecer sistemas productivos en el mismo valle, pues los territorios entre éste y Tarija ya estaban ocupados por los puestos de pastoreo de los campesinos tarijeños. Así se estableció una "frontera productiva" entre los sistemas con base en Tarija y aquellos con base en los valles de Las Salinas.

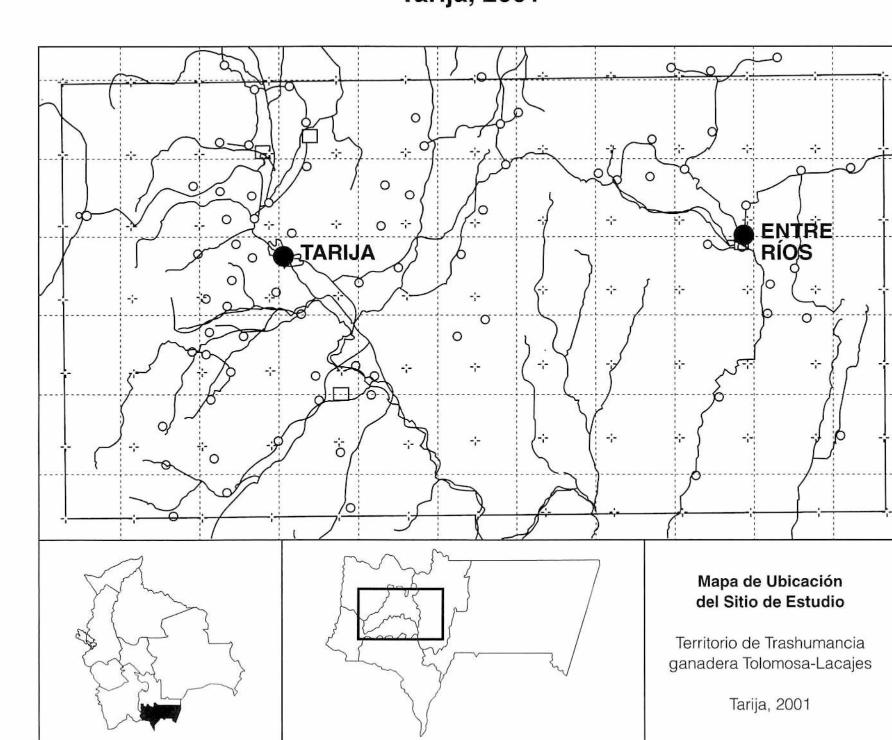
Recién en el año 1690 se efectiviza la incursión de los jesuitas, quienes empiezan las reducciones de tierras a partir de una petición hecha en el mismo año, donde se solicitaba —a través del jesuita Joseph Arze— *adjudicar a los indios* las tierras *realengas*[2] encontradas por este padre ubicadas en el valle de Las Salinas, Nogal y Chiquiacá, además de las que están entre El Salado y Sereré (ver Figura 1), por ser aptas para establecer poblados y para cristianizar a los indios *"en conformidad de las cédulas y órdenes de su majestad que hablan cerca de las reducciones y poblaciones de los indios, por cuales ordena que a los indios que se redujeren se les señalen tierras, aguas y montes...para fundar pueblos sacándoles de los montes, quebradas y serranías..."* (AFT, M-162, 1745).

Esta primera reducción se funda en la parte del Valle de Abajo, como se conocía entonces al actual valle de Las Salinas, y los colonos españoles aparentemente tenían un mayor control de la parte del Valle del Medio y del Valle de Arriba, donde actualmente está la población de Entre Ríos, establecida a partir de la construcción del camino carretero hacia el Chaco durante la Guerra con el Paraguay (1933-1936), y donde se trasladó la población que estaba hasta entonces en la zona del Valle de Abajo.

---

2 Las tierras realengas eran aquellas de dominio del Estado colonial, aptas para ser adjudicadas a nuevos colonizadores españoles, ubicadas usualmente más allá de la frontera con los "salvajes".

Figura 1
Mapa de ubicación del sitio de estudio - territorio de trashumancia ganadera Tolomosa-Lacajes
Tarija, 2001



Fuente: Geoespacio srl.

De este modo, esta frontera se estaciona en estos valles por muchos años, primero con la fundación de la Nueva Vega —por unos 30 años hasta la muerte de Porcel de Padilla, cuando fue abandonada— y después cuando se fundan los fuertes de San Luis, Santiago y Las Salinas en los valles de Arriba, del Medio y de Abajo, los que fueron funcionales incluso hasta después de la independencia boliviana (Porcel, 2000; Dunkerley, 2000).

6. Formación de dos grandes espacios productivos

El proceso de consolidación territorial —mediante el avance de la frontera de Tarija— fue influyendo en la consolidación de los espacios productivos conectados a través de los sistemas productivos particulares de los antiguos campesinos tarijeños y articulados con los puestos de pastoreo en el valle y en el monte. Estas conexiones, aparentemente, no pasaron del valle del actual Entre Ríos y Las Salinas, debido a que la frontera se estacionó por un periodo prolongado en este lugar, favoreciendo a que se desarrolle allí el eje de los sistemas productivos a cargo de otros campesinos diferentes a los de Tarija. Así se estableció un límite de expansión de los sistemas productivos desde el Valle Central de Tarija hasta los valles de Las Salinas.

El Valle Central de Tarija, ubicado a una altura promedio de 1.800 metros sobre el nivel del mar, presenta la característica climática de los valles interandinos de los Andes Centrales, con un promedio de precipitación de 700 mm al año y una secuencia estacional muy marcada entre la época de lluvias y la época seca, generando condiciones climáticas semiáridas.

Bajando hacia los valles subandinos, se encuentran los valles de Las Salinas, cuya altura promedio de 1.000 metros sobre el nivel del mar y exposiciones directas hacia las corrientes atmosféricas cargadas de humedad, le proveen un clima subhúmedo favorable para el desarrollo de formaciones boscosas conocidas como las selvas de montaña.

Estos dos valles representan los dos pisos ecológicos adyacentes en la gradiente altitudinal entre el interandino y el subandino, cuyas posibilidades agrícolas ocasionan la presencia de población campesina con mayor densidad que en las partes montañosas intermedias.

En estas partes montañosas ubicadas entre estos dos valles se ubican los ambientes de pastizal de neblina, que representan un piso ecológico diferente a los del Valle Central y los valles subandinos, que aunque es una formación diferente al bosque montano, funcionalmente es su continuación.

Entre estos dos valles se han establecido los sistemas agrarios vinculados al Valle Central y al valle de Las Salinas, cuyas particularidades ecológicas e historia de ocupación territorial han influido en su estructuración. La influencia ambiental se manifiesta en la necesidad de articular o no, dos o tres pisos ecológicos que en el caso del Valle Central es un imperante; en el caso del valle de Las Salinas no lo es. Esto provoca que para el caso del Valle Central la lógica de articulación de espacios productivos que constituyen el sistema agrario siga un eje "transversal" a la disposición de los cordones montañosos que están ubicados en una gradiente altitudinal; mientras que en el caso del subandino la lógica de articulación del sistema agrario sigue un eje "longitudinal" en el mismo sentido de los cordones montañosos que lo delimitan.

La estrategia de vida del campesino de estos valles se basa en la lógica de la diversificación como mecanismo de manejo del riesgo en el entorno donde desarrolla sus actividades económicas.

Esta estrategia, expresada en términos de su sistema productivo, incluye la realización de varias actividades productivas, al interior de las cuales se verifica la diversificación de productos; son realizadas en diversos momentos y en espacios diferentes también. Los campesinos organizan esta interacción en función de sus complementariedades mutuas para lograr obtener un máximo de eficiencia del sistema productivo.

La agricultura es una actividad importante —junto con la crianza de animales— para lograr reproducir los ciclos económicos, culturales y biológicos de la familia campesina. Sin embargo, estas actividades deben ser realizadas en un contexto de restricciones y posibilidades ambientales, cuya interacción con la situación de competencia por el acceso a los recursos naturales ha generado una estructuración del territorio caracterizada por la presencia de sistemas productivos territorialmente discontinuos.

Esto es muy evidente en el caso de los sistemas productivos de los campesinos del Valle Central de Tarija, quienes deben ajustar su estrategia productiva a las condiciones de gran variabilidad estacional del medio climático que en invierno afecta bajando dramáticamente la capacidad de carga de las pasturas naturales donde pastan los animales de la familia.

La solución a este fenómeno ha sido planteada a partir de la copia del comportamiento de los animales silvestres, especialmente los grandes mamíferos, quienes migran estacionalmente en busca de condiciones adecuadas para sobrevivir. En el caso de los ambientes de montaña esta migración es altitudinal.

Así, los campesinos deben resolver cómo sus animales pueden desarrollarse sin el peligro que significa la escasez de alimento estacional. Lo hacen ejerciendo control sobre espacios productivos ubicados en diferentes lugares, altitudinalmente espaciados, cuya complementariedad productiva permite una disponibilidad continua de alimento para los animales a lo largo del año.

En el caso de los campesinos del Valle Central, esto usualmente significa que la familia debe tener un espacio de pastoreo en el propio valle —utilizado en verano cuando hay producción forrajera abundante—, y otro espacio en la zona de selvas de montaña, donde accede a forraje en el invierno. Estos dos espacios están ubicados en dos pisos ecológicos, es decir, necesariamente en una vinculación territorialmente discontinua.

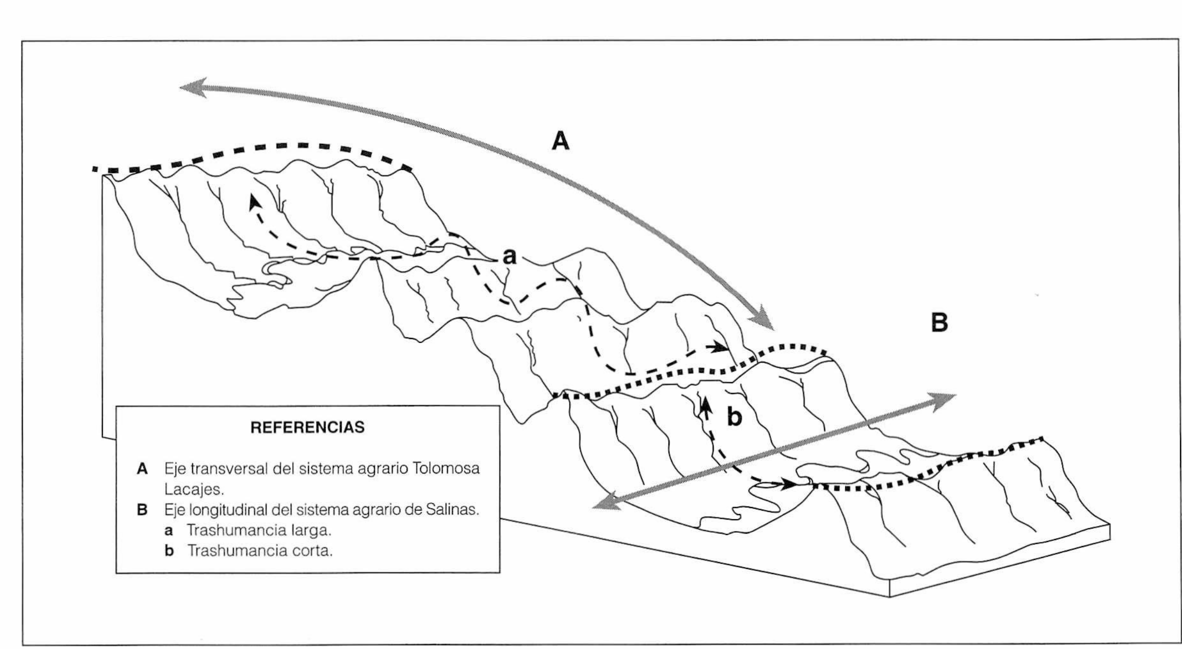
En el caso de los campesinos de los valles de Las Salinas, esta restricción espacial es menos exigente, ya que los animales deben realizar la migración altitudinal al interior del mismo piso ecológico. Esto implica que, si se tiene acceso a los espacios, la migración puede realizarse entre dos espacios territorialmente continuos, ya que el traslado es entre la parte baja del valle y las laderas boscosas. Sin embargo, esto depende de las posibilidades de acceso a estos espacios, y muchas veces ocurre que los animales se mueven entre valles adyacentes (ver Figura 2) del mismo piso ecológico, generando la discontinuidad territorial del sistema productivo (Vacaflores, 2000).

En ambos casos el movimiento altitudinal del ganado es una necesidad, pues las condiciones climáticas generan una variación en la capacidad productiva y en las condiciones generales del sistema de recursos naturales, planteándose la trashumancia como práctica integrante de la estrategia productiva general de la familia campesina.

Para criar animales, especialmente vacunos, la familia campesina requiere acceder a la suficiente cantidad de espacio en los lugares adecuados; a su vez, la crianza de animales permite al campesino establecer un dominio territorial sobre vastos y distantes espacios productivos, de donde puede aprovechar otros productos forestales al margen del forraje.

Estos espacios son más distantes en el caso de los campesinos que estructuran sus sistemas productivos a partir del Valle Central, mientras que los campesinos del valle de Las Salinas no deben alejarse mucho de sus centros agrícolas para establecer su sistema de rotación ganadera.

Figura 2
Esquema de los sistemas agrarios adyacentes en la interfase selva de montaña-valle interandino semiárido

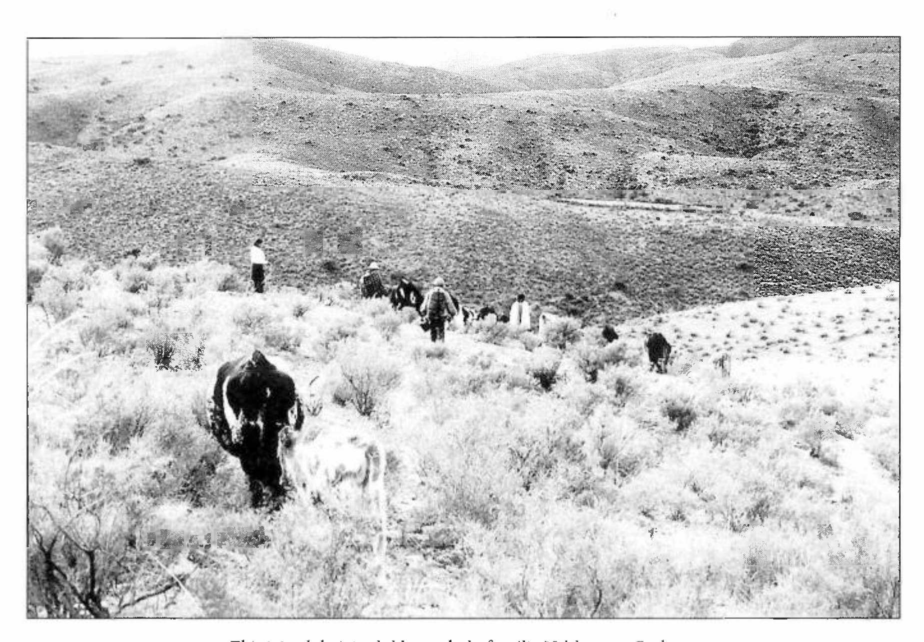


Fuente: Elaboración propia.

Para esta investigación tiene suma importancia la lógica de articulación territorial desarrollada por el campesino residente en el Valle Central de Tarija, es decir, el sistema agrario que se organiza mediante la articulación de tres pisos ecológicos: valle interandino semiárido, pastizal de neblina y selva de montaña. Es también importante señalar, que la lógica de movimiento altitudinal dentro del mismo piso ecológico, como es el caso del sistema agrario de Las Salinas, se repite en el momento en que están las vacas en los puestos del monte.

El campesino del Valle Central, conocido como chapaco, estructura así su territorio, cuyos límites estarían referenciados, en la parte del subandino, con los límites de los puestos de pastoreo vinculados al Valle Central y los puestos de pastoreo vinculados al valle de Las Salinas, que en líneas generales se establece en la divisoria de aguas entre el valle del río Salinas y el valle del río Lacajes.

La antigua frontera de Tarija se ha establecido en esta zona de los valles subandinos, siendo actualmente más de tipo productivo y cultural, porque marca hasta dónde llegan los tarijeños o chapacos, y desde dónde empiezan los entrerrianos, cueveños y salineros, quienes son los habitantes del Valle Central y del valle de Las Salinas. Aunque de origen cultural similar —por provenir de las corrientes migratorias coloniales desde Tarija hacia el Chaco— estos grupos ya han desarrollado ciertas particularidades que los diferencian.



El inicio del viaje del hato de la familia Valdez, en Carlaso.
El traslado del ganado es una actividad a cargo de los hombres.

CAPÍTULO DOS

La organización social y productiva en el campo

1. La familia

La familia campesina es simultáneamente una unidad de producción y consumo, que involucra a todos sus miembros en una organización para acceder a los medios que requiere la familia para su reproducción económica, social y biológica (Paz, 1995), en cuya base está siempre el acceso a un espacio de tierra donde desarrolla una estrategia productiva articulada a una serie de otras actividades que en su conjunto constituyen una estrategia de vida para el grupo familiar.

Esta característica nos plantea visualizar a la familia como una entidad colectiva munida de sus medios de producción relacionados a la producción agropecuaria, cuya lógica es más compleja que sólo lograr la eficiencia económica en su articulación al mercado, sino que busca satisfacer con el trabajo colectivo las necesidades siempre cambiantes de sus miembros.

La familia nuclear, o sea aquella compuesta por los padres y los hijos que viven en un mismo hogar, es la modalidad característica de organización social en las comunidades del Valle Central de Tarija que se vinculan al eje de trashumancia Tolomosa-Lacajes. Sin embargo, esto no significa que no hagan uso de sus relaciones con la "familia extendida", tanto biológica como simbólica, porque así construyen las redes sociales necesarias para el acceso a los recursos (tierra, mano de obra y capital), en un espacio más amplio que sólo aquel de su dominio.

La mano de obra, por ejemplo, es proveída fundamentalmente por los miembros de la familia y en momentos en que se necesita una ayuda adicional, se recurre a la contratación de "personal" externo, ya sea reconociendo este trabajo con dinero, especie o

compromisos de reciprocidad en los acuerdos tradicionales de ayuda mutua entre los miembros de la comunidad.

Es posible que esta situación favorezca el establecimiento de familias numerosas en el área rural, porque los hijos significan un aporte importante en mano de obra cuando llegan a tener la edad suficiente, aunque desde muy pequeños ya están involucrados en labores productivas instituidas dentro de la costumbre y tradición de la familia campesina. Sin embargo, esto se relaciona con el acceso a otros factores productivos, como la tierra, cuya cantidad y calidad le permita sustentar un sistema productivo suficiente para satisfacer las necesidades de sus miembros. El acceso a tierra puede ser un determinante del tamaño de la familia, aunque esto no necesariamente presenta una relación directa.

El capital o recursos intercambiables con que cuenta la familia, se expresan en la tierra que posee, en los conocimientos para poder desarrollar estrategias económicas más eficientes y en los animales, especialmente el vacuno, que se constituyen en un sistema de ahorro para la familia campesina, *las vacas son como un banco para el campesino* (Plácido Valdés, comunidad Jarcas, 2001).

Existe una relación interesante entre la composición familiar, su estado evolutivo y la cantidad de ganado vacuno que poseen, como sugieren los estudios de caso individuales que se escogieron para este estudio (ver Cuadro 1). Las familias consideradas de rango menor en términos de ganadería con práctica trashumante, se encuentran en estado de descomposición: en un caso porque los hijos ya realizan sus actividades de manera independiente; y en otro, porque la familia recién estaba consolidando su hato ganadero al haber comenzado a trabajar los hijos que quedaron huérfanos de pequeños.

Las familias medianas son aquellas que, en un caso, se está consolidando con los hijos pequeños y, en el otro caso, es una familia que recién está empezando, pero cuenta con una herencia de ganado importante de parte de los padres y hermanos que le confían el cuidado de sus partes.

Por último, existen las familias que practican una actividad ganadera grande para la zona. Una está conformada por varios hijos en edad de (potencial) aporte laboral y todavía no se han independizado, mientras la otra familia más bien parece basar su "capital ganadero" en la posibilidad de acceso a la suficiente cantidad de tierra y a la edad relativamente joven del padre y la madre, que les permite disponer de mucha energía para criar su hato.

Cuadro 1
Resumen de los miembros familiares de los estudios de caso individuales

Filiación	Categoría											
	Ganadero Pequeño: Churquis		Ganadero Pequeño: Jarcas		Ganadero Mediano: Churquis		Ganadero Mediano: Jarcas		Ganadero Grande: Churquis		Ganadero Grande: Jarcas	
	Edad	Sexo	Edad	Sexo	Edad	Sexo	Edad	Sexo	Edad	Sexo	Edad	Sexo
Padre	66	M	-	-	43	M	33	M	42	M	55	M
Madre	64	F	68	F	27	F	40	F	42	F	51	F
Hijo(a)	30	F	27	M			16	F	17	F	31	F
Hijo(a)	25	F	22	F			11	F	14	F	29	F
Hijo(a)			22	F			10	M	9	M	27	M
Hijo(a)			24	M			8	F	7	M	22	M
Hijo(a)							7	M			18	M
Hijo(a)							4	M			15	F
Hijo(a)											12	M
Hijo(a)											8	F
Nieto(a)			8	M								
Nieto(a)			1	M								
Otro					37	F						
Otro					3	F						
No. Miembros	4		7		4		8		6		10	

Fuente: Elaboración propia.

Un aspecto destacable en la familia campesina es su organización social. Preston (2001) señala que las estrategias de supervivencia doméstica están relacionadas a los roles cambiantes que asumen los diferentes miembros del hogar sujetos a dinámicas que le permitan sustentar la fuerza reproductiva de la familia y su relación con la comunidad.

En todos los casos estudiados la división del trabajo entre los miembros familiares es una institución que orienta la organización interna de la familia para desarrollar su estrategia de vida, donde existen espacios o dominios de cada miembro, asociando siempre al hombre de la casa las labores relacionadas con la agricultura y la ganadería, y a la mujer con las actividades relacionadas con la casa. Por supuesto, con esto se quiere señalar cuáles son los ámbitos de mayor control por parte de los miembros, sin limitar

estos espacios *sólo* a estos miembros, pues en épocas de necesidad tanto hombres como mujeres, niños y adultos, participan en ciertas actividades consideradas del dominio del hombre o de la mujer, como es la siembra, la cosecha, el cuidado de los animales y otras.

Asimismo, cuando falta un miembro de la familia, como el hombre, sus obligaciones productivas deben ser realizadas por la mujer necesariamente. La representación del hogar, por ejemplo, debe ser asumida por ella, como lo demuestra el porcentaje significativo de miembros femeninos de la Asociación de Ganaderos del Valle Central de Tarija que aglutina a los campesinos trashumantes de este eje territorial (ver Cuadro 2).

Cuadro 2
Resumen de afiliados a la Asociación Agrícola-Ganadera del Valle Central de Tarija, según listas del 14 de octubre de 1999

Comunidad	Afiliados	Hombres	Mujeres
San Andrés	108	96	12
Tolomosa Norte y Sud	62	47	15
Bella Vista	26	26	-
Pinos Norte	3	2	1
Pantipampa	29	27	2
Guerrahuayco	11	10	1
Tolomosita Oeste	15	12	3
Tolomosita Este	7	6	1
Tablada	2	2	-
San Jacinto	5	4	1
Santa Ana La Nueva	2	1	1
Cieneguillas	1	1	-
San Agustín Norte	3	3	-
Laderas Norte	7	5	2
San Agustín Sud	16	16	-
Abra del Potrero y Vallecito Marqués	17	16	1
Lacajes y Alto Guerrero	4	4	-
TOTAL	**318**	**278 (87%)**	**40 (13%)**

Fuente: Elaboración propia.

2. La comunidad

Las comunidades campesinas que forman el territorio de trashumancia entre Tolomosa y Lacajes son aquellas ubicadas en la parte del Valle Central de Tarija, y su denominación se refiere a unidades espaciales territorialmente continuas donde vive un número de familias campesinas que —supuestamente— están articuladas en torno a esta organización.

Estas comunidades pueden ser visualizadas como unidades territoriales administrativas, pues responden a una división jerárquica del territorio departamental, desde las provincias, cantones y comunidades. Esta concepción de comunidad proviene de la visión europea impuesta desde épocas de la Colonia española, cuando se trató de ajustar los modelos de "comunidad" conocidos por los europeos, pero que desconocían las dinámicas de organización social y espacial que se desarrollaron en este tipo de ambientes (Klein, 1995; Escobari, 2001).

La reforma agraria no hizo más que consolidar esta concepción, reproduciendo la lógica de las comunidades pequeñas, homogéneas y territorialmente continuas que la Colonia había aplicado para reorganizar el nuevo territorio. La organización sindical es un reflejo de esta lógica, cuya jerarquía de aglutinación responde a esos criterios.

Sin embargo, las dinámicas de organización social para producir las redes sociales y para acceder a espacios productivos que permitan conformar un sistema productivo eficiente en este tipo de ambientes ecológicos, generan mecanismos de constitución organizativa cuya expresión espacial no necesariamente coincide con las unidades territoriales de la jerarquía político-administrativa.

La comunidad, en este sentido, se organiza en torno a los lazos que desarrollan las familias campesinas para acceder a espacios económicos, sociales, culturales, religiosos y otros, cuya primera vinculación se establece a partir de la familia extendida —ya sea consanguínea o simbólica—. Esa interacción crea interdependencias recíprocas que permiten construir un capital social, que desde una perspectiva es lo que delimita un ámbito "comunal".

3. Estrategias de vida

La familia campesina, como se dijo, basa su estrategia de vida en una organización social colectiva aglutinada en torno al hogar, vinculada a un sistema productivo de control familiar, cuya lógica no necesariamente privilegia la eficiencia económica de

la producción en su vinculación al mercado, sino que apunta a satisfacer las necesidades de vida de los miembros familiares y asegurar una producción media mínima de ese sistema productivo.

Otra característica importante de la estrategia de vida de la familia campesina es que realiza un manejo del riesgo a partir de una lógica de diversificación de actividades, tiempos, espacios y productos, buscando dispersar su actividad para disipar las probabilidades de alguna eventualidad no prevista que afecte el rendimiento de su sistema productivo u otra actividad complementaria en su economía.

Es así que las familias campesinas que constituyen el territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes, basan su estrategia de vida en los sistemas productivos agropecuarios característicos de la zona (Preston, 2001), complementados con la práctica de otras actividades no productivas que aportan a la economía familiar desde diversas fuentes, como la venta de servicios varios, emigración temporal para trabajar en Argentina, Bermejo u otro lugar promisorio; confección de artesanías, intermediación en la comercialización de los productores de su comunidad y otras.

Esta respuesta a la incertidumbre ambiental, no sólo ecológica, sino también económica, jurídica e incluso cultural, permite al campesino contar con mecanismos lo suficientemente dispersos de modo que súbitas variaciones en el entorno no lo coloquen en desventajas inmanejables, sino que siempre pueda recurrir a recursos —aunque mínimos pero básicos— para poder encarar nuevamente su estrategia de vida.

4. Las instituciones productivas

La conquista del territorio americano estuvo vinculada en sus inicios a un mecanismo semejante a los emprendimientos privados bajo la venia y dirección de la Corona de España, porque los primeros conquistadores debían correr con los gastos que implicaba su incursión en tierras indígenas. La Corona, a cambio, premiaba esta empresa de consolidación territorial con las encomiendas, que podían ser heredadas por dos o tres generaciones (Barragán, 2000; Klein, 1995; Escobari, 2001; Ávila, 1997), al cabo de las cuales debían pasar nuevamente a poder de la Hacienda Real.

Con la llegada de la segunda ola de pobladores españoles, el Estado colonial se vio en la necesidad de asignar tierras a estos nuevos colonos, con lo que la institución inicial de la encomienda rápidamente dio paso a las haciendas, mediante la "composición de tierras", mecanismo por el cual las autoridades virreinales vendían o repartían

tierras en compensación por algún servicio prestado al Estado. Eran tierras que previamente habían sido declaradas realengas o "baldías" (Escobari, 2001).

Un rasgo distintivo de la mayoría de las sociedades amerindias de la parte occidental del continente hasta mediados del siglo XX, fue la presencia de una masa campesina india en interacción con la elite terrateniente española. La vida rural en esta región fue caracterizada por la relación entre esas dos clases: las instituciones de la hacienda y la comunidad terrateniente india autónoma (Klein, 1995).

Hasta hace poco se ha asumido que esas dos instituciones se asentaban en una mentalidad anticapitalista, organizadas en una dinámica fuera del mercado y en base a la coerción, dinamizadas por campesinos y hacendados social y económicamente inmovilizados, en una situación donde la hacienda lo dominaba todo. Sin embargo, hay que relievar que esas instituciones sí respondían a los incentivos del mercado y que convivían en el espacio de una manera simultánea e incluso "complementaria", dadas las imposiciones provistas por el Estado colonial.

En la Intendencia de La Paz, por ejemplo, el mundo rural del siglo XVIII estaba definido por la presencia de las haciendas y de los ayllus, es decir, instituciones agrarias en poder de los blancos, las primeras, y de los indios, las otras, con relativas autonomías en la tenencia y administración de la producción (Klein, 1995). En la zona de Tarija la presencia de los ayllus parece diluirse en tanto articulación territorial amplia y de connotación étnica, pero es importante la presencia de pequeños productores independientes, sobre todo en el periodo previo a los sucesos de la reforma agraria en el 52, cuando muchos campesinos adquirieron sus propiedades familiares por compra a las haciendas.

En una tipificación hecha por Escobari (2001), se describe a Chuquisaca en el siglo XVII como zona de "chácaras" o *haciendas pequeñas de hasta 30 yanaconas,* de presencia *estacional y en continua movilidad*. Esta movilidad está atribuida a las estrategias de control vertical de recursos, lo que indica que los indígenas las seguían practicando desplazándose estacionalmente entre las zonas productivas de control de su ayllu.

También se registra la existencia de chacras explotadas por sus propios dueños (Escobari, 2001: 166). En los escritos de la época, se pueden verificar los pleitos entre el Colegio de Propaganda Fidei de Tarija y don Justo Ruiz, por una tierras en Las Salinas, en el que el heredero de las *meñas*[1] hechas en la fundación de la Nueva Vega de

---

1 Denominación de la época referida a la dotación de tierras por parte del conquistador español a los colonos bajo su mando.

Granada se excusa de acudir a las citas judiciales a causa de estar con mucho trabajo en sus chacras (AFT, M-170, 1771), sugiriendo así la existencia de chacras y haciendas de diversos tamaños en la zona de los valles de Tarija.

A mediados del siglo XVI y en adelante, la Corona cambió sus sistemas de cobrar tributos, obligando a los indígenas a pagar en efectivo en vez de especies, por lo que se vieron obligados a vender sus productos y mano de obra en los mercados españoles para poder cumplir con sus obligaciones impositivas. Buscando eludir esta carga, muchos indígenas dejan sus ayllus para irse a otros lugares, pues el tributo estaba directamente relacionado con la tenencia de la tierra en esos espacios. A partir de ese proceso nacen los indígenas originarios, que se quedan en los ayllus, y los forasteros y yanaconas, que salen a otras comunidades indígenas o a las haciendas españolas a trabajar sin la vinculación de la propiedad directa de la tierra (Escobari, 2001; Klein, 1995).

La organización dentro de las haciendas era muy parecida a los ayllus de origen de los colonos, pues cada familia tenía acceso a un espacio productivo individual, asignado por el dueño de la hacienda, y estaban organizados en grupos familiares con un jefe elegido probablemente por el hacendado, cuyo rol era organizar el trabajo de esas familias en la intermediación con el hacendado. Cada familia tenía su propia tierra de cultivo, casa y corrales para los animales. Tenían acceso a parcelas en las zonas de barbecho de la hacienda y a un espacio de pastoreo en común (Klein, 1995).

El propio hacendado no usaba más que una porción de su tierra, siendo la mayor parte de su hacienda usada por los colonos o yanaconas, quienes se organizaban productivamente para el acceso a esa tierra. La asignación de medios de producción a los yanaconas era una obligación de los hacendados, establecida mediante ordenanzas virreinales (Escobari, 2001), las que establecían un marco de relacionamiento entre los hacendados y los indígenas en el asentamiento de unidades productivas hacendales.

Por supuesto, el hacendado tenía derechos sobre las mejores porciones de su tierra, dejando a los colonos el uso de las tierras de menor calidad, es decir, con mayores restricciones productivas, lo que probablemente obligó a los mismos a echar mano de las estrategias de acceso a recursos en diferentes pisos altitudinales como una forma de manejo del riesgo.

Además, las haciendas se establecieron en torno a las zonas más ventajosas, ya sea por las cualidades productivas o por las ventajas de conexión a mercados para sus

productos, siendo común que las haciendas estuvieran lo más cerca posible de las ciudades y pueblos, facilitando la presencia de los dueños "ausentistas", quienes vivían en el centro poblado y no en la hacienda.

La clase hacendal no era homogénea, sino que existían estratos ligados a las posibilidades de controlar mayor cantidad de recursos. Algunas haciendas estaban conectadas por la propiedad de un dueño en común, mientras que otras eran más pequeñas, de propiedad aislada de un dueño.

Las haciendas más grandes, o haciendas interconectadas, pudieron recuperar la lógica del control vertical más extensa de los ayllus, potenciando así mucho más su posibilidad productiva en función de la variabilidad ecológica de Los Andes. Por otro lado, las haciendas pequeñas muchas veces estaban sujetas a su descomposición a causa del fracaso económico de las mismas, dando lugar a la consolidación de unidades menores por compra de sus antiguos "ocupantes" o por la independización de los propios dueños blancos, quienes inauguraban su unidad productiva usando su propia mano de obra (Klein, 1995).

El origen de las comunidades campesinas en el valle central de Tarija, como es el caso de Pinos Norte o Churquis, está relacionada con un mecanismo de compra de los propios campesinos a los dueños anteriores antes de la reforma agraria de 1952, o incluso parecen haber existido algunos sistemas productivos familiares que se independizaban de la hacienda mediante la compra de pequeños espacios de tierra. Así desarrollaban su dinámica productiva en forma simultánea con la misma, aunque en mucha tensión pues la invasión de animales hacia tierras de la hacienda era generalmente penada con el cobro de un tributo que permitía recuperar a estos animales (testimonios de Fermín Jaramillo, de San Agustín Sud, y Germán Meriles, de Churquis).

En Tarija, la zona del eje de trashumancia Tolomosa-Lacajes estuvo ocupada por la presencia de las haciendas de las familia Navajas y Estenssoro en la zona de Tolomosa; de la familia Navajas en la zona de Santa Ana hasta Cristalinas; y de las familias Navajas, Oliva y Blacutt en la zona de Vallecito Marqués y Lacajes. Todo esto en la época de la reforma agraria del 52. La zona de Carlaso recibe este nombre debido a que fue propiedad de un antiguo alcalde de Tarija de apellido Carlaso (AFT, M-162, 1745), que probablemente la manejaba bajo la modalidad de la hacienda.

La familia Navajas, por ejemplo, tenía varias haciendas, distribuidas a lo largo del territorio de lo que hoy es el eje de trashumancia Tolomosa-Lacajes, en un intento de cubrir los diferentes pisos ecológicos necesarios para criar ganado vacuno en el valle central: el valle interandino, los pastizales de neblina y la selva de montaña.

La zona de Tarija fue inicialmente parte de las encomiendas de Gonzalo Pizarro, las que abarcaban desde Tarija hasta Chuquisaca y el lago Poopó por occidente. Posteriormente el valle de Tarija pasó a ser parte de las encomiendas de Juan Ortiz de Zárate, que además tenía estancias ganaderas por los valles de Chuquisaca, antes de fundarse pueblo alguno en Tarija (Escobari, 2001; Presta, 2001). El propio Luis de Fuentes poseía tierras tanto en las cercanías de Iscayachi como en diversas partes del Valle Central (Ávila, 1997). En estos antecedentes se puede apreciar una temprana articulación entre pisos ecológicos de los sistemas de producción vinculados al Valle Central de Tarija, que luego se verá emulada por las haciendas.

Como ya se dijo, el Valle Central de Tarija era territorio vinculado a las estructuras sociales del mundo andino, y la presencia de los pueblos *mitimaes* a la llegada de los españoles estaba ligada además a posibles conexiones extremas de los ayllus estructurados hacia occidente.

Estos ayllus se constituían, en un nivel más elemental, por grupos de familias relacionadas mediante parentesco real o ficticio. Usaban esta vinculación para reclamar un control sobre tierras, usualmente ubicadas de manera discontinua entre pisos ecológicos que permitían estructurar una red de espacios productivos que favorecía la complementación productiva entre este grupo de familias (Klein, 1995). Estos ayllus estaban gobernados por los *jilakatas*, ancianos electos por la comunidad, quienes impartían la justicia y organizaban el acceso a la tierra entre sus miembros.

Cada familia tenía derecho al acceso a un espacio individual para desarrollar su estrategia productiva, además del usufructo de espacios comunales. Aunque en última instancia este derecho estaba definido por la institución del ayllu, en la práctica se manejaba como una propiedad familiar, por la cual se pagaba un tributo y se realizaban labores comunales.

Esta estructura suponía la participación de las familias del ayllu, de una manera relativamente cerrada, aunque también podían entrar bajo modalidades menos ventajosas los llamados forasteros, o indígenas sin tierras que se apegaban a la comunidad, pero bajo la responsabilidad y representación de familias individuales, y justificaban su

presencia mediante trabajos de servicio a las familias del ayllu. Después de varias generaciones, estos forasteros se incorporaban al ayllu, aunque también eran los más propensos a ser desalojados en eventuales crisis de acceso a la tierra.

Esta institución fue incorporada, sin duda, en la lógica de la organización hacendal, como ya se describió anteriormente, recuperando la organización comunal en base a la producción familiar individual.

5. La ganadería en el eje Tolomosa-Lacajes

La institución de la hacienda tuvo vigencia incluso hasta ya inaugurada la República, siendo afectada gravemente con los sucesos de la reforma agraria del año 1952, cuando se destituye el poder del patrón sobre los sistemas productivos familiares aglutinados en torno a la hacienda, con lo que sus "inquilinos" adquieren una autonomía en la tenencia de su sistema productivo familiar dando origen así a los actuales campesinos independientes, con un control más amplio sobre el espacio productivo de su dominio.

Sin embargo, la unidad productiva familiar aún continúa siendo de pequeñas proporciones, por lo general insuficiente para cubrir las necesidades de factores productivos en épocas críticas, como la necesidad de mano de obra para la siembra y la cosecha o para el traslado del ganado entre puestos de pastoreo en diferentes pisos ecológicos.

La transición de la hacienda hacia la "comunidad campesina" no tuvo por qué ser una transición despojada de las estructuras institucionales que se establecieron al interior de las mismas. Al contrario, la organización de la producción en base a la asignación de espacios individuales y en coordinación mutua para complementar las necesidades productivas, ya proveyó una base importante para consolidar la nueva modalidad "independiente".

La comunidad colectiva de familias ya existía dentro de la hacienda, aunque esta respondía a un control importante por parte del "patrón". Las nuevas comunidades sindicales recobraron un nivel de decisión colectiva en base a las estructuras de poder "de la comunidad", siendo esta la que en teoría designaba a sus coordinadores en base a acuerdos entre sus miembros.

El arreglo institucional que estructura el actual territorio de trashumancia en el eje Tolomosa-Lacajes, proviene de las estrategias de acceso a espacios productivos desarrolladas por los ayllus, las que fueron recuperadas en cierta medida por la institución de la hacienda, pero con las limitaciones de no poder romper la lógica de la

articulación entre familias en territorios más extensos. La hacienda viene a reemplazar la institución colectiva más amplia de la "comunidad", o el ayllu, pero la asignación de espacios productivos individuales se mantiene a través de los periodos históricos de consolidación de la trashumancia ganadera.

En la actualidad, la expresión colectiva de la estrategia productiva familiar está representada por la Asociación de Ganaderos, que surge a partir de la desintegración de la hacienda (o haciendas) en el Valle Central y selvas de montaña. Su importancia radica en coordinar la interdependencia productiva en el pastoreo del ganado, es decir entre campesinos que desarrollan sus sistemas productivos individuales en el corredor de trashumancia que se establece desde la zona de Tolomosa hasta la zona del río Lacajes.

Parece existir una correlación entre la ubicación de las haciendas interconectadas a través de los pisos ecológicos y la articulación de los puestos de pastoreo de los sistemas productivos que se mueven en torno al eje de trashumancia que une el área de Tolomosa con la zona de Lacajes.

Las comunidades campesinas involucradas en este eje están ubicadas en torno a la cuenca del río Tolomosa, desde Pinos Norte, Bella Vista, San Andrés, Sola, Guerraguayco, todas las Tolomosas, Churquis, San Jacinto, Tablada, Turumayo y San Blas; cruzando el Guadalquivir se ubican las comunidades de San Luis y Morros Blancos; en la cuenca del Santa Ana, la Gamoneda, Calderas, Santa Ana y Yesera Sur; en la cuenca de la quebrada de Junacas está Carlaso, San Agustín Norte y San Agustín Sur; y en la cuenca del río Potreros, está Canchones, Papa Chacra, Hondura, Cristalinas, Cieneguillas y Alto Potreros. En la zona de selvas de montaña se tiene la vinculación con comunidades locales sólo en el caso de Vallecito Marqués y Molino La Sal, el resto de los puestos no se considera como zona de comunidades.

Estas comunidades están ubicadas en el municipio de Cercado casi en su totalidad, menos las de selva de montaña que están en el municipio O´Connor. Además, las comunidades se organizan en subcentrales campesinas de acuerdo a la estructura sindical establecida a partir de la reforma agraria.

La actividad ganadera está organizada en torno a la Asociación Ganadero-Agrícola del Valle Central de Tarija (AGAVAT), que aglutina a la mayor parte de los campesinos que realizan trashumancia sólo en torno a este eje. Es una organización formal que responde exclusivamente al criterio del territorio de trashumancia y no a la provincia,

municipio o espacio ecológico diferenciado, lo que claramente indica la importancia de esta estructura productiva para el accionar colectivo de los campesinos en este sector.

Si bien los campesinos siempre han accedido a una organización informal de la actividad de trashumancia ganadera —porque es importante contar con la cooperación de los vecinos para las labores de monitoreo y traslado, sobretodo de los animales entre puestos—, los sucesos de la reforma agraria obligaron a consolidar niveles de formalidad desde la lógica de la "asociación independiente" y ya no desde la lógica de la hacienda.

En la época de la hacienda, el control del territorio estaba garantizado por la propiedad de la misma, mientras que con su desaparición, los nuevos dueños individuales tuvieron que legitimar su derecho propietario sobre los puestos de pastoreo en el monte. La reforma agraria asignó los títulos de las propiedades familiares en las comunidades del Valle Central, pero descuidó complementar la titulación de los puestos de pastoreo —ubicados en distritos relativamente alejados— necesarios para realizar la trashumancia ganadera. Una vez más, el Estado no comprendió las lógicas de apropiación productiva del espacio por parte de los campesinos, generando tensiones en la estructura productiva familiar.

De todas maneras, el derecho tradicional en esos puestos de pastoreo fue reconocido entre los usuarios, quienes continuaron realizando la trashumancia entre los puestos de verano y de invierno, aunque con la vulnerabilidad de no contar con sus títulos de propiedad.

Sin los mencionados títulos, la zona de los puestos de invierno en el monte se consideraba "baldía", de manera que personas extrañas a la organización intentaron consolidar otras propiedades en la zona para extraer madera, lo cual obligó a los campesinos a formalizar su asociación para reclamar y defender colectivamente sus puestos de pastoreo. En 1991, con la organización fundada, se inicia el trámite de titulación colectiva de la zona que hasta la fecha no ha sido concluido por la burocracia estatal. Esta constituye una de las mayores preocupaciones en la actualidad, pues la inseguridad en la tenencia se convierte en una factor limitante para defender en pleno derecho los recursos de este territorio. Por esta razón, los objetivos de dicha asociación se han focalizado en este punto y no ha ampliado su accionar hacia otros campos.

En un listado elaborado en 1999, la Asociación Ganadera contaba con 318 socios, de los cuales muchos son varones, pero también existen mujeres, lo cual demuestra que

el derecho de asociarse no es restringido al hombre o mujer, pero sí las labores de la actividad misma que están prescritas al hombre aunque en casos de necesidad la mujer también participa.

Los socios de la Asociación provienen de diferentes comunidades, aunque no todas las comunidades ni campesinos que llevan su ganado hacia el mismo sector están incluidos en esta organización. Es importante notar que esta Asociación cubre a una gran parte de los usuarios del territorio, pero existe otra parte independiente, porque aparentemente no percibe una ventaja inmediata de pertenencia a ella.

La consolidación de la Asociación permite el paso del modelo organizativo de la hacienda hacia el modelo organizativo de la comunidad, es decir, de un modelo en el que el agente principal que dirige la unidad colectiva de producción es el patrón, a un modelo donde la gestión se realiza en base a la acción coordinada entre varias unidades independientes de producción.

Las medidas de la reforma agraria también dieron lugar a la organización sindical apoyada en la lógica del modelo de la comunidad, desde la perspectiva de la organización administrativa del territorio. Esta surge debido a las necesidades de consolidación de las unidades productivas en función a la "comunidad", concebida desde la óptica del Estado como la comunidad "pequeña, territorialmente continua y socialmente homogénea". La visión estatal no logra rescatar las dimensiones de la multiespacialidad de los sistemas productivos adaptados a las condiciones ambientales de montaña.

Las comunidades formadas bajo los cánones estatales, representan espacios territoriales pequeños de distribución a las distintas familias en una lógica de unidades continuas. Este mosaico deja la zona de los puestos de pastoreo "desprovista" de una estructura administrativa desde la vertiente del Estado. Es aquí donde se evidencia una ruptura entre la comunidad administrativa y la comunidad productiva, que no logran integrarse en la concepción formal de planificación del desarrollo.

Esta disfunción organizativa tampoco se fusiona a la estructura de la administración municipal, que si bien amplía el territorio de gestión, lo hace desde la lógica de agregar las unidades administrativas del territorio, articulando la gestión desde el territorio de la comunidad, desde el cantón hasta llegar al municipio, y no recupera la lógica de la estructuración de los sistemas productivos familiares.

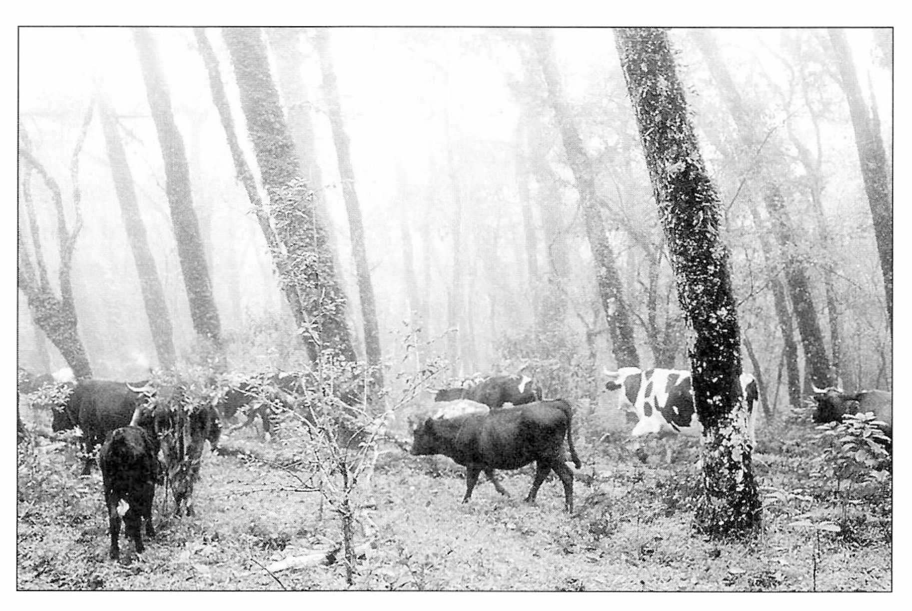
El conjunto territorial de las comunidades que forman el territorio de trashumancia entre Tolomosa y Lacajes forma un espacio que cruza la parte central de la

provincia Cercado, que coincide con el municipio de Tarija, e incursiona incluso en una parte de la provincia O´Connor, donde se establece el municipio de Entre Ríos. Esta situación implica una dificultad para recuperar la unidad productiva en las lógicas de planificación del desarrollo desde la norma que municipaliza el territorio en Bolivia, pues las familias no residen en la zona de pastoreo, por lo tanto no son percibidas como comunidades desde la planificación del municipio de Entre Ríos.

Los servicios de apoyo de la Prefectura departamental a la actividad ganadera en el Valle Central recuperan mejor la lógica de la organización de la "comunidad productiva", que aunque apoyan básicamente en la provisión de vacunas para la fiebre aftosa, lo hacen a través de las estructuras organizativas de la Asociación de Ganaderos, la que a su vez se apoya en la organización administrativa del Agente Cantonal para fiscalizar el cumplimiento y distribución de las mismas.

En la zona de la cuenca del río Santa Ana y los ríos Junacas y San Agustín, también existe un apoyo a los campesinos en el tema pecuario en general, provisto por una Organización No Gubernamental (ACLO) con un veterinario que visita las diferentes comunidades para asesorar y proveer diferentes medicamentos para tratar las enfermedades de los distintos tipos de animales del hato familiar. Este servicio no está vinculado a una estrategia de gestión territorial, de la manera que estaría la campaña contra la fiebre aftosa auspiciada por la Prefectura, sino que responde más a una lógica de asesoramiento técnico a las unidades familiares en el área de trabajo de esta ONG, por lo que su impacto sobre la consolidación del territorio trashumante es relativamente bajo.

Finalmente, es importante destacar el conflicto de uso sobre el territorio en la parte de la selva de montaña entre los "ganaderos" y los "madereros", donde los campesinos valoran fundamentalmente el rol de producción forrajera y protección para los animales en invierno. Precisamente la Asociación de Ganaderos del Valle Central surge a raíz de este conflicto de uso del territorio, y actualmente el Estado boliviano ha dado en concesión una parte de la zona de pastoreo de invierno a una empresa maderera de la ciudad de Tarija, que a nombre de ser tierras "deshabitadas y fiscales", reclama su derecho a explotar la madera de este lugar. Más adelante se revisará este punto.



La trashumancia ganadera del Valle Central de Tarija requiere una movilidad del hato entre los pastizales y selva de montaña.

CAPÍTULO TRES

Medio ambiente e instituciones

1. Tierra, forrajes y agua

El departamento de Tarija se encuentra al sur de Bolivia, aproximadamente entre los 20 y 22 grados de latitud sur, es decir, en un sector latitudinal medio ente el Ecuador y el Polo Sur, lo cual tiene una incidencia importante en definir una estacionalidad anual con periodos relativamente similares de la secuencia verano-otoño-invierno-primavera (Whiteman, 2000; ZONISIG, 2001).

El territorio departamental, que cubre 37.623 Km2, está dividido en tres provincias fisiográficas, que de oeste a este están representadas por la Cordillera Oriental, el Subandino, y la llanura Chaqueña, cubriendo cada uno aproximadamente un 30 por ciento de la superficie departamental, lo que significa que un 67 por ciento del departamento presenta ambientes de montaña (montañas, serranías y colinas), siendo el restante 33 por ciento planicies, piedemontes y llanuras (ZONISIG, 2001).

La provincia fisiográfica de la Cordillera Oriental, cuya variante altitudinal va desde los 900 a los 4.600 metros sobre el nivel del mar, presenta una topografía variable, caracterizada por la presencia del Valle Central de Tarija, cuya altura promedia entre los 1.500 y 2.000 metros sobre el nivel del mar, y está flanqueado por cordones montañosos que lo separan de los ambientes de puna hacia el oeste y del subandino hacia el este.

La provincia fisiográfica del subandino se caracteriza por presentar una secuencia de cadenas montañosas intercaladas longitudinalmente por valles, cuya orientación general norte-sur y altura promedio entre 360 a 2.3000 metros sobre el nivel del mar, favorece la presencia de una formación boscosa conocida como selva de montaña.

El clima en la Cordillera Oriental presenta variaciones de acuerdo a los paisajes presentes. Existen variaciones entre la zona de altura, el complejo de montañas y serranías y el Valle Central de Tarija, siendo más árido mientras más nos alejamos del subandino hacia la zona de puna.

En la zona alta el clima es frío árido, con precipitaciones en el orden de los 200 a 800 mm anuales y una temperatura promedio de 9ºC. El Valle Central presenta un clima de templado semiárido a templado árido, influido por la disposición topográfica de las cadenas montañosas que lo bordean y que generan un extremo más seco y otro más húmedo donde chocan las corrientes atmosféricas que provienen del sur. Las precipitaciones varían de 330 mm a 1.100 mm, con una temperatura media anual de 18ºC. En las áreas de montaña y serranías el clima va desde frío semihúmedo a frío húmedo, con precipitaciones de desde 370 a 1.700 mm anuales y una media anual térmica de 15ºC.

El clima en el subandino presenta una diferencia entre el extremo norte y sur del departamento, siendo más seco al norte y más húmedo al sur. El sector sur presenta un clima desde templado subhúmedo hasta cálido subhúmedo, con precipitaciones anuales entre 1.000 y 2.200 mm, y una temperatura media anual entre 16 y 23ºC. La llanura chaqueña presenta un clima que varía de cálido árido a cálido semiárido, con precipitaciones anuales de 350 mm a 1.200 mm y una temperatura media anual de 23ºC.

Esta distribución espacial de la precipitación demuestra la importancia de las formaciones montañosas en la intercepción del agua de la atmósfera, que en el departamento de Tarija se da con mayor intensidad en el área del subandino y en el área montañosa de la Cordillera Oriental con exposición a las corrientes atmosféricas provenientes del sur. Así se favorece la presencia de formaciones vegetales más exuberantes en estos lugares que en áreas de menor precipitación.

La distribución temporal de las lluvias en la región presenta una época con lluvias y otra sin ellas, coincidentes con la época de verano, más cálido y húmedo, y de invierno, más frío y seco. Esta situación es determinante para condicionar una fluctuación estacional muy marcada en la producción de biomasa vegetal, presentando una estación con mayor producción, en verano, y otra con muy baja producción, en invierno, donde a causa de las condiciones climáticas la vegetación pierde gran parte de sus estructuras tiernas.

Los riesgos climáticos más frecuentes en la región son las sequías, las heladas y las granizadas, cuya incidencia es diferente según la zona del departamento. Las sequías

son más frecuentes en la llanura chaqueña, una cada tres años aproximadamente, mientras que en el subandino y cordillera oriental se presentan con una frecuencia aproximada de una cada cinco años. La frecuencia e intensidad de las precipitaciones es irregular, dificultando el desarrollo de los cultivos anuales, principalmente. La llegada de heladas, es decir, días con una temperatura mínima diaria menor a 0ºC, se da con mayor frecuencia en un sentido este a oeste, conforme aumenta la altura en la cordillera andina. En los valles del subandino y Cordillera Oriental ocurren 20 o más días de helada al año. Las granizadas son fenómenos que se presentan con mayor frecuencia en los valles de la Cordillera Oriental y en menor frecuencia en el subandino (ZONISIG, 2001).

En la zona de transición, entre el Valle Central y la selva montaña, y en las partes altas de las serranías dentro de esta zona, en los denominados "altos" por los campesinos, se produce un fenómeno particular de la helada: la ocasional precipitación de nieve o la "nevada" en épocas invernales. Aunque dura pocos días, sus efectos extremos son negativos para la crianza de animales en estos lugares.

Los riesgos climáticos —asociados a un patrón de distribución espacial y temporal más o menos característico—, ejercen una fuerte influencia en la definición de estrategias productivas por parte de los productores locales, quienes deben prever mecanismos para manejarlos.

La cobertura vegetal presenta importantes diferencias en cada provincia fisiográfica, afectada principalmente por la gradiente altitudinal, condiciones climáticas, fisiográficas y edáficas, cuya influencia ocasiona la formación de un mosaico de vegetación natural que incluye bosques, matorrales, pastizales y arbustales, incluidos en dominios fitogeográficos amazónico, chaqueño y andino (*Ibid.*, 2001).

En general, se presenta una correlación entre la altura, la exposición de la pendiente y el tipo de formación vegetal, siendo más frecuente encontrar una vegetación de tipo arbórea en el subandino y llanura chaqueña, mientras que hacia la Cordillera Oriental es menos frecuente la presencia de formaciones boscosas, predominando los matorrales, arbustales y pastizales.

2. La estructura ambiental

La gradiente altitudinal que forma la estructura de la cordillera andina, en su ascenso desde la llanura chaqueña hasta las planicies altoandinas, define la existencia de pisos ambientales diferentes, cuya expresión más visible es la diferencia de las

formaciones vegetales, fruto de la interacción climática característica de los ambientes de montaña.

Siguiendo una sección imaginaria desde la cordillera de Sama hasta los valles subandinos del río Salinas, es decir, un corte desde los cordones montañosos que limitan el Valle Central de Tarija con los ambientes de puna de la Cordillera Oriental, hasta el valle de las salinas en el subandino, podemos identificar una sucesión de ambientes que perfilan una estructura ambiental en función a la altura y exposición.

En la parte de la Cordillera Oriental, siguiendo la sección del corredor de trashumancia, encontramos los pajonales-arbustales y matorrales-pastizales; bosque montano húmedo; y los matorrales xerofíticos de los valles interandinos. En la parte ya correspondiente al subandino del mismo corredor, encontramos las formaciones vegetales de bosque nublado; y bosque húmedo de la selva tucumano-boliviana (ZONISIG, 2001).

En las montañas y serranías que circundan al Valle Central, se presenta el tipo de vegetación de los pajonales-arbustales y matorrales pastizales, mejorando su composición y vigor con las condiciones más húmedas de la parte sur del valle. Las especies características están representadas por la paja *(Elyonurus* cf. *tripsacoides)*, pasto cerreño *(Arístida sp.)*, la thola macho *(Eupatorium bunnifolium)* y la tholilla hoja entera *(Bacharis sp.)*; y en las zonas más húmedas, con mejor suelo y protegidas en cañadones, se presentan matorrales más altos en asociación con especies arbóreas como el pino de cerro (*Podocrapus parlatorei*), aliso (*Alnus acuminata*) y duraznillo (*Eugenia sp.*), que forman relictos de bosque montano en los cañadones de la vertiente oriental de la cordillera de Sama y de la cordillera que forma el Alto de Guerrero hacia el Alto de Potreros.

En este paisaje fisiográfico de montañas y serranías se encuentra también el bosque montano nublado, que ocupa principalmente las exposiciones orientales de la cordillera de los Altos en Guerrero y Potreros, y algunos cañadones en la exposición sudeste de la cordillera de Sama circundante al Valle Central de Tarija. Esta formación se ubica en los sectores que por su ubicación altitudinal y respecto a las corrientes atmosféricas presentan una alta incidencia de neblina y llovizna, favoreciendo la presencia de una gran diversidad florística, entre las que se destaca el Pino de Cerro (*Podocarpus parlatorei*), y el guayabo (*Eugenia sp.*); éstos crecen con una abundante flora herbácea, arbustiva, de musgos y epifitas. Funcionalmente articulado a este bosque, están los pastizales de neblina, que son una parte especial de los pajonales de las montañas y serranías que circundan al Valle Central y están ubicados inmediatamente por encima

del bosque montano nublado asociados a los ambientes de neblina por encima de la línea de crecimiento de las especies arbóreas del bosque nublado (Brown, 1986).

Al interior del Valle Central de Tarija, en las colinas bajas y partes inferiores de las pendientes de las serranías circundantes, se presenta un tipo de vegetación denominada matorral xerofítico de valle interandino, cuya composición florística varía de acuerdo a la variación de precipitaciones, que en el Valle Central va de baja en la zona de Canchones y Carlaso y aumenta hacia las zonas Tolomosa, Bella Vista y Pinos, en un sentido que aumenta hacia el sudoeste. Las especies dominantes son el churqui (*Acacia caven*), la tusca (*Acacia aromo*), algarrobo *(Prosopis alba)*, chañar (*Geoffroea decorticans),* taquillo (*Prosopis alpataco*) y gramineas como la *Arístida adcsencionis* y el *Paspalum notatum* (ZONISIG, 2001).

Pasando los paisajes de pastizal de neblina y bosque montano nublado, entrando ya en la provincia fisiográfica del subandino, encontramos una formación arbórea más alta que el bosque montano nublado, denominado el bosque nublado de la selva Tucumano-boliviana, el que ocupa también el espacio donde –por efectos del ascenso de las corrientes atmosféricas– se condensa la humedad, provocando constante presencia de neblina y llovizna. En este bosque se tiene la presencia de guayabo (*Eugenia sp.*), barroso (*Blepharocalix salicifolius*), laurel (*Phoebe porphyria*), pino de cerro (*Podocarpus parlatorei*), yuruma (*Rapanea sp.*), palo lanza (*Patagonula americana*), quellu (*Terminalia triflora*), cedro (*Cedrela sp.*) y nogal (*Juglans australis) (Ibid.* 2001).

Altitudinalmente más abajo, se encuentra el bosque húmedo de la selva Tucumano-boliviana, cuya composición florística es diferente al del bosque montano a causa de la influencia de la altura. Este tipo de vegetación se caracteriza por ser una formación arbórea con dos o tres estratos, con árboles medios a altos, que aunque algunos autores los clasifican como siempre verdes (*Ibid.* 2001), pierden su follaje por efecto de la sequía y helada de invierno. Especies características de este tipo de vegetación son el guayabo (*Eugenia pseudo-mato*), palo barroso (*Blepharocalix salicifolius*), cedro (*Cedrela sp.*), Nogal (*Juglans australis*), cebil (*Anadenathera colubrina*), aguay (*Chrysophyllum gonocarpum*) y otras, con abundante presencia de lianas y epífitas y musgos en el dosel superior (*Ibid.* 2001).

En la expresión de los campesinos que utilizan esta zona para criar ganado vacuno, estos tipos de vegetación son reconocidos como el "cerro", refiriéndose a los

pajonales de las montañas y serranías adyacentes a las comunidades del Valle Central; los "pajiales del alto", refiriéndose a los pajonales de neblina y primeras estribaciones de bosque nublado en la zona de ceja de monte; y el "monte", refiriéndose a las formaciones boscosas del bosque nublado y bosque húmedo de la selva tucumano-boliviana propiamente dicha.

3. La adaptación a las condiciones ambientales

Las características fisiográficas, climáticas, de cobertura vegetal, además de los procesos históricos ligados a la ocupación del territorio, son importantes condicionantes que definen la manera en que los campesinos —como uno de los actores centrales en la gestión de los recursos naturales—, han desarrollado formas de acceso a los mismos para desarrollar sus estrategias de vida.

Desde la perspectiva de la influencia biofísica del ambiente, se debe considerar la estructura de espacios ambientales y productivos del área, cuya gran heterogeneidad y variabilidad exigen una respuesta de adaptación a esas condiciones. El campesino chapaco se caracteriza por desarrollar unidades productivas de tamaño pequeño a medio, cuya articulación de actividades y espacios productivos incluye (casi) siempre un espacio para la producción agrícola y otro para la producción pecuaria, en lo posible tratando de cubrir un área plana de buena aptitud agrícola y un área de pastoreo en terrenos cuya aptitud agrícola es menor, ya sea por ser tierras de descanso o de pastoreo en el cerro adyacente a la comunidad. En algunos casos, cuando se practica la trashumancia ganadera, el acceso a los espacios productivos se extiende incluso hacia otros pisos altitudinales, estructurando una vinculación territorial productiva discontinua.

El comportamiento ambiental exige una estrategia productiva que permita manejar los riesgos inherentes al mismo. La irregularidad de los fenómenos climáticos obliga a considerar actividades productivas que permitan manejar mejor estos riesgos. La agricultura es una actividad que encierra mucho riesgo y es vulnerable a este tipo de incidencias climáticas, de manera que la estrategia productiva se amplía a la producción pecuaria, cuya movilidad permite, entre otras cosas, sortear de alguna manera los riesgos señalados.

Así, la interacción entre la estructura fisiográfica del espacio y el comportamiento ambiental, imponen condiciones productivas que deben ser manejadas por el campesino local, quien desarrolla una estrategia específica para cada situación.

El origen de esta estructura productiva y económica en general, además, proviene de la estructura institucional construida a partir del establecimiento de los colonos españoles en estos valles a mediados del siglo XVI, época en que la adaptación productiva debía basarse, en gran medida, en la disponibilidad de tierras y en las características ecológicas del entorno. La economía familiar de estas primeras épocas se basaba en la producción agropecuaria. El acceso a recursos monetarios se daba mediante la venta parcial de la producción y, en el caso de los indígenas que debían pagar tributos en dinero, de la fuerza laboral en las encomiendas y haciendas locales (Klein, 1995).

Entonces, además de las condicionantes ecológicas, el campesino chapaco está condicionado por el arreglo institucional tradicional de acceso a recursos económicos mediante las prácticas agropecuarias.

Por otra parte, el acceso a los espacios productivos en la cantidad y calidad adecuadas para cada familia, está condicionado por factores de diferente índole a los biofísicos. Debido a que el acceso a la tierra es tradicionalmente de manera individual en esta región, donde la familia nuclear controla un espacio "propio", las instituciones que regulan el acceso a este factor están íntimamente ligadas con la propiedad privada de la tierra, ya sea individual o colectiva.

Particularmente en la zona del Valle Central, es frecuente encontrar una combinación en la modalidad de tenencia y acceso a la tierra, pues las familias tienen un espacio privado, y generalmente tienen acceso a otro espacio usado en "común" por la comunidad. En ocasiones, hay familias que no acceden a este "común", usado siempre para pastoreo, ya que el derecho de su "propiedad" no incluye el uso de estos terrenos colectivos. Esto se debe a que se haya comprado el terreno después de la asignación de espacios entre el colectivo de la comunidad durante los sucesos de la reforma agraria en el 52 (ZONISIG, 2001).

El tamaño promedio de la finca para la zona de los valles interandinos es de 6,1 hectáreas y se considera que alrededor de 8 por ciento de las familias rurales de estos ambientes no cuenta con tierras propias (*Ibid.* 2001), debiendo desarrollar estrategias particulares para el acceso a este factor productivo, que incluye mecanismos como el arriendo, la mediería, y la migración temporal.

Esto muestra que el acceso a la tierra está altamente saturado en estos lugares y si bien es cierto que existe una condicionante ecológica para desarrollar una estrategia productiva, también tiene una gran influencia en su estructuración, el aspecto de tenencia y propiedad de la misma.

Las posibilidades de articulación al mercado imprimen otra fuerte influencia en la estructuración del sistema y la estrategia productivos, siendo notoria la intensificación de la producción en correlación con la facilidad de acceso a vías camineras estables, centros de consumo como la ciudad de Tarija o coincidencia con épocas favorables para la venta de determinados productos. Lo contrario es un desincentivo para la intensificación productiva, induciendo en cierta manera hacia una modalidad más extensiva de la estrategia productiva.

Las áreas con acceso a riego, cercanas a la ciudad de Tarija, con fácil acceso a un camino estable, presentan una producción agrícola y pecuaria más vinculada al mercado, debido a las ventajas relativas de esta situación, como es el caso de las granjas lecheras o fincas con una producción importante de hortalizas o frutas destinadas a la venta; mientras que las áreas con menores ventajas agrícolas y de acceso a vías de transporte, practican un sistema productivo menos intensivo, basándose más en prácticas de ganadería extensiva y producción agrícola preponderantemente de autoconsumo. Esto implica el acceso a espacios más amplios —usualmente discontinuos— donde desarrollar estas prácticas extensivas, mientras que la intensificación permite reducir el espacio necesario para desarrollar una actividad productiva.

En ocasiones, la disponibilidad de fuerza laboral familiar puede también afectar la estrategia productiva. Si no se cuenta con personal para realizar las tareas del traslado de ganado entre espacios productivos, se debe adaptar la estrategia a un sistema de manejo localizado sólo en la comunidad. Tal es el caso de las familias que ya están en proceso de "descomposición", situación en que los hijos salen del hogar a formar su propia estrategia de vida —muchas veces migrando a Argentina— cuando los padres por su edad o falta de recursos ya no pueden encarar la práctica de la trashumancia ganadera.

4. El manejo de los riesgos

Dependiendo de la zona donde vive el campesino, este ha desarrollado sistemas productivos más o menos característicos. En muchos casos, estos sistemas involucran el acceso a espacios productivos ubicados en diferentes pisos altitudinales, en un intento de diversificar las actividades y espacios de producción para poder disipar los riesgos inherentes a su estrategia productiva.

Las condiciones ecológicas, de acceso a espacios productivos y de articulación al mercado, hacen que las comunidades presenten diferentes proporciones de familias que

recurren o no al uso de espacios productivos ubicados en diferentes pisos ecológicos. Mientras que en la comunidad de Alto Potreros, ubicada en la zona de transición entre los pastizales de neblina y el bosque montano nublado, el total de las familias recurre al uso de espacios productivos agrícolas y pecuarios en dos pisos ecológicos, en las comunidades de la cuenca del Tolomosa, sólo una parte de las familias recurre al uso de espacios productivos ubicados en diversos pisos ecológicos, existiendo una porción de familias, incluso mayoritaria, que desarrolla su estrategia económica vinculada al acceso de espacios productivos dentro del Valle Central y dentro su comunidad.

Esto no significa que la estrategia de acceso a diversos pisos ecológicos no sea una necesidad productiva en la zona, sino que demuestra la incorporación de un mecanismo adicional de diversificación económica para enfrentar los riesgos productivos del sistema familiar, recurriendo a la venta de la fuerza laboral en periodos cortos fuera de la unidad productiva (Beck, 2001; Hinojosa, 2000). Muchas familias del área de Tolomosa recurren a la migración de uno o varios miembros hacia la Argentina, pero de igual modo siguen practicando la trashumancia ganadera a través de la contratación de los servicios de otros campesinos que se quedan todo el año en la comunidad o bien en arreglos con los cuidadores que viven en la zona del monte.

Parece existir una mayor correlación entre la zona del Valle Central ubicada hacia Tolomosa y la práctica de migración temporal hacia la Argentina (principalmente) para complementar la estrategia económica familiar; mientras que las comunidades ubicadas hacia el sector de Carlaso y San Agustín, complementan sus estrategias familiares con la extracción temporal de madera de la zona de monte ubicada en los puestos de pastoreo relativamente más cercanos. Es probable que esta relación se de a causa de la posición relativa de las comunidades respecto de la zona boscosa.

Con todo, el control de espacios productivos en diferentes pisos altitudinales es una estrategia en plena vigencia entre los campesinos del Valle Central y responde a la estrategia global de diversificación de actividades, tiempos y espacios como mecanismo de manejo del riesgo.

Debido a las condiciones estacionales que provoca la latitud de esta región, el acceso a espacios productivos en diferentes pisos altitudinales es una condicionante obligatoria en estos ambientes. Muchos trabajos han descrito esta lógica de control vertical de recursos (Murra, 1975; Condarco, 1970; Platt, 1999; Klein, 1995; Escobari, 2001). Dicha lógica constituye una adaptación bastante antigua de Los Andes centrales, habiendo

llegado a alcanzar organizaciones bastante complejas basadas en el control "étnico" de amplios espacios territoriales discontinuos, como los ayllus que llegaban a abarcar incluso conexiones entre la costa del Pacífico y las vertientes orientales de Los Andes.

En un trabajo hecho para la zona del Valle Central de Tarija, en su porción sur, Preston (2001) describe los sistemas productivos de las familias campesinas, las que incorporan en su estrategia el uso de espacios productivos en diversos pisos ecológicos, vinculados mediante la práctica de la trashumancia ganadera.

Si bien es cierto que en épocas de dominio del Estado Inca, la zona del Valle Central de Tarija pertenecía a un espacio de frontera, y que la presencia de los diferentes pueblos respondía a las políticas de frontera de traslado de *mitimaes* formando parte de las redes étnicas más amplias que conformaban los ayllus de la región —que podrían haber abarcado incluso hasta el norte chileno (Martínez, 1998)—, las actuales estructuras de conexión territorial que desarrollan los campesinos chapacos ya no son tan amplias, reduciéndose a una vinculación entre tres pisos ecológicos contiguos: los pastizales del complejo montañoso de la Cordillera Oriental que circunda el valle central, el Valle Central propiamente dicho y la selva de montaña.

La diversidad ambiental y climática de esta región, cuya variación temporal y espacial es muy alta, exige un control vertical de espacios productivos para poder estructurar un sistema de producción más eficiente. El manejo del riesgo ambiental requiere la incorporación de la cría de animales porque así es posible sortear mejor la estacionalidad productiva del sistema, trasladando a los mismos entre pisos ecológicos que se complementan en el tiempo para la producción forrajera.

La capacidad de carga de los campos de pastoreo varía cíclicamente (ZONISIG, 2001) en el Valle Central, presentando una capacidad óptima en el verano, que por efecto del frío y la sequía, baja considerablemente en invierno. La forma de aprovechar esa capacidad óptima de verano, es decir, tener el máximo de animales posible para el verano en el terreno familiar, se logra trasladando cíclicamente a los animales vacunos hacia los puestos de pastoreo ubicados en la zona de selva de montaña, donde pasan el invierno en un campo de pastoreo que soporta la carga impuesta por el hato.

Si no se realiza este traslado, el sistema productivo colapsa, pues no hay suficiente alimento para cubrir las necesidades nutricionales y energéticas del ganado, que en invierno se incrementan por necesitar más energía para mantener el calor corporal. El traslado de los vacunos al monte reduce la presión de pastoreo en los campos de la

comunidad, llegando posiblemente a un umbral de capacidad máxima para el invierno con los animales que se quedan en la comunidad. Usualmente son algunos vacunos valiosos y la "hacienda menuda".

Este cálculo ha sido afinado con el paso del tiempo, el campesino ha aprendido a dosificar la cantidad de animales que puede soportar el sistema en época de máxima y mínima producción, y es muy probable que la cantidad de animales que tiene la familia es calculada en base a la máxima capacidad del sistema, sobre todo cuando la presión del minifundio obliga a buscar el mayor beneficio en la menor cantidad de espacio.

5. La ocupación del espacio

Se dijo ya que la consolidación de la comunidad productiva de los campesinos del eje Tolomosa-Lacajes implica el acceso a espacios distantes y territorialmente discontinuos del espacio de la comunidad administrativa, especialmente en lo que se refiere a la práctica de la trashumancia ganadera.

La noción de "territorio" se construye por la interdependencia productiva entre los sistemas productivos familiares, mediante mecanismos que producen efecto en el sentido de producir un espacio territorial colectivo continuo, con unos límites más o menos diferenciables, cuya estructura interna la proveen los sistemas productivos territorialmente discontinuos de las familias campesinas. Esos mecanismos serán descritos en la segunda parte de este trabajo.

Las características de vinculación del Valle Central a los flujos económicos y sociales más importantes de la región han influido en gran medida para que los campesinos mantengan sus viviendas en este lugar. Así generan una zona del territorio caracterizado por ser un lugar de residencia o vivienda, en contraste con otra zona articulada por los sistemas productivos, pero con dificultades de articulación a los flujos socioeconómicos por estar lejos de las vías carreteras. En esta zona no se presenta casi ningún tipo de asentamiento ni vivienda permanente, a excepción de algunas viviendas de campesinos que cumplen el rol de cuidadores eventuales del ganado en la zona de pastoreo.

La conectividad del territorio está influenciada también por las características fisiográficas de su estructura, distinguiéndose dos espacios más o menos diferenciables en cuanto a sus posibilidades de intercambio de flujos: el Valle Central, relativamente plano y sin grandes barreras que impidan un movimiento al interior del mismo; y el área de serranía y montañas, donde las condiciones de verticalidad y lo quebrado del terreno dificultan en gran medida los movimientos de conectividad. Evidentemente, esta

facilidad relativa de vinculación al interior del Valle Central y la dificultad inherente a los espacios más quebrados de serranía, ha facilitado el establecimiento de un área donde se desarrollan los núcleos de interacción social de las comunidades y otra de dominio espacial de las mismas pero que no es atractiva para establecerse por las desventajas de acceso a las dinámicas socioeconómicas del Valle Central.

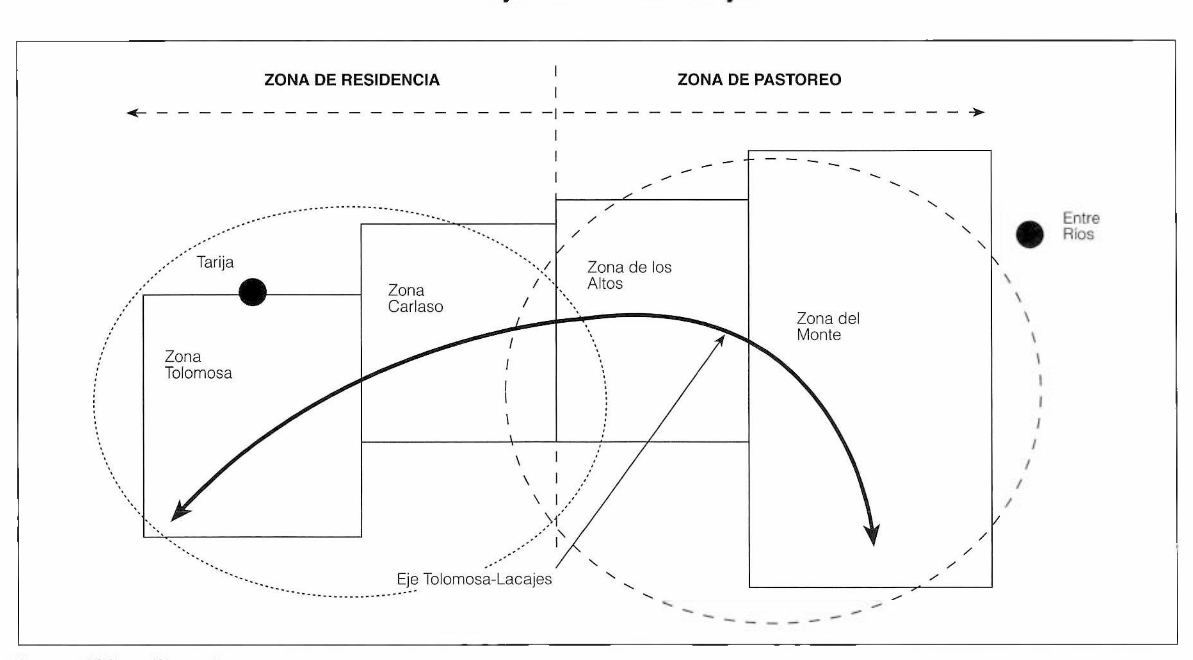
En términos generales, se puede encontrar dos grandes áreas dentro del territorio, caracterizadas por estar o no habitadas, pero bajo ningún punto de vista "desocupadas", puesto que en su conjunto son ocupadas para desarrollar la práctica de la trashumancia ganadera desde el Valle Central y las selvas de montaña (ver Figura 3).

La zona de residencia está ubicada en torno al sector que cruza el Valle Central de Tarija, cuya característica climática define un área más árida y otra más húmeda en cada extremo, en un sentido de oeste a este, y ambientalmente incluye el piso de los pastizales de montaña y serranía, y el fondo de valle. Estos se destinan al pastoreo y a las parcelas agrícolas de las comunidades de residencia. La zona corresponde al área de la cuenca del río Tolomosa, en el extremo más húmedo del valle, y a la zona de la cuenca baja del río Santa Ana y los sectores de Carlaso, San Agustín y Canchones, que es un área más árida. También se encuentran en esta zona las comunidades de Papa Chacra, Cristalinas y Alto Potreros, que aunque vinculadas funcionalmente a la zona árida, ya están ubicadas en un ambiente de transición hacia los pastizales húmedos de la ceja de monte.

Cada comunidad, en la zona de residencia, cuenta con un espacio de pastoreo en una serranía adyacente ubicada dentro del territorio comunal, que usualmente se usa para delimitar la misma por su divisoria de aguas. Existe otro espacio de fondo de valle, usualmente de llanura, donde se ubican las parcelas agrícolas de los sistemas productivos familiares, los espacios de vivienda y donde se concentra la interacción social de los miembros de la comunidad.

La zona de pastoreo se ubica entre los pastizales de neblina y la selva de montaña, y es precisamente esta estructura ambiental que define dos áreas diferenciadas dentro de la misma. La zona del pastizal de neblina es un área usada para estacionar el ganado cuando sale del monte y está en camino hacia los pastizales en los cerros de las comunidades de residencia, aunque también es usado para dejar algunos animales durante el verano, por no tener mucho espacio en los pastizales de la comunidad de residencia. Es el caso de algunos campesinos de la zona de Tolomosa, sólo llevan los animales más valiosos a la comunidad en el verano, dejando el resto del hato en estos pastizales hasta que sea nuevamente tiempo de retornar al monte.

Figura 3
Las zonas de uso del territorio de trashumancia ganadera en el eje Tolomosa-Lacajes



Fuente: Elaboración propia.

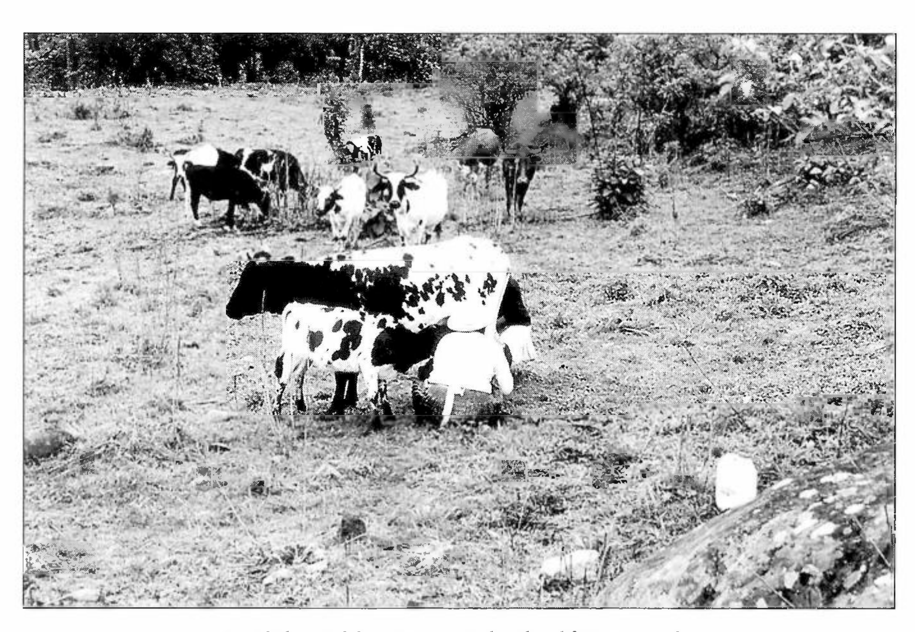
La zona de selva de montaña es el área donde se ubica el ganado durante la época de invierno hasta que empiezan las lluvias. Esta zona presenta dos ambientes usados por los animales: el monte, ubicado en las laderas, y los cursos de agua donde se abre la cobertura vegetal, y el animal se mueve entre estos dos lugares en su pastoreo diario.

De esta manera, tenemos que el territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes presenta una estructura ambiental que vincula los ambientes de pastizal de serranía, valle interandino y selva de montaña, usados para pastoreo de verano e invierno de manera alternada y cíclica, en una lógica de movimientos altitudinales del ganado vacuno para acceder al forraje.

La zona de pasturas de verano coincide en su ubicación con el área donde los campesinos ubican sus viviendas y comunidades, mientras que la zona de pastoreo de invierno coincide con un área prácticamente deshabitada. Esta estructura de uso no parece ser una condicionante tecnológica, sino que más bien parece responder a las posibilidades de establecer espacios vinculados con los flujos socioeconómicos mayores de la región que son dificultados por la fragilidad y lo abrupto del terreno en las serranías de fuerte pendiente y poca estabilidad del suelo.

Existen sistemas de trashumancia descritos para la zona de Karakoram en Pakistán (ICIMOD, 2001), donde la ubicación de las comunidades agropecuarias coincide más bien con el área de pastoreo de invierno, siendo las pasturas más altas de verano las que están deshabitadas. Con esto, parece establecerse una correlación entre la ubicación de parcelas agrícolas y la presencia de infraestructura vial que permita comercializar la producción agrícola; mientras que la cría de animales permite el acceso a espacios marginales y aislados, incorporando así territorios al sistema productivo que de otra manera estarían desarticulados de las estructuras productivas locales.

Con la trashumancia ganadera es posible acceder a espacios desvinculados y considerados como marginales por una explotación comercial, pues su articulación al mercado es problemática. Sin embargo, los campesinos han logrado establecer un sistema que incorpora estos territorios "lejanos" a las dinámicas desarrolladas en los centros de confluencia socioeconómica, como es el Valle Central, para complementar los requerimientos de recursos necesarios para su desarrollo.



Los "cuidadores" del monte aprovechan los diferentes productos
que proporciona el ganado trashumante.

SEGUNDA PARTE

La trashumancia como estrategia económica y ecológica

CAPÍTULO UNO

El manejo de la variabilidad ambiental

1. En el campo hay que hacer de todo para vivir

La crianza de animales es un componente central de la estrategia productiva de las familias campesinas en el eje Tolomosa-Lacajes, y en general en todo el Valle Central de Tarija (Preston, 2001:95; ZONISIG, 2001:115), donde el acceso y uso del territorio siempre considera un espacio para el pastoreo del hato familiar.

La práctica exclusiva de la agricultura puede resultar muy riesgosa para alcanzar el ingreso necesario de las familias, porque se trata de una actividad expuesta a una serie de riesgos ambientales característicos del ambiente del valle interandino, cuya ocurrencia es difícil pronosticar y su manejo es generalmente impracticable por los altos costos que implica.

Aunque se considera que la práctica de la agricultura es casi siempre una actividad nuclear de la economía familiar, incluso cuando el acceso a la tierra es dificultoso, las familias campesinas incorporan otras actividades a su rutina laboral para complementar su estrategia de vida. Así desarrollan una "pluriactividad" económica (Zoomers, 1999) relacionada al manejo del riesgo a que está sujeto su sistema de vida.

En el campo, los riesgos ambientales requieren un particular e importante manejo. Su impacto en las actividades productivas agrícolas puede ser muy alto, de manera que es imprescindible prever formas alternativas de ingresos para la familia a fin de que la dependencia de los riesgos sea baja y con posibilidad de enfrentar las épocas de crisis.

La estacionalidad climática muy acentuada del Valle Central de Tarija, definida fundamentalmente por las condiciones de latitud, establece un ciclo anual donde las condiciones productivas son favorables sólo en una parte de ese sector. Lo problemático

suele presentarse con la precipitación y cambios bruscos de temperatura ambiental, porque no existe un patrón establecido y regular ni en tiempo ni en espacio, algo muy característico de ese tipo de ambientes de montaña. De ese modo, el clima es afectado por las condiciones fisiográficas del paisaje local, que a su vez recibe la influencia de las dinámicas climáticas regionales cuyos ciclos están influidos por fenómenos como El Niño (Whiteman, 2000:7; Preston, 2001:41; ZONISIG, 2001:53).

El comienzo de la época caliente en septiembre suele estar ligado a las primeras precipitaciones pluviales que van aumentando en cantidad hasta alcanzar un pico alto en diciembre, enero y febrero. A partir de entonces se van disipando hasta la finalización del verano. Ese comportamiento de las lluvias permite al campesino realizar sus cultivos en función a esa regularidad. Sin embargo, no siempre ocurre así, en algunos años las lluvias se retrasan, se distancian demasiado o se concentran en tiempo y espacio, produciendo fenómenos como las riadas o excesiva humedad del terreno, lo que perjudica el normal desarrollo de los cultivos y en algunos casos los destruye. La ocurrencia de granizadas y heladas suele afectar también la producción agrícola. Es muy difícil predecir ese tipo de comportamiento climático.

Ante la inestabilidad climática, una manera de enfrentar la incertidumbre es la incorporación de otras actividades en la estrategia económica tales como la crianza de animales, migración con fines laborales, extracción de madera, trabajos eventuales en la región, ventas domésticas de productos traídos desde la ciudad, elaboración de artesanías, etcétera.

La crianza de animales presenta la ventaja de permitir la movilidad del hato en busca de mejores condiciones productivas, sea dentro del mismo ambiente ecológico o entre pisos altitudinales, y suele estar relacionada a espacios de acceso colectivo más beneficiosos.

1.1. La diversificación del subsistema pecuario

En el subsistema pecuario, la lógica de la diversificación se traduce en la crianza de diversos tipos de animales. El rebaño suele ser mixto y de propiedad individual de la familia, denominado en forma genérica por los campesinos como "hacienda menuda" cuando se trata de ovejas y cabras, y "hacienda" para nombrar a los animales grandes: vacas principalmente, caballos y asnos.

Las familias campesinas de la zona también crían gallinas y cerdos, y eventualmente patos. El espacio de cría es el área circundante a la casa, por lo que dependen de los cuidados y alimentación suplementaria que les brindan sus cuidadores, la mujer y los hijos pequeños. Estos animales aprovechan el maíz que cultiva la familia y en cierta forma se constituyen en un mecanismo de "almacenamiento" para ser utilizado en el momento oportuno, pues de otra manera perdería su calidad nutritiva por acción de insectos, hongos, etcétera.

El manejo de las ovejas y cabras se realiza en un rebaño familiar que se lleva diariamente a pastorear a los campos circundantes de la comunidad, usualmente el "terreno de pastoreo común" situado en el cerro, dentro de los límites comunales. Este rebaño es encerrado en el corral adyacente a la vivienda para pasar la noche y usualmente está bajo el cuidado de la esposa con la ayuda de sus niños.

La crianza de animales mayores está a cargo del hombre de la casa, porque es considerada una labor masculina aunque, por supuesto, es relativa, ya que tanto el hombre como la mujer se suplen mutuamente cuando es necesario.

Vacas, caballos y burros son criados en los pastizales de la comunidad. En el caso de las vacas, también se usan puestos de pastoreo de invierno ubicados en la zona de selvas de montaña, a una distancia variable pero usualmente lejana a la comunidad de origen.

Los caballos y burros pueden pastar en tierras de comunidades vecinas. Las vacas, en cambio, deben estar confinadas en los terrenos de pastoreo comunal, razón que obliga al "pastoreo" por parte de los dueños para verificar que sus animales estén dentro de los límites comunales. En algunos lugares como Tolomosita y Pinos Norte —donde la presión por el recurso tierra es evidente—, se suelta las vacas por la mañana y se las vuelve a encerrar en el corral de la casa por la noche, pues es importante mantener un control muy estricto del hato para evitar los conflictos de invasión de cultivos y pasturas.

> Cuando están aquí (en la comunidad) se las lleva a pastear al cerro todos los días, se las lleva por la mañana temprano y se las recoge por la tardecita todos los días. Otras veces se las lleva al cerro del frente donde llevan todos los comunarios y bajan a la zona de las viviendas cuando quieren salir (Vicente Rojas, comunidad de Carlaso, 2001).

La propiedad de los diferentes animales depende del objetivo de su crianza. Los animales criados para la venta tienden a la propiedad diferenciada, mientras que los de

consumo familiar son propiedad colectiva de la familia. Las vacas aparecen más como propiedad de cada miembro de la familia debido al rol de "ahorro" que cumplen porque son criadas para la venta y no tanto para el consumo.

Los caballos y los burros, por su parte, se identifican con la propiedad específica de algún miembro de la familia, generalmente el padre o los hermanos mayores, y aunque no son para la venta, se consideran muy valiosos para el transporte de productos y de personas.

Las aves de corral y la hacienda menuda en general, son criadas para el consumo familiar y aparecen como propiedad colectiva de la familia. Salvo algunas circunstancias, es raro que se las críe con el objetivo expreso de venta.

1.2. La "hacienda" familiar

En cierto modo, la estructura del hato de ganado vacuno presenta una funcionalidad adecuada para la reproducción y autoreposición de animales, de manera que se pueda mantener o aumentar el tamaño del ganado.

El tamaño del hato depende de la disponibilidad de factores productivos de la familia, especialmente tierra y mano de obra. Un tamaño medio común del hato familiar en esta zona reporta unos 35 animales, variando hacia hatos de hasta 50 ó 70 animales como los más grandes, y hatos de 15 ó 20 animales como los más pequeños.

Esa cantidad de animales depende de la tierra disponible —la principal limitante— y de la disponibilidad de mano de obra para realizar la trashumancia, pues una persona puede manejar un grupo de unos 15 animales en el traslado, pero para más animales ya se necesita la ayuda de otra persona.

La limitante del espacio demuestra la racionalidad del campesino, quien comprende la capacidad de carga de su espacio productivo, y no se somete a una dinámica de agrandar su hato de manera descontrolada sin considerar las posibilidades de su terreno, como comúnmente suelen afirmar los especialistas de las instituciones de desarrollo (Preston, 2001:170). La capacidad productiva del área de pastoreo en la comunidad de residencia sirve para delimitar el tamaño máximo del hato, puesto que se maneja como propiedad privada, muchas veces incluso cercada, donde no se permite el paso de animales entre propiedades vecinas.

Cuando el pastoreo se realiza en espacios colectivos, como en el cerro de pastoreo común de la comunidad, el grupo que tiene derecho de acceso a esos terrenos

limita el ingreso de animales ajenos y ejerce control sobre la cantidad de ganado de cada miembro del grupo, de manera que no se llega a una situación en que la excesiva cantidad de animales degrade los campos de pastoreo de modo irremediable, lo que podría denominarse como "tragedia de los comunes" (Ostrom, 1990: 2).

Los campesinos de la comunidad que no tienen derecho sobre los terrenos del cerro no pueden meter sus animales allí, deben conformarse con pastorear en los terrenos de su propiedad en la parte baja de la comunidad, donde el control de acceso a los espacios de pastoreo es mucho más estricto por ser un lugar de mayor presencia de los propietarios del recurso. El tamaño de su hato es entonces limitado por la capacidad de sus terrenos. Para aumentar ese tamaño, las familias deben buscar mecanismos de acceso a terrenos adicionales mediante acuerdos con los dueños de los mismos o deben conformarse con la cantidad de ganado que su tierra puede mantener.

La estructura del hato está adecuada a la auto reposición para mantener o aumentar su tamaño. Todos los hatos cuentan con terneros (de cero a un año), generalmente en cantidad similar entre machos y hembras; vaquillas y novillos (de uno a tres años) también en una proporción similar entre ambos sexos. A partir de esa edad, cuando los animales se vuelven toros, bueyes o vacas, bajo los criterios de clasificación local, la proporción de vacas es mucho más grande con una relación de dos o cuatro a uno, aproximadamente.

Eso se debe a que los animales que primero se venden son los machos que no fueron seleccionados para reproductores o para trabajar. Las vacas se mantienen incluso hasta que llegan a 12 ó 14 años, para recién venderlas, pues cumplen el rol de la reproducción.

Eso implica una capacidad anual de reproducción del hato de más o menos el 50 por ciento de las vacas en edad de reproducción. Considerando que el ciclo de gestación y cría dura aproximadamente dos años en promedio, un hato de 40 animales tendrá unas 14 vacas, de las cuales siete pueden parir en un año y las otras siete al año siguiente, alcanzando un ritmo de reposición de siete animales al año. La reducción del hato se produce por venta o por pérdida a causa de enfermedades, accidentes y robo en el monte.

Por otro lado, existe un criterio de selección de los animales que serán vendidos o eliminados, de acuerdo al "mal carácter", malformaciones, mala salud o enfermedades incurables (llaga, orina de sangre) que resultan dañinas a los cultivos. Cuando son "fieritas" o no son buenas reproductoras, también van a la venta o eliminación. Con esto, también se demuestra una racionalidad de manejo que permite al campesino

seleccionar los animales de su hato según características genéticas que él considere más adecuadas.

2. Adaptación a los cambios estacionales

2.1. Las migraciones estacionales

Muchas especies de animales responden a los cambios estacionales con adaptaciones denominadas migraciones[1], que son movimientos voluntarios, periódicos, masivos y regulares entre diferentes lugares, guiados por la variación estacional de las condiciones ambientales.

La migración es un fenómeno instintivo, desarrollado tras largos procesos de selección natural que se transmite hereditariamente entre las diferentes generaciones (Cubero, 2001:4). Normalmente, se produce por factores externos como el fotoperiodo, la temperatura ambiental, los vientos y lluvias estacionales, la disponibilidad de alimentos e incluso la terminación del ciclo reproductivo. La migración estimula a las especies a consumir gran cantidad de alimentos para enfrentar el viaje hacia la zona de invernada o veraneada, según sea el sentido de la migración.

Esa adaptación es más notoria en ambientes extremosos, donde las variaciones estacionales son muy marcadas entre cada estación del año, cambiando las condiciones productivas del ambiente. Es particularmente interesante la correlación que existe entre el comportamiento migratorio de las aves y la latitud donde habitan, siendo más ocurrente en las especies que habitan más al norte en el hemisferio Norte y más al sur en el hemisferio Sur, y menos ocurrente en las especies de aves que viven más hacia el Ecuador.

La época de migración está bien definida dentro del año y está estrechamente acoplada a ritmos fisiológicos internos, de manera que las fechas de partida y llegada de las poblaciones migrantes son siempre coincidentes.

Según el tipo de desplazamiento, se pueden identificar tres tipos de migración: la *migración latitudinal*, practicada por la mayoría de las especies de aves que viven en los extremos norte y sur y que se desplazan desde los extremos latitudinales hacia el Ecuador o incluso pasando de hemisferio. Otro patrón de movimiento es la *migración*

---

1 Esta no es la única adaptación, pero sí la más conocida. Pueden existir otras adaptaciones como la hibernación, el cambio de hábitos alimenticios, etcétera.

longitudinal realizada por algunas especies desde el centro del continente hacia la zona costera. Finalmente, la *migración altitudinal* se realiza de arriba a abajo y viceversa en las montañas, siguiendo la onda fenológica de las especies vegetales o escapando de las temperaturas extremas de las alturas.

Algunos mamíferos, como el caribú de montaña de la Columbia Británica en Canadá, desarrollan estrategias peculiares para enfrentar la presencia de nieves profundas en el invierno. Esos animales suben por la pendiente pues la acumulación de nieve les permite alcanzar los líquenes que crecen en los troncos y ramas de los árboles del bosque en la montaña (Morris, 2001:2). Por el contrario, la mayoría de los ungulados, como el sarrio de Navarra, deben desplazarse en invierno a cotas de menor altitud en busca de los lugares donde la nieve no cubra la hierba del suelo, de manera que el rango altitudinal se desplaza cíclicamente marcando sus posibilidades de alimentación (Herrero, 1993:5).

Para el caso de los peces, se ha descrito los hábitos migratorios de muchas especies de río en la cuenca del Amazonas (Silva, 2000:3), donde se indican factores bióticos y abióticos del ambiente como los causantes de los mismos. Entre los factores bióticos están la búsqueda de fuentes alimenticias, escape de depredadores y búsqueda de lugares adecuados de desove; entre los factores abióticos están los niveles cíclicos de pluviosidad, fluctuaciones de los niveles de agua y disturbios causados por las fluctuaciones. Esas migraciones pueden ser locales, intraregionales e interregionales, dependiendo de las distancias que se recorran.

Las aves utilizan incluso caminos o rutas muy precisas, las que son utilizadas por miembros de diferentes órdenes. Usualmente siguen alguna característica importante de la superficie terrestre, donde es fácil orientarse y las condiciones son más favorables.

2.2. El traslado del ganado vacuno

La movilidad del ganado vacuno difiere de la vida silvestre descrita anteriormente. El acceso a los espacios productivos, en el caso del ganado, está gobernado por el instinto y las instituciones sociales campesinas, porque el usufructo de los productos pasa a ser una apropiación de los dueños del hato familiar.

Sin embargo, aunque los productos tengan ese destino, la crianza extensiva del ganado vacuno depende para su alimentación casi exclusivamente de lo que producen los campos naturales de pastoreo, por lo que la variación estacional de su producción obliga a encontrar mecanismos que permitan sortear esa variabilidad.

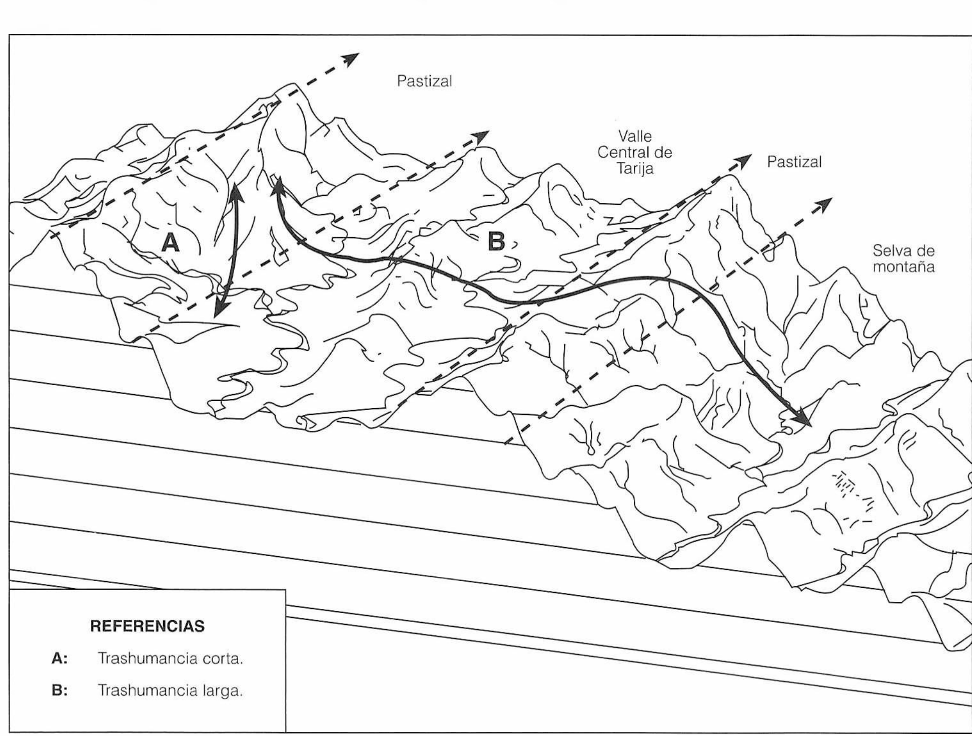
El cultivo o almacenamiento de forraje para el invierno sólo es posible en pequeñas proporciones bajo la tecnología productiva que maneja el campesino del Valle Central: el almacenamiento de los restos de la cosecha del maíz en las chaleras o silos domésticos en las copas de los algarrobos (*prosopis sp.*), que son árboles que crecen dentro o alrededor de los campos de cultivo. Ese forraje sólo alcanza para una parte del hato familiar o para un periodo, lo que lleva a buscar otra alternativa para el resto de los animales o para completar el periodo invernal.

Como alternativa, los campesinos recurren a copiar los comportamientos de los herbívoros de ambientes de montaña, buscando las condiciones de alimentación y protección mediante el acceso a diferentes pisos ecológicos. Así, los campesinos realizan verdaderas *migraciones domesticadas* del ganado vacuno, mediante las cuales pueden manejar mejor las variaciones estacionales de la productividad forrajera de sus pasturas en la comunidad de residencia.

Desde una perspectiva ecológica, la migración más adecuada para el ganado vacuno de los campesinos del eje Tolomosa-Lacajes es aquella que se realiza desde los pastizales de montaña que circundan el Valle Central hacia la zona de selvas de montaña. Ese es el estrato altitudinal inmediatamente más bajo con formación boscosa que protege a la vegetación herbácea de los fríos intensos hasta entrado el invierno. Por sus características, se constituye en el alimento de la temporada y su defoliación aporta con material alimenticio a finales del periodo. Además, la misma protección favorece al ganado, el cual debe recurrir a un mayor uso de energía para contrarrestar las bajas temperaturas, pues fuera del bosque habrían muchas muertes. Precisamente por esa razón los animales no se quedan en los pastizales de neblina, donde a pesar del frío se mantiene una cierta cantidad de hierba verde. Las ocasionales heladas y nevadas pueden ser fatales para el ganado (ver Figura 4).

Pese a las ventajas alimenticias, desde la perspectiva de seguridad de los animales, el traslado a las selvas de montaña significa mayores riesgos debido a: las enfermedades asociadas a esos ambientes (orina de sangre y llaga) que en los últimos años han causado muchas pérdidas; el robo de los animales porque su cuidado es muy difícil debido a la lejanía de las viviendas; y los accidentes como el enraizamiento y despeñamiento, además de los ocasionales ataques por depredadores como el tigre (*felis onca*) y el león (*felis concolor*). Esas situaciones obligan al campesino a evaluar cuidadosamente el tipo de estrategia que seguirá para criar su ganado.

Figura 4
Esquema de la migración altitudinal del ganado vacuno entre el Valle Central y los ecosistemas de pastizales y de selva de montaña



Fuente: Elaboración propia.

El hecho de permanecer en la comunidad no implica descuidar el uso de los pisos altitudinales, ya que los animales igualmente son puestos en los terrenos de pastoreo del cerro cuando se tiene acceso a los mismos. Así se establece un ciclo *de trashumancia corta* entre espacios productivos cercanos a la vivienda del campesino donde es más fácil monitorear y las condiciones climáticas ya no están asociadas a las enfermedades que existen en el monte. Sin embargo, la capacidad productiva y de protección contra el frío de estos ambientes es más baja, y por ello, la alternativa de traslado al monte es siempre una consideración indispensable.

La otra modalidad de trashumancia es el traslado de los animales de los pastizales de montaña de la comunidad a los puestos de pastoreo en el monte. Se denomina *trashumancia larga*, ya que vincula espacios territoriales discontinuos ubicados a varios días de distancia.

Ese vínculo articula los territorios deshabitados y la zona más poblada del Valle Central. La modalidad de trashumancia es la que establece la interdependencia entre los usuarios de esos terrenos, pues las necesidades de transporte y monitoreo son más sentidas y por lo tanto la complementación entre usuarios es mucho más apreciada y necesaria.

3. La trashumancia ganadera

La trashumancia ganadera es definida como el desplazamiento alternativo y periódico de partidas de animales entre dos regiones ambientalmente diferentes con el fin de aprovechar la complementariedad vegetal entre ambas zonas a través del ciclo estacional, tal como hacen los campesinos del Valle Central, uniendo los pisos ecológicos de pastizales de montaña, valle interandino y selva de montaña.

Esa actividad puede vincular espacios que están ubicados relativamente cerca. Es el caso del traslado de los animales de los campos de pastoreo ubicados en el bajo de la comunidad de residencia al cerro de la misma comunidad. También puede vincular espacios distantes entre sí, como el caso de la trashumancia que realizan parte de los campesinos del Valle Central entre sus comunidades de residencia y la zona del monte o selva de montaña, ubicada muchas veces a distancias de hasta seis días de camino con los animales.

Con la llegada de los primeros fríos y el cese de las precipitaciones en el otoño, los pastos de las praderas naturales del Valle Central rápidamente se secan y sólo que-

dan sus estructuras florales, muy pobres en contenido nutricional y energético. Esa es condición suficiente para que se inicie el traslado de los animales hacia los puestos del monte, y la época suele estar referenciada con la fiesta de la Cruz, el 3 de mayo, observándose un masivo traslado de los hatos durante todo el mes, incluso hasta mediados de junio de acuerdo a la disponibilidad de tiempo de los diferentes dueños, quienes deben encontrar un espacio entre sus actividades de cosecha y comercialización para poder llevar sus vacas al puesto del monte.

Los animales se quedan en el puesto del monte hasta que llegan las primeras lluvias, generalmente en el mes de octubre, fecha en que nuevamente se los debe buscar y llevar hasta un puesto en los pastizales de neblina antes de que los ríos crezcan demasiado y no dejen pasar a los animales, especialmente a las crías que han nacido en ese sitio. Además, las condiciones del monte se vuelven adversas para el ganado, pues aparece el tábano y la incidencia de hongos y gusaneras es favorecida por la humedad y calor del verano, cuando se hace necesario sacar a los animales, otra vez.

Entonces, se estacionan los animales en los pastizales de neblina el tiempo suficiente como para que el pasto crezca en los cerros de la comunidad. Luego, deben ser rápidamente devueltos para evitar los daños a los cultivos en la zona de pastizales de neblina. Este movimiento masivo de retorno suele ser realizado en el mes de noviembre, a partir de la fiesta de Todos Santos, el 2 de noviembre.

La migración altitudinal, entre el puesto del monte y el terreno de pastoreo en la comunidad, debe contar necesariamente con el acceso intermedio del pastizal de neblina para amortiguar el cambio de las condiciones productivas entre el monte y la zona de la comunidad. Es importante sacar los animales de los puestos del monte con las primeras lluvias ya que —con el tiempo— las condiciones se hacen adversas (mucha humedad, mucho calor, proliferación de insectos, crecidas de los ríos), aunque ese movimiento no coincide con el brote de los pastos en el Valle Central. El ganado se estaciona por un periodo aproximado de un mes en los puestos que se alquilan en la zona de pastizal de neblina (Guerrero, Alto Potreros), dándole tiempo a los pastos del Valle Central para que broten y puedan recibir nuevamente la carga animal del hato familiar.

3.1. Comportamiento del ganado

De ese modo, el comportamiento del ganado se halla organizado tanto por las instituciones campesinas desarrolladas para la crianza de los animales como por las

condiciones ambientales del puesto de pastoreo donde se encuentren en las diferentes épocas del año.

El ganado que se somete a la trashumancia entre el Valle Central y el monte tendrá una dinámica diferente que aquel que se somete a la trashumancia entre espacios dentro de la comunidad de residencia.

Moverse entre la zona de las comunidades y el monte implica transitar entre dos espacios de condiciones ambientales diferentes. La presión sobre el recurso forrajero es mucho más intensa en el valle que en el monte, y la presencia de cultivos es prácticamente nula en la zona del monte, de manera que los animales pueden moverse libremente.

Durante el verano —cuando los animales están en la comunidad de residencia— se usan con preferencia los terrenos de pastoreo ubicados en el cerro, porque mantenerlos cerca de las viviendas y cultivos implica mayor frecuencia de conflicto a causa de los daños que puedan ocasionarse en los campos.

Por lo general se opta por confinar a los animales durante la noche en el corral de la casa, precisamente para tener el control sobre el desplazamiento de los mismos, que podrían ingresar a los cultivos mientras el dueño descansa. Con esa modalidad de manejo, se lleva las vacas todas las mañanas hasta el terreno de pastoreo en el cerro de la comunidad. Al atardecer, se las recoge para encerrarlas en el corral. Ese tipo de monitoreo permite destinar menos tiempo a evitar daños en el cultivo y así realizar otras labores agrícolas que requieren atención intensiva.

En algunos casos se deja a los animales sueltos en el terreno comunal, pero eso está condicionado por el lugar que debe ser lo suficientemente amplio como para que los animales se muevan sin mucha presión de salir hacia los campos de cultivo. Esa ventaja se encuentra en la extensión de los terrenos de pastoreo de la cordillera de Sama.

En ese lugar los animales no se quedan estacionados buscando su alimento, sino que se desplazan a lo largo del terreno comunal siguiendo más o menos una referencia de grupo. Es común que los animales de un hato se mantengan juntos en su desplazamiento por el terreno de pastoreo. En ocasiones algunos se alejan, lo que para el dueño exige más tiempo para su captura y encierro.

Con la llegada de la época seca, se baja los animales hacia los terrenos circundantes a los campos de cultivo, donde la pastura es de mejor calidad y donde ya se tienen posibilidad de hacerles comer los restos de las cosechas o rastrojos. Una parte de los animales se traslada al monte, y otra se queda en la comunidad, dependiendo de la zona

en que se ubique. En el caso de las comunidades del área más árida del Valle Central es prácticamente un imperante el traslado de todo el hato hacia los puestos del monte porque queda muy poco pasto en la comunidad.

Los animales que se quedan en la comunidad requieren mayor atención, ya que el pastoreo diario debe estar casi siempre acompañado de alguna persona, la mujer o los niños o un peón, quienes deben cuidar que los animales no se pasen entre propiedades para evitar conflictos con los vecinos.

Los animales que se trasladan al monte se dejan en el puesto de propiedad del ganadero y allí se quedan bajo un régimen de pastoreo libre, pues la ausencia de terrenos cultivados y el comportamiento gregario y territorial del ganado permite manejarlo de ese modo.

Sin embargo, en ese lugar es difícil ubicar al ganado porque la densa vegetación impide su visualización en el puesto, de manera que ahí es importante conocer el hábito de comportamiento para monitorear, juntarlos y traerlos de vuelta.

Con el frío los animales prefieren estar dentro del bosque, en lugares protegidos, mientras que con el calor salen a lugares más abiertos. Es común observar a las vacas que salen a tomar agua a los abrevaderos en las quebradas en determinados momentos, usualmente al mediodía, dedicando el resto del día a buscar su alimento y rumiar. También suelen tener determinados lugares para dormir, aunque depende del sitio donde se encuentren dentro del puesto.

Con el comienzo de las lluvias al final del invierno, aparece en el monte el tábano, un insecto volador que se alimenta de la sangre que sale de las heridas provocadas por sus mordeduras en los animales. Para evitar esa incomodidad, salen hacia lugares descampados e incluso inician su ascenso hacia los campos de pastizal en los altos o se desplazan hacia los campos abiertos de las comunidades de Vallecito y Río La Sal.

3.2. Las diversas actividades

Las rutas de desplazamiento animal muestran que la práctica de la trashumancia implica una serie de actividades relacionadas a la vinculación entre espacios productivos. El traslado del ganado es —tal vez— el más emblemático y de mayor exigencia, pero eso no significa que solo éste sea la trashumancia, sino que esta se refiere a una serie de otras actividades que en su conjunto estructuran el ciclo de la trashumancia.

La trashumancia es un *sistema* de crianza del ganado vacuno basado en el desplazamiento periódico y alternativo del hato familiar entre dos ambientes productivos, los cuales presentan condiciones y actividades diferenciadas.

El traslado del ganado hacia los puestos del monte se realiza cuando las condiciones ambientales del valle así lo exigen. Para ello se realiza una actividad preparatoria: hacer comer a los animales el rastrojo de la cosecha a fin de prepararlos para el viaje, ya que usualmente es largo y no se tiene opción de alimento en el camino sino hasta que se cruza el Valle Central y se entra en la zona de la selva montana.

El traslado se planifica para que coincida —en un momento adecuado— con las labores agrícolas y de comercialización que debe realizar, por responsabilidad asignada, el hombre de la casa. En general, las actividades de cuidado del ganado en los espacios alejados a la zona de residencia son encaradas por él, mientras que la mujer se encarga de las actividades que se realizan cerca a la zona de residencia.

Si los animales no pasan de 15 ó 20, el hombre puede hacer el traslado solo, pero si son más, será necesario contar con la ayuda de otras personas que pueden ser los hijos mayores o algún peón contratado de la misma comunidad en la zona alta (Taxara) o de la zona de los puestos en el monte donde viven los "cuidadores".

Ese traslado tiene carácter individual, cada dueño se hace cargo de sus animales y es su responsabilidad guiarlos de esa manera durante el camino, donde probablemente se encuentre con otros ganaderos que están realizando la misma actividad. Aunque muchas veces suelen acompañarse entre ganaderos conocidos, la norma del cuidado individual prevalece, especialmente para cruzar lugares escabrosos donde es difícil mantener a los animales del hato bajo el control visual, y para evitar conflictos.

Con todo, pese a la responsabilidad individual, los campesinos saben que el viaje en grupo proporciona más seguridad, disponibilidad de ayuda en caso necesario y una oportunidad de esparcimiento que hace más atractivo el trayecto.

En épocas pasadas la costumbre era colectiva. Los integrantes del grupo se distribuían roles y responsabilidades en forma rotatoria de manera que el traslado era una institución colectiva muy eficiente. Las labores de la cocina o la ejecución del erque[2] eran distribuidas por turno entre los participantes, quienes debían conocer todos los oficios, además de los propios del manejo del ganado.

---

2 Instrumento musical tradicional del campo tarijeño, construido en base al cuerno de la vaca y ejecutado en época de lluvia. Antes se lo empezaba a usar cuando se iba a sacar las vacas del monte.

El traslado se organiza por etapas, habiendo lugares de descanso para comer y dormir ya establecidos con el uso tradicional, de la misma manera que los caminos ya están establecidos y su uso es aceptado como de derecho propio de los campesinos que practican la trashumancia.

El traslado se apoya en los burros, a los que se les carga los víveres, colchas y todo lo necesario para el viaje. El campesino viaja suelto y así puede moverse sin dificultad para arrear el ganado cuando este se sale del camino y se mete a comer en lugares peligrosos. En esa actividad no se utilizan los perros, porque se cansan y no pueden acabar el viaje. Si alguna vez acompañan en el traslado, se suben a los caballos, mulas o burros.

Una vez en el puesto del monte, el ganado se queda solo. Cuando es posible, se acuerda el cuidado de algunos vecinos que viven en las comunidades de la frontera con el sistema agrario de Salinas. A ellos se los denomina "cuidadores".

Mientras el ganado está en el puesto del monte, hay que realizar visitas periódicas para ver cómo están los animales, llevar sal y medicamentos, o incluso víveres para los cuidadores. Esos viajes se realizan cada 15, 20 ó 30 días, según sea necesario o posible. El dueño del ganado lo hace generalmente solo.

El traslado desde los puestos del monte hacia la zona de los pastizales de neblina sigue el mismo curso. La actividad preparatoria en este caso consiste en juntar el ganado que está en el monte, actividad que puede durar varios días hasta completar el hato. Cuando ya se tiene el hato completo en algún corral o esperando en el pastizal, se procede a llevarlo hasta el puesto en la zona de pastizal de neblina —donde se estacionará por unas semana— o se lo lleva directamente hasta la comunidad cuando no se tiene acceso a un puesto de estacionamiento. El dueño o el cuidador se hacen cargo de ese traslado.

El pastoreo en la zona de la comunidad, en cambio, se realiza con la participación de la familia, dependiendo de la disponibilidad de tiempo. Se trata de una actividad obligatoria en la zona de las comunidades, ya que se debe monitorear que el ganado no cause daños que deben ser pagados en caso de que ocurran.

Los cuidados sanitarios del ganado se hacen en forma de "campañas de vacunación" que el propio campesino lidera, ya sea en la comunidad antes de entrar al monte o antes de salir de allí, camino del valle. Generalmente, el hombre de la casa o el cuidador en el monte hacen el trabajo.

La comercialización de los animales es una actividad especializada de los jefes de familia, aunque está vinculada a la propiedad de los animales y regulada por las

necesidades económicas de la familia. En algunas ocasiones, la venta constituye una emergencia, pero, por lo general, se planifica con antelación para prever una actividad de engorde del animal seleccionado para la venta.

La cantidad de animales que se vende al año representa el 10 por ciento del hato, aproximadamente, así se pretende mantener su tamaño. Considerando el tamaño promedio que se maneja en la zona, las familias suelen vender entre uno a siete animales por año.

Es imprescindible asociar a las actividades netamente productivas el conjunto de rituales que se realizan dentro del ciclo de trashumancia. Entre los más importantes están las yerras y marcadas del ganado, usualmente realizadas en carnaval —cada dos años— cuando se incorporan los nuevos animales del hato familiar mediante la marca del dueño. Ese ritual comprende, además, una ofrenda a la Pachamama para que sea benefactora con el ganado mientras esté en el valle.

Otra ofrenda a la Pachamama se hace en la zona del monte, cuando se deja el ganado en el puesto. Consiste en enterrar coca, vino y cigarros en el lugar donde "se tiene a la Pachamama", a la que se pide favorezca el desarrollo del hato mientras está en este puesto.

Durante el traslado, por otra parte, se realiza un rito de ofrenda a la Apacheta, deidad representada por la acumulación de piedras que el caminante echa en el punto más alto del camino y en un abra, ofreciendo también coca, vino y cigarro, con la intención de pedir protección durante el traslado del ganado.

4. Los animales que se quedan y los que se trasladan

Existen algunos animales vacunos que el campesino mantiene en su terreno de la comunidad donde vive, y que no son llevados a pasar el invierno en el puesto del monte. Esos animales suelen ser valiosos o particularmente especiales como para arriesgar su seguridad mandándolos al monte. Por ellos se aprovecha la capacidad mínima de la pastura de la comunidad.

Esos animales se llaman "raceras", es decir acostumbrados al "raso", al terreno sin monte. Son criados todo el año en la comunidad, adaptados a sortear las condiciones climáticas imperantes en el Valle Central, al contrario de las "monteadoras" o animales acostumbrados a entrar por un periodo a la zona del monte.

Se considera que un animal debe adaptarse desde muy joven a entrar al monte, ya que si se trata de meter un animal viejo, no logra adaptarse y generalmente "fracasa".

Esto quiere decir que no ha aprendido las estrategias de alimentación y comportamiento que le permitan sacar ventaja de ese ambiente. Es muy común que incluso mueran en el intento de adaptación al nuevo ambiente.

En ocasiones, el campesino puede comprar animales para incorporarlos en su hato, estrategia ligada a la formación de hatos nuevos, los que deben pasar por un periodo de adaptación de pastoreo, pues es muy frecuente que los animales tiendan a retornar a su antiguo puesto debido al comportamiento "territorial" de esa especie. A esos animales se los suele denominar "forasteros", es decir animales nuevos no acostumbrados al puesto de pastoreo, mientras que los "puesteros" se mueven en los puestos del sistema productivo familiar, incluso solos, entre los puestos de verano e invierno.

Cuando la estrategia de formación del hato familiar se basa en la reproducción de los animales, como ocurre cuando las familias tienen la oportunidad de ir asignando animales a los hijos e hijas durante su niñez y juventud antes de su independización, los animales que nacen en el hato tienen la gran ventaja de aprender de sus madres y del resto del grupo las estrategias de alimentación y comportamiento en los puestos de pastoreo usados en el ciclo de trashumancia, facilitando en gran manera el manejo del hato.

En cambio, cuando la conformación del hato se realiza a partir del esfuerzo propio del campesino, con un ritmo de trabajo independiente, los animales suelen estar asociados a algunas tareas adicionales hasta que se establezca el hato y su territorio de trashumancia. La familia Valdés de la comunidad de Carlaso, por ejemplo, comenzó a establecer su hato cuando los hijos que quedaron huérfanos de padre y empezaron a trabajar temporalmente en la zafra de Bermejo o en las cosechas en la Argentina, invirtiendo su dinero en la compra de animales y tierra en La Sal, dentro de las selvas de montaña. Los animales comprados eran siempre de otros puestos, por lo que tuvieron que ser mantenidos "año vuelta" en Carlaso, por unos tres años, hasta que se "olvidaron" de su otro puesto y se acostumbraron al puesto de la familia Valdés.

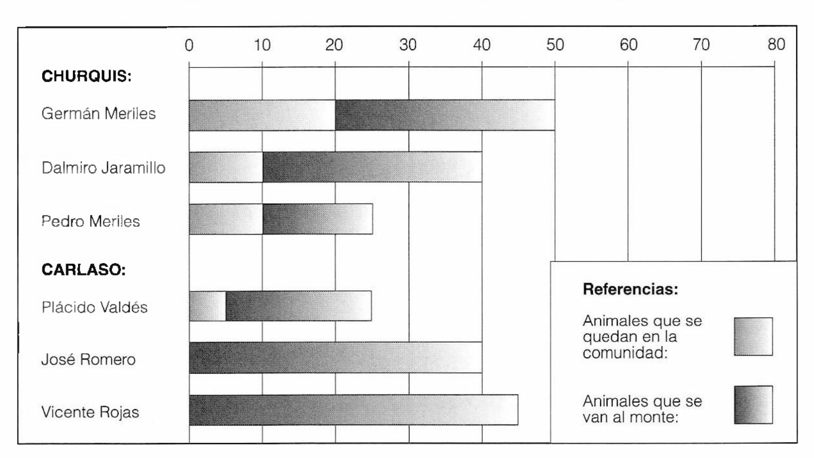
El traslado de ese tipo de animales es más problemático en los primeros años, pues exige más trabajo en el control, ya que siempre intentan, por su instinto, retornar a su antiguo "territorio" de vida. Con el tiempo, esos animales ayudarán a enseñar a los nuevos que se vayan incorporando al hato familiar.

De todas maneras, existe una proporción de animales que no son introducidos al monte, y esto no necesariamente sucede a causa de su adaptación climática, sino que también se consideran aquellos animales que están con crías o proveen de leche a la

familia. Por tanto, es necesario cuidarlos mejor. Son ellos, los animales de trabajo, "de raza" o los animales que se quieren comercializar, los que se dejan en la comunidad para que engorden por un periodo determinado.

La familia de don Germán Meriles de Churquis, por ejemplo, traslada al monte 30 animales, 20 se quedan en la comunidad, un número adecuado para la capacidad de carga invernal de su pastura. Esa es una estrategia de manejo del riesgo por pérdidas de robo, accidentes y enfermedades del monte. En cambio, la familia de don José Romero de la zona de Carlaso debe trasladar todo su ganado al monte, ya que en la comunidad queda muy poco pasto debido a las condiciones más áridas que en Churquis, el que alcanza sólo para las ovejas que siempre se quedan en la comunidad (ver Gráfico 1).

Gráfico 1
Proporción de animales que se quedan y van al monte según el estudio de casos familiares en el invierno de 2001
(Número de animales por hato familiar)



Fuente: Elaboración propia.

La cantidad de ganado que se queda y que se manda al monte depende de la capacidad de carga en la época invernal de las pasturas de la comunidad de residencia. Inicialmente deben soportar el pastoreo del rebaño de la hacienda menuda, a partir de lo cual se debe calcular cuántos animales vacunos se pueden aumentar sin que eso signifique una presión exagerada sobre el sistema. En general, las familias de la zona de

Tolomosa pueden “hacer quedar” algunos animales, pero los de Carlaso deben trasladar todos sus animales al monte, sin meditar sobre el asunto.

El traslado al monte y la retención de parte del hato en la comunidad responde a una estrategia global de manejo del riesgo, tanto de tipo ambiental como de seguridad del ganado, pues el traslado al monte responde a la variación estacional de la oferta forrajera, disponibilidad de agua y variación térmica; mientras que la retención de los animales responde al manejo del riesgo que implica la pérdida por robo, accidentes y enfermedades del monte.

4.1. Caminos principales y marginales

Para adaptarse a las variaciones estacionales del ambiente, el comportamiento de los animales silvestres está ligado, en muchos casos, a la migración voluntaria y regular a diferentes terrenos que cíclicamente se complementan en periodos definidos del año.

Ese rasgo migratorio impone que las rutas de traslado sean estables, con lo que se puede demostrar que existen algunas bases biológicas que marcan cierta regularidad en los patrones de migración en estrecha relación con los patrones de apropiación del espacio de las poblaciones que compiten por los recursos alimenticios.

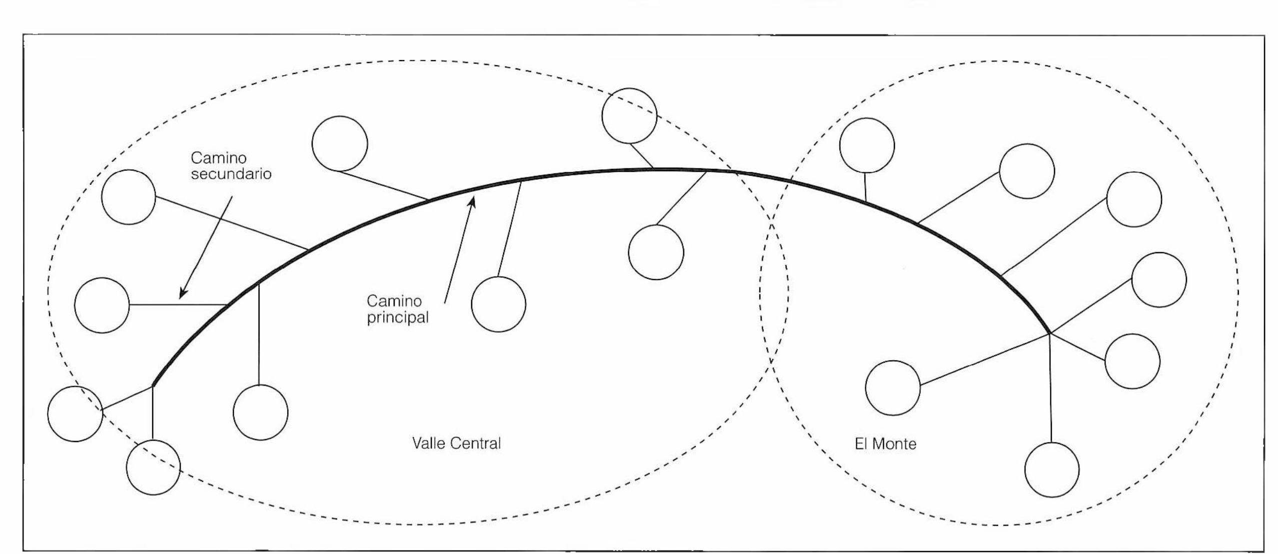
Tal comportamiento se hace evidente por la existencia de instituciones sociales —como en el caso de la trashumancia ganadera entre el Valle Central de Tarija y las selvas de montaña— pues se basan en la asignación de espacios respaldados por una estructura social y jurídica de derechos en los casos de formalización de la institución (ver Figura 5).

El traslado de los animales en el eje Tolomosa-Lacajes sigue un patrón de ordenamiento de rutas que pueden clasificarse en dos tipos: las rutas principales o verdaderas avenidas de migración altitudinal; y las rutas secundarias o conexiones entre los puestos de pastoreo y las rutas principales.

Esa lógica de articulación genera una suerte de archipiélagos productivos a nivel familiar, es decir espacios productivos vinculados en una discontinuidad territorial que, en conjunto, forman el gran territorio de trashumancia a través de la interacción entre los sistemas productivos individuales.

La vinculación de los puestos de verano y los puestos de invierno en el territorio Tolomosa-Lacajes no se realiza por una sola vía, sino que se extiende por varias ramificaciones que cumplen el rol de conectar espacios o sectores dentro del territorio, en una lógica de ramificaciones que se abre hacia los extremos del territorio y se estrecha al centro, uniéndose en una ruta principal que se convierte en el centro del eje de trashumancia.

Figura 5
Caminos de trashumancia centrales y colaterales del archipiélago productivo familiar dentro del territorio colectivo de trashumancia



Fuente: Elaboración propia.

De ese modo se estructura la accesibilidad al territorio colectivo de trashumancia, logrando incorporar toda su extensión al flujo que se genera con esta actividad. Así, los terrenos "marginales" se habilitan para otras actividades plenamente incorporados a los sistemas de producción locales.

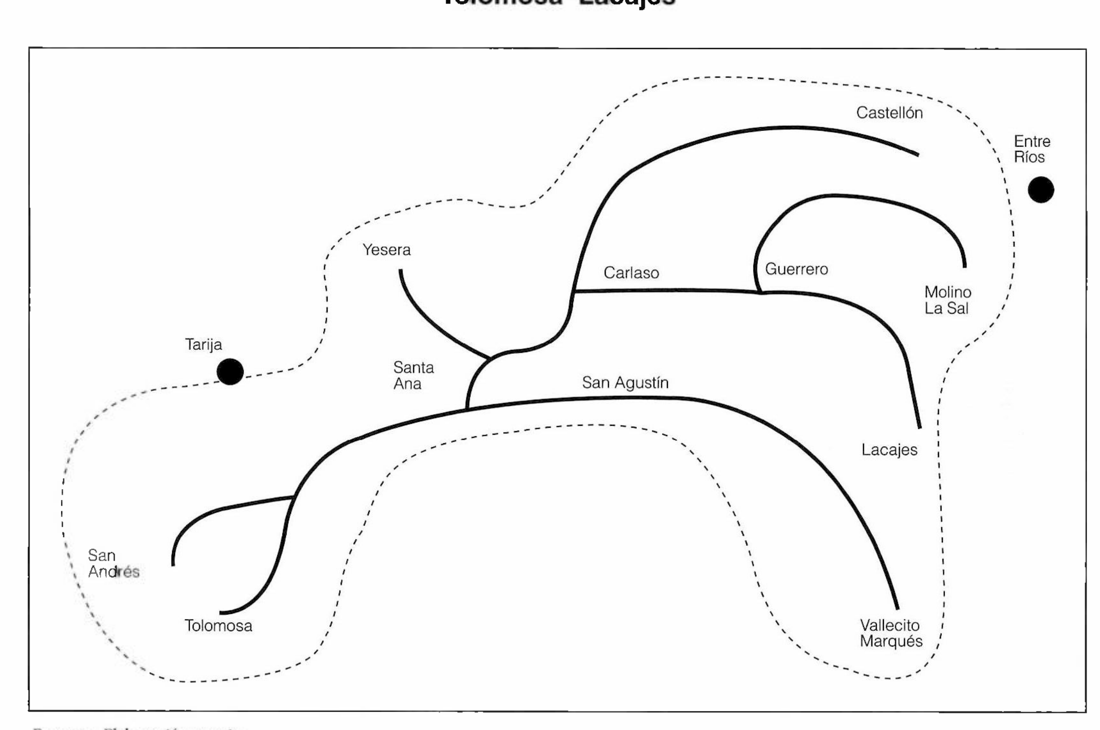
La ubicación de esos caminos está basada en antiguos diseños usados para el intercambio entre la zona alta y baja de las estribaciones andinas, cuya construcción data de épocas anteriores al imperio incaico aunque en ese periodo tuvieron una gran funcionalidad en relación a la frontera con esos valles (Methfessel, 2001) (ver Figura 6).

Esas rutas siguen los trazos que la conectividad del paisaje lo permite, recorriendo lugares donde la conectividad natural es más factible por no existir grandes barreras que impidan un paso más fluido que en otros sectores. Sin embargo, eso también está influenciado por las estructuras de acceso y tenencia de los recursos que dejaron las instituciones coloniales de la encomienda y la hacienda, cuya vigencia se mantuvo incluso hasta mediados del siglo XX, y a partir de las cuales se "hereda" la estructura de tenencia y acceso de los puestos individuales de los campesinos del eje Tolomosa-Lacajes.

En ese contexto, la influencia de las haciendas de la familia Navajas fue particularmente importante porque se ubicaron entre la zona de Tolomosa y Lacajes obligando a vincular esos espacios a los productores individuales bajo su control. Así se descompusieron esas instituciones, por lo que los campesinos independizados consolidaron sus derechos sobre los espacios de uso asignados en época de la hacienda.

En el corredor de trashumancia Tolomosa-Lacajes podemos encontrar cuatro ramales importantes de conexión con la zona de selvas de montaña. Son los que comienzan en la sección del eje principal, en medio del territorio, y vinculan la comunidad de San Agustín Sud con la zona de Vallecito Marqués, en la cuenca baja del río Lacajes. Otro ramal importante es el que se desprende del camino carretero hacia Entre Ríos en la zona de Carlaso y vincula la zona del valle que forma la cuenca alta del río Lacajes. De ese ramal sale otro, a la altura de Guerrero, en la zona de pastizal de neblina, que conecta la zona de Cedral y Molino la Sal, en las cabeceras del río La Sal ya en el valle del río Salinas. Finalmente, el otro ramal importante es el que sigue el actual camino carretero que une Tarija con Entre Ríos y vincula las regiones de Castellón, San Diego y Sivingal, que son cabeceras del río Salinas.

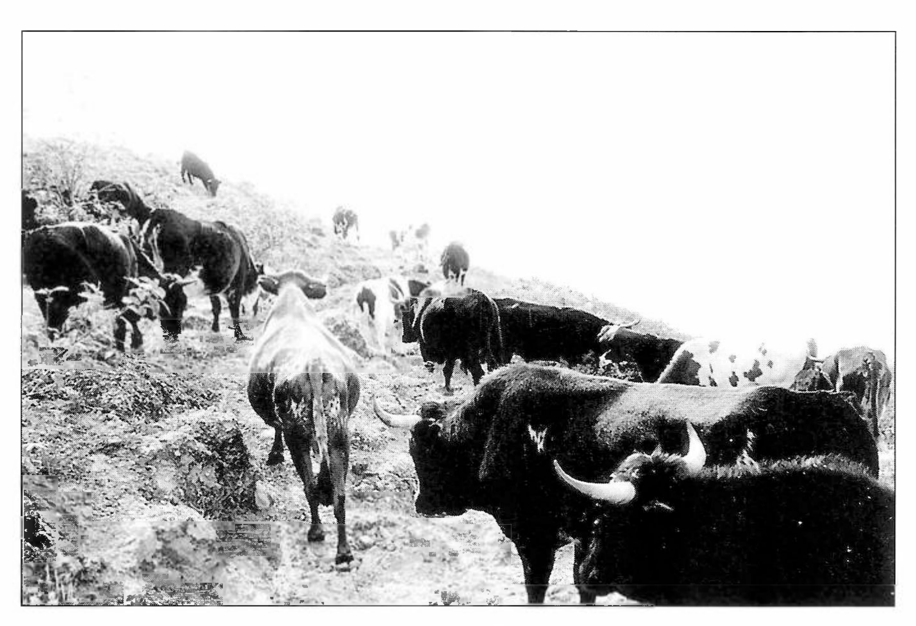
Figura 6
Las rutas de migración que articulan el territorio de trashumancia Tolomosa–Lacajes



Fuente: Elaboración propia.

Hacia la zona del Valle Central, se pueden considerar hasta tres ramales que vinculan la zona de la cuenca del río Santa Ana, la zona de San Andrés y la zona de Tolomosa, con todas las comunidades de su influencia geográfica.

Esa disposición de los caminos de trashumancia genera una interacción casi obligatoria entre los diferentes usuarios del territorio. Ellos coinciden en espacio y tiempo durante las actividades de traslado y monitoreo del ganado, lo cual establece varias normas tradicionales que facilitan las actividades de modo complementario y recíproco entre los usuarios.



Los caminos usados para la trashumancia
se mantienen con el paso continuo de las vacas.

CAPÍTULO DOS

La institucionalidad del territorio

1. Recursos de acceso colectivo e individual

La organización social en torno al sistema de trashumancia es un elemento importante para explicar su funcionamiento, pero existen otros con un peso similar que deben tomarse en cuenta, como aquellos referidos a los recursos y su acceso por parte de los campesinos.

Uno de esos elementos son los atributos físicos inherentes a los recursos naturales que permiten diferenciarlos en una tipología que determina la tenencia y acceso a los mismos.

Muchos cientistas sociales vinculados a las corrientes teóricas del análisis institucional han convenido en clasificar los bienes y servicios usando los criterios de excludibilidad y sustractibilidad. Estos significan la facilidad con que se puede excluir a unos usuarios de acceder al recurso y la posibilidad de usarlo de manera conjunta sin que ello afecte el remanente para que otro usuario lo use o no.

Así, encontramos bienes cuya exclusión es factible, pero su consumo por un usuario disminuye el remanente para otro. Estos bienes son de tipo privado. En cambio, los bienes públicos son aquellos cuya exclusión es impracticable por lo difícil o costoso, y su consumo no afecta el remanente para otros usuarios.

Los bienes públicos y privados no son los únicos, se pueden encontrar otros dos tipos de bienes usando los mismos criterios de clasificación: los bienes privados de consumo colectivo y los bienes de acervo colectivo. Los primeros son aquellos recursos cuya factibilidad de exclusión es posible, como los bienes privados, pero cuyo consumo no afecta el remanente, como en el caso de los bienes públicos. Los bienes tipificados de

acervo colectivo, a diferencia de los primeros, son aquellos cuya exclusión es dificultosa y su consumo crea rivalidad entre diferentes usuarios (Ostrom, 1990; McKean, 2000).

Esos son atributos físicos de los recursos, *bienes en sí*, que no es lo mismo que los *derechos* sobre los mismos que, a su vez, son finalmente invenciones institucionales ideadas por las personas. También es importante diferenciar esos atributos físicos de los *dueños*, que son entidades con diferentes reclamos de representación.

En ese sentido, la tenencia del recurso forrajero de los puestos de pastoreo se tipifica de dos formas: propiedad individual y propiedad colectiva o comunal. En las comunidades de residencia, existen dos tipos de propiedades: las privadas individuales, cuya delimitación es clara y suele estar respaldada con un título de propiedad; y las tierras de pastoreo en común, de propiedad de todos los comunarios que han accedido a ese derecho mediante algún mecanismo establecido localmente. Las parcelas agrícolas que también se usan para la alimentación del ganado en una época del año, son de propiedad privada individual.

En la zona de los puestos del monte y en el cerro, la propiedad es siempre individual, aunque no siempre presenta respaldo por un título de propiedad, por lo que se considera que son puestos en posesión precaria.

La Asociación de Ganaderos (AGAVAT) aglutina a los campesinos que tienen sus puestos colindantes en un polígono que abarca desde Vallecito Marqués hasta Lacajes y Cedral, y Alto Potreros por la parte de pastizales, y que han hecho una demanda de titulación colectiva de la propiedad, aunque al interior de la misma se reconocen los derechos individuales de la tenencia del recurso.

El recurso forrajero de los puestos de pastoreo puede ser tipificado como un recurso de acervo común, ya que bajo las actuales circunstancias de manejo resulta muy costoso excluir a otros usuarios. Hasta cierto punto es indeseable hacerlo, porque la variabilidad productiva del sistema obliga a los animales a cruzar entre puestos para acceder al alimento suficiente. Sin embargo, el forraje consumido por un animal implica que ya no estará disponible para otros, de manera que el uso excesivo llevaría el recurso hacia su degradación. Por esa razón es importante administrar un manejo seguro del forraje.

Como no se puede limitar el uso fácilmente, el acceso a los puestos de pastoreo en el monte es colectivo aunque la tenencia de los puestos es individual. Los dueños se convierten en entidades individuales privadas, a excepción del caso de la Asociación

Ganadera donde la probable titulación colectiva podría generar un dueño colectivo que represente al asociado.

Se puede concluir, entonces, que las características del sistema de recursos hace impracticable el acceso individual: por un lado, es difícil evitar el movimiento de los animales entre puestos vecinos; por otro, la productividad del sistema es errática año a año, en los diferentes lugares. Estos rasgos hacen necesaria la posibilidad del movimiento de los animales en un espacio más amplio que el propio puesto.

> Si este año mi puesto tiene buena producción forrajera, es probable que al otro ya no lo sea tanto, por lo que debo permitir la entrada de animales de un puesto que no tiene buen forraje al puesto mío, en la eventualidad de que necesite hacerlo yo mismo a su puesto el próximo año (Testimonio anónimo de un campesino trashumante).

El manejo del cálculo del riesgo genera reciprocidad e interdependencia entre productores cuyos puestos son vecinos, lo que, a su vez, establece un arreglo institucional entre los productores involucrados en ese eje de trashumancia o ruta migratoria del ganado vacuno. La concreción de ese arreglo puede ser la gestión colectiva de los recursos naturales entre los campesinos dentro del espacio territorial vinculado por los canales de migración domesticada.

2. La interdependencia en el traslado

El eje Tolomosa-Lacajes es la ruta migratoria que genera interacción entre sistemas productivos, y hasta cierto punto, genera interdependencia entre esos sistemas por las necesidades de coordinación que tienen los productores cuyos hatos interactúan a lo largo de ese territorio.

La interdependencia se da a partir del uso de caminos comunes para unir espacios productivos y, de manera más determinante, por el comportamiento del ganado en los puestos de pastoreo.

La ruta que une ese territorio presenta un eje troncal y sus ramificaciones hacia los puestos de pastoreo. El ganado sale del puesto y se une al camino principal. Avanza hasta llegar al otro piso ecológico donde se desvía por otra ramificación hasta llegar al otro puesto de pastoreo. El camino troncal es de uso común y allí existe una normatividad que permite el traslado independiente de cada hato. Es necesario, sin embargo, establecer un nivel de complementariedad y reciprocidad pues muchas veces se requiere el

concurso de los otros arrieros a lo largo del camino para lograr trasladar todo el hato de un punto a otro.

No es raro que algunos animales se adelanten mucho o se retrasen considerablemente, lo que obliga a los arrieros a monitorear los animales propios y ajenos, ya que cada campesino puede encontrarse ante la eventualidad de necesitar él mismo servicio de otro campesino.

La estructura del territorio en cuanto a su funcionalidad —una zona de residencia y mayor concentración de actividades productivas y otra zona sólo de pastoreo, sin viviendas—, ha permitido que el arreglo institucional entre los campesinos, que establece un sistema de monitoreo muy eficiente del territorio "deshabitado" por parte de los dueños de los puestos, se convierta en una institución muy eficiente para evitar el ingreso de otro tipo de actores que podrían querer usar los recursos naturales presentes en la zona.

En ese sentido, la institución creada en torno a la ganadería de trashumancia ha cumplido un rol importante en la conservación de la biodiversidad de esos espacios "deshabitados" bajo el control de los campesinos por más de 400 años. Por supuesto, la presencia del ganado impone nuevas condiciones en el ambiente, pero con seguridad el efecto es diferente al que produciría una empresa maderera asentada en el lugar.

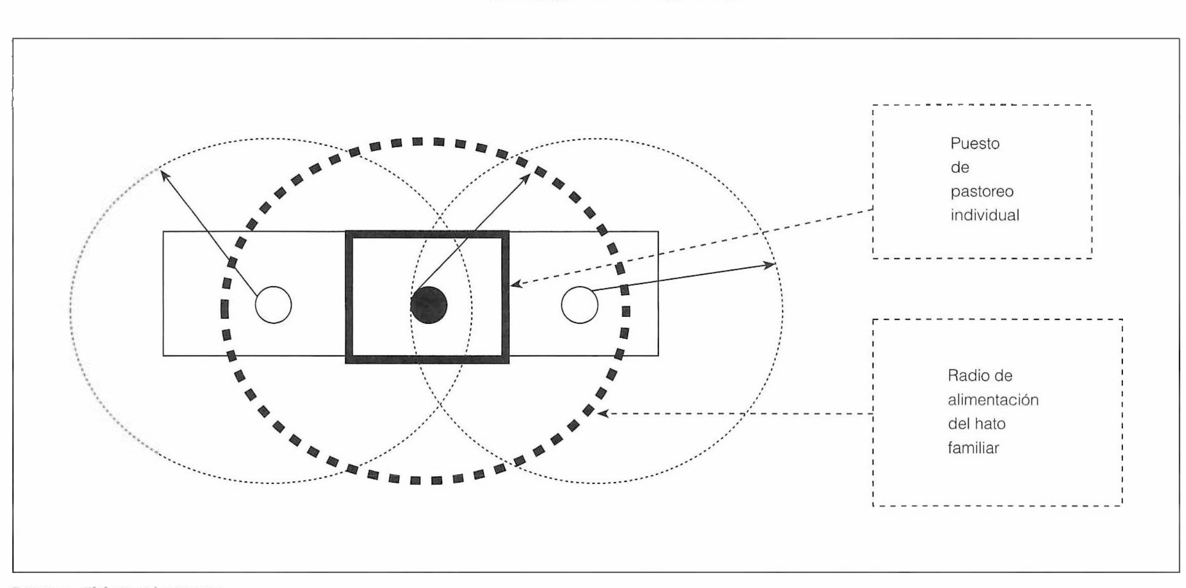
3. La interdependencia en el acceso a los pastos

El comportamiento del ganado en la zona de pastoreo común de la comunidad y de los puestos en el monte, donde se puede incluir los puestos de estacionamiento en los pastizales de neblina, se caracteriza por cubrir un radio de alimentación más grande que los límites del puesto de propiedad familiar.

Eso no ocurre en las parcelas de pastoreo de la parte baja de la comunidad porque están claramente demarcadas e incluso tienen estructuras físicas que limitan el paso de los animales. Normalmente, se destina mucho trabajo para cuidar y pastorear a los animales para que no crucen a las propiedades vecinas.

En el monte, a partir de las características del comportamiento productivo del sistema de recursos, el acceso a los puestos de pastoreo privados es de carácter colectivo. Al no existir una barrera que impida el paso de los animales entre puestos, estos establecerán un radio de alimentación cuya referencia es siempre el puesto y el hato al cual pertenecen. El radio interacciona y se sobrepone con los radios de acción de los animales de los hatos de puestos circunvecinos (ver Figura 7).

Figura 7
Lógica de interacción entre puestos vecinos y el radio de alimentación de los hatos familiares



Fuente: Elaboración propia.

El campesino comprende el comportamiento ambiental del sistema en su conjunto, por eso permite que los animales de puestos vecinos puedan pasar a su propiedad en busca de alimento, en el entendido que los dueños de los puestos vecinos también dejarán pasar a sus animales que estarán pastoreando por esos lugares en busca de alimento, agua y protección contra el sol y el frío.

Esos acuerdos generan otro nivel de interdependencia entre los campesinos que están vinculados por las conexiones territoriales que unen sus puestos privados. Debido al acceso colectivo, se genera otro nivel organizativo de redes informales en torno al manejo del forraje.

En este caso, la interdependencia se establece a partir del acceso a la tierra y al espacio de pastoreo. A través del mecanismo colectivo se puede ampliar el área de pastoreo del hato familiar hasta los confines de los puestos vecinos —como límite mínimo—, si no es incluso más allá, cuando la conectividad territorial lo permite.

4. Las fronteras del territorio

El territorio de trashumancia ganadera denominado Tolomosa-Lacajes, seleccionado para este estudio, tiene una forma espacial con límites claramente definidos por los espacios productivos a los que acceden las familias campesinas que componen ese territorio.

La estructuración de esa ruta parte de la articulación de espacios productivos territorialmente discontinuos en los sistemas productivos familiares. A partir de la interacción e interdependencia que se generan entre sistemas individuales adyacentes, no sólo con la ganadería de trashumancia, se estructuran unidades organizativas informales de distintas jerarquías hasta alcanzar la estructura más amplia, la unidad territorial, cuya característica es un territorio continuo en la dimensión colectiva.

Las fronteras de ese territorio definen dos tipos de contacto: 1) fronteras con sistemas agrarios estructurados a partir de pisos ecológicos adyacentes en la variación altitudinal de Los Andes; y 2) fronteras con sistemas agrarios establecidos por ejes de trashumancia en el mismo Valle Central de Tarija.

La frontera con los sistemas agrarios de la pampa de Taxara, que corresponde al piso ecológico de puna, está ubicada en la divisoria de aguas de la cordillera de Sama hasta donde llegan los terrenos comunales de las comunidades del Valle Central. Las comunidades se encuentran en el pie de monte de la cordillera y corresponden a los terrenos de pastoreo común de San Andrés, Guerraguayco, Sola, Calderillas, Pinos Norte, y Bella Vista.

Por el otro extremo, la frontera con los sistemas agrarios de los valles de Las Salinas (en el piso ecológico de selvas de montaña que corresponden a la zona de Entre Ríos, Valle del Medio, y La Cueva-Salinas), sigue la divisoria de aguas de la serranía denominada el Tobar y la continuación fisiográfica de la serranía de Castellón, lugar hasta donde llegan los puestos de pastoreo de los sistemas productivos familiares del Valle Central de Tarija.

Esas fronteras son puntos de contacto e intercambio de flujos genéticos y de enfermedades entre los animales de ambos sistemas, por lo tanto son estratégicas. Debido a las características de manejo de los campos de pastoreo, los animales de ambos sistemas, en los puestos que están en contacto, se interrelacionan por el mecanismo de sobreposición de espacios de vida, colocando a los dueños de esos sistemas en una situación de interdependencia relativa, dentro de una interfase que cumple el rol de vinculación entre sistemas colectivos (ver Figura 8).

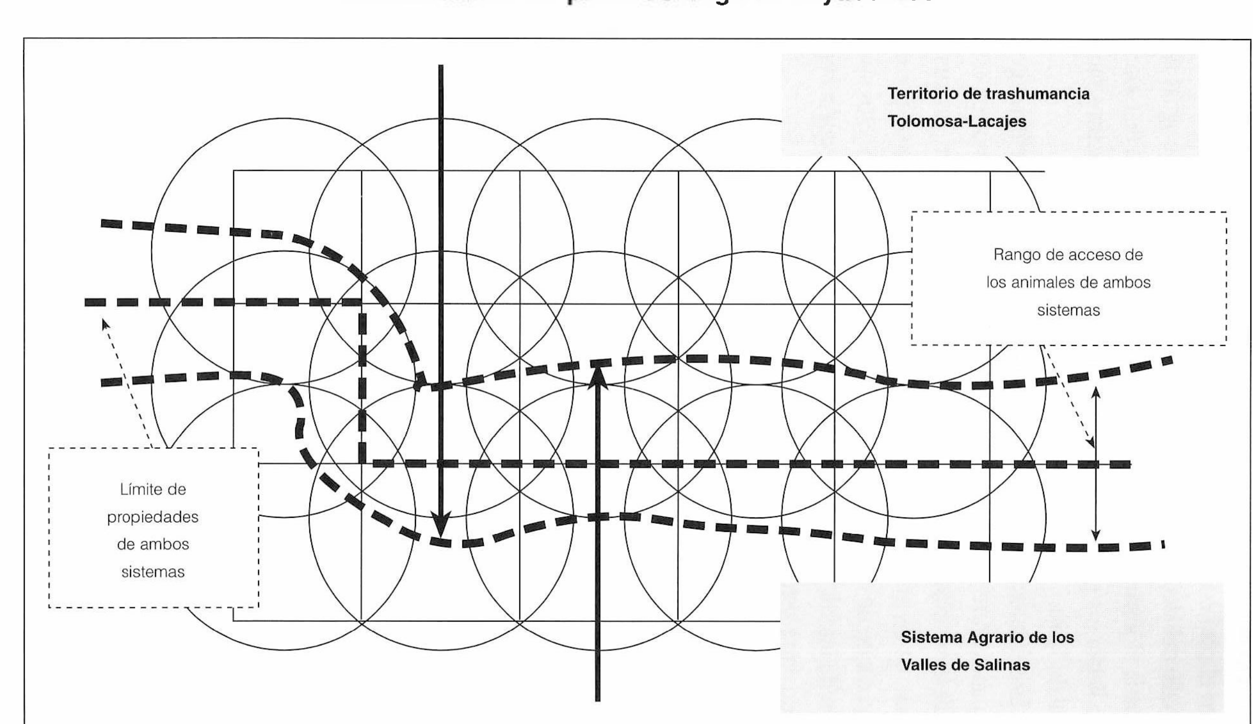
Las relaciones que desarrollan los campesinos en ambos sistemas constituyen una bisagra que permite algún intercambio entre los capitales sociales que significan ambos sistemas agrarios, por lo que se convierten en un potencial de vínculos de flujo de información y recursos entre los mismos.

En el piso ecológico del Valle Central de Tarija, como ya se argumentó en la primera parte de este trabajo, se establecen sistemas agrarios estructurados en función a ejes transversales que buscan articular pisos altitudinales desde los pastizales de montaña hasta la selva de montaña. De manera paralela al eje Tolomosa-Lacajes, se establecen otros ejes que a su vez articulan espacios territoriales de trashumancia colectiva, y entre esos territorios se establece otro tipo de fronteras que podrían ser calificadas como fronteras "internas" del sistema agrario, pues marcan un límite entre unidades espaciales más vinculadas entre sí por los procesos socioeconómicos que forman unidades simbólicas más grandes.

Esas fronteras se caracterizan por definir una franja que incluye a aquellas comunidades que en cierta medida comparten su población entre uno y otro eje de trashumancia, estructurando una suerte de espacio periférico y otro nuclear a lo largo del gran territorio de trashumancia entre Tolomosa y Lacajes (ver Figura 9).

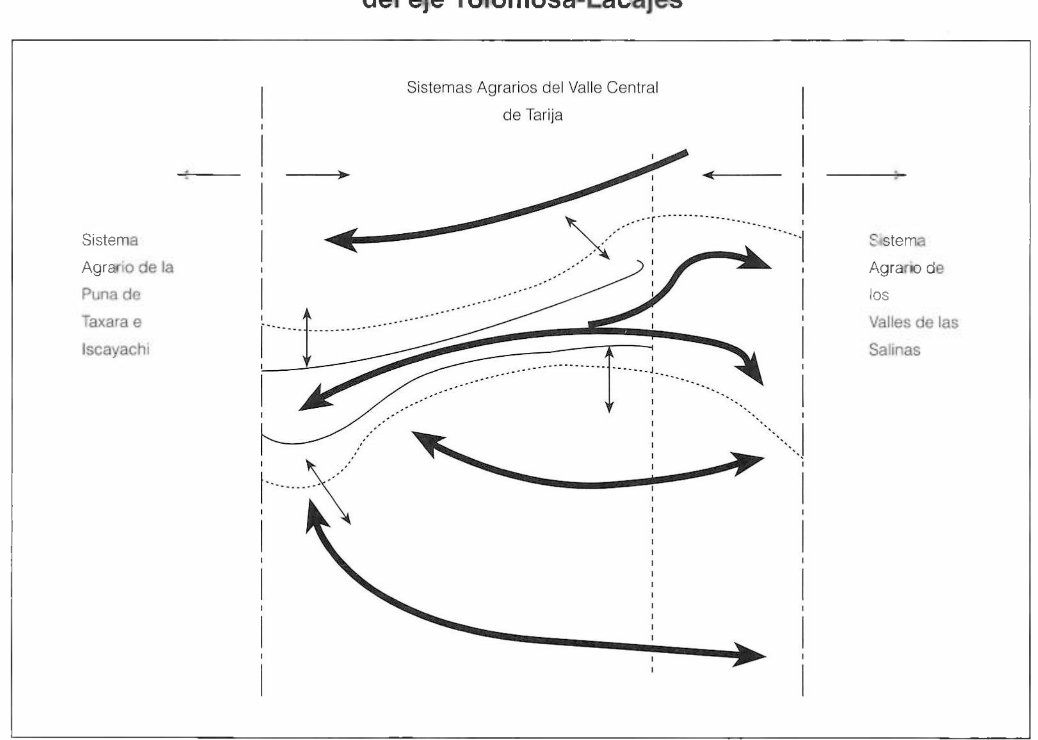
Las comunidades de Churquis y Pampa Redonda, por ejemplo, son comunidades de contacto en la frontera de dos ejes de trashumancia, y existen algunas familias de Churquis que llevan su ganado hacia puestos en Tariquía, aunque la mayoría lo hace

Figura 8
Esquema de la lógica de formación de la interfase entre sistemas agrarios estructurados en pisos ecológicos adyacentes



Fuente: Elaboración propia.

Figura 9
Esquema de la zona núcleo y la zona de periferia del territorio de trashumancia del eje Tolomosa-Lacajes



Fuente: Elaboración propia.

hacia puestos en Lacajes. Los campesinos consideran que esa comunidad es parte de la unidad de gestión territorial ganadera Tolomosa-Lacajes; y lo mismo ocurre en Pampa Redonda, solo que en función al eje de trashumancia adyacente.

En Morros Blancos se presenta una situación similar, donde los campesinos que realizan trashumancia llevan sus vacas hacia terrenos ubicados en Lacajes y en Yesos, dentro del eje que vincula Concepción con Tipas.

En todo caso, se trataría de fronteras con un cierto grado de flexibilidad, pues son sistemas productivos familiares que ciertamente pueden encontrar ventajas en su vinculación hacia ambos ejes de trashumancia. Probablemente, esa estrategia juega un rol importante en definir la expansión territorial del capital social que podría influir en los mecanismos de acceso a espacios productivos o en la conveniencia de articularse a espacios donde ya se han desarrollado relaciones de reciprocidad que pueden ser usadas con ventaja en las estrategias económicas familiares.

5. La noción de "nuestro" territorio

Las unidades simbólicas que representan los sistemas agrarios, especialmente aquellos vinculados a los pisos ecológicos, parecen tener una gran influencia en mantener una cierta lógica de articulación hacia el interior de la misma. Las fronteras productivas no sólo representan límites del arreglo institucional, sino también representan el lugar hasta donde llega un espacio simbólico diferente de los contiguos.

Los campesinos del eje Tolomosa-Lacajes y del Valle Central en general, se refieren a los habitantes de Taxara o de Salinas como "los otros", "los de Salinas", "los del alto", "los que son diferentes a nosotros" porque tienen otra manera para hacer sus cosas.

De la misma manera, los habitantes de la zona de Salinas y La Cueva se refieren a los campesinos del Valle Central como *los tarijeños*, con una clara intencionalidad de diferenciarlos de los que viven en esos valles, que obviamente pertenecen a otra unidad simbólica con identidad propia.

En ese sentido, se puede considerar a la frontera entre esos dos sistemas agrarios —el eje Tolomosa-Lacajes con La Cueva-Salinas— como una parte de la frontera cultural entre lo chapaco y lo chaqueño, o entre lo chapaco y una transición hacia lo chaqueño, porque esa zona contiene aún fuertes influencias de ambos lados de la frontera.

En un conflicto ocasionado por la competencia en el acceso a los recursos en la zona de Vallecito Marqués, por ejemplo, se pudo constatar esa dinámica de aglutinación

de los actores individuales en torno a su unidad simbólica, estableciéndose un conflicto básicamente entre los "tarijeños" y los "salineros" por el acceso a los puestos de pastoreo: unos con intereses de crianza de ganado y otros con intereses para extraer madera.

En ambos casos, los involucrados se referían a "su territorio", con una concepción colectiva del espacio productivo, cuyos límites marcaban claramente hasta dónde "se hacían las cosas de una forma" y desde donde "eran de otra forma". Con esa diferenciación aludían los límites establecidos por los arreglos institucionales de cada sistema agrario como espacios simbólicos propios.

La unidad simbólica también se diferencia por las expresiones festivas y rituales. Ahí se identifica el ciclo festivo relacionado a las actividades productivas que se organiza de manera diferenciada en cada sistema agrario. La distinción se produce a partir del uso de diferentes instrumentos musicales, diferentes ritmos y lógicas de las tonadas, y diferentes rituales en muchas fiestas tradicionales. Sin embargo, por ser una franja de transición, también existen elementos culturales que se comparten entre ambas zonas, lo que a su vez cumple el rol de articulación entre los espacios adyacentes.

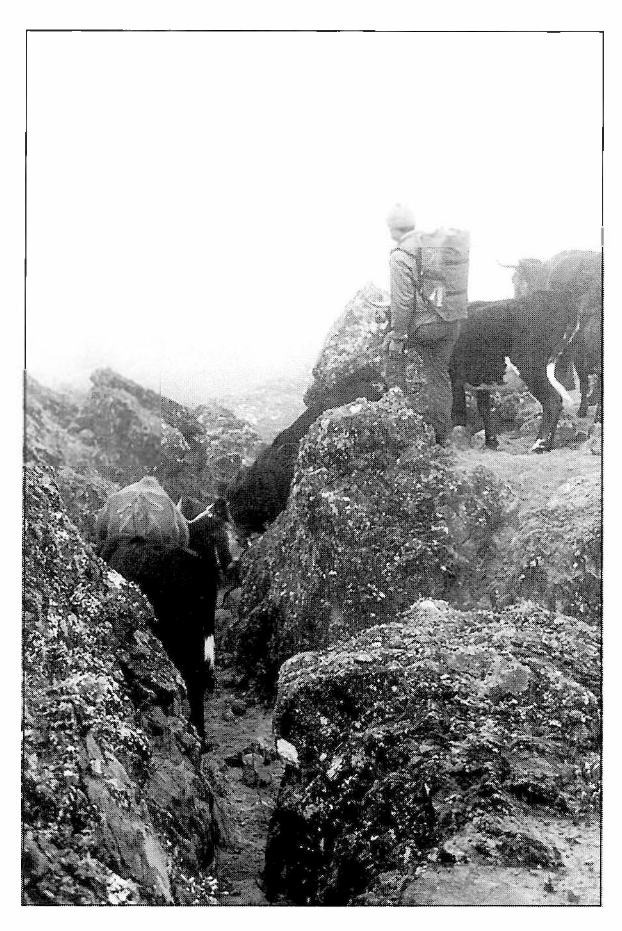
Una característica importante en ese territorio es su desfase de unidades territoriales de gestión formalmente propuestas para la administración de los procesos de desarrollo, como es el caso de los municipios o las cuencas hidrográficas.

El territorio que se forma a partir de la articulación de los puestos de pastoreo entre la zona de Tolomosa y la zona aledaña al río Lacajes, abarca territorialmente una franja que cubre la parte sur del municipio de Cercado, e ingresa hasta una porción del municipio de Entre Ríos, formando un espacio territorial cuyos límites se sobreponen con una identidad propia sobre los territorios municipales de Cercado y Entre Ríos.

Su vinculación con las cuencas hidrográficas es aún mucho más débil, puesto que si bien se ubica en términos generales en la cuenca del río Tolomosa en su sector oeste, hacia el este secciona de manera transversal partes de las cuencas del Guadalquivir, del Santa Ana y de las quebradas de Junacas y San Agustín en el Valle Central; se observa el mismo comportamiento con las cuencas del río Lacajes y Salinas en el municipio de Entre Ríos.

Esa lógica de constitución territorial en función a una actividad productiva está en evidente tensión frente a la lógica de constitución territorial político-administrativa, lo que se expresa en la dificultad de articular la planificación municipal con fines no sólo productivos, pero también con las dinámicas desarrolladas por sus habitantes y sus actividades económicas.

La misma lógica de constitución espacial de los sistemas productivos familiares, que finalmente en su aglutinación espacial forman la "comunidad", no es bien comprendida por la norma de planificación que usualmente asume la concepción de la unidad territorial pequeña, homogénea y territorialmente continua y circunscrita a los límites de la "comunidad administrativa" (McLain, 1997; Agrawal, 2000; Escobari, 2001).



Mediante la trashumancia ganadera, el campesino chapaco logra incorporar espacios territoriales marginales hacia los flujos económicos regionales.

CAPÍTULO TRES

El eje Tolomosa-Lacajes

1. El sistema de trashumancia

El territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes es un sistema cuyos elementos estructurales están representados por las zonas diferenciadas de uso de recursos entre el Valle Central y la selva de montaña. Las características de accesibilidad, fragilidad y marginalidad condicionan la posibilidad de ser un área donde se ubiquen los asentamientos humanos o de ser áreas sólo de pastoreo sin residencia ni viviendas permanentes.

Esa estructura tiene correlación directa con los ambientes ecológicos del territorio que se ubican en una gradiente sucesional que va desde las selvas de montaña, los pastizales de neblina hasta el valle interandino que limita nuevamente con los pastizales de montaña en la cordillera de Sama.

La zona del Valle Central de Tarija, en su porción transversal por donde pasa el eje de trashumancia de nuestro estudio, es la zona donde se ubica la mayor parte de las comunidades campesinas con viviendas permanentes. Allí los campesinos practican la trashumancia ganadera debido a que el área presenta una pendiente relativamente plana, lo cual permite un flujo entre localidades sin mayores complicaciones. Eso no es posible en la otra zona pues presenta un ambiente estrictamente de montaña, donde las condiciones de verticalidad, pendiente y lo abrupto del terreno, imponen condiciones de inaccesibilidad, fragilidad y marginalidad poco adecuadas para establecerse como núcleo de vida familiar.

Debido a las características fisiográficas del terreno y del comportamiento de las corrientes atmosféricas regionales, el territorio presenta gradientes climáticas al interior

de los pisos ecológicos que lo componen, en una lógica de interacción altitudinal y longitudinal de los factores biofísicos que configuran la sucesión de ambientes.

Los vientos predominantes del sur-este provocan una mayor concentración de las precipitaciones en las laderas este de los cordones montañosos que limitan con el Valle Central tanto hacia el poniente como hacia el naciente, provocando así una mayor aridez en las laderas de exposición oeste.

La ubicación de las distintas comunidades en esos tipos de ambientes microclimáticos, que además presentan características diferenciales de accesibilidad y proximidad a la zona de pastoreo de invierno, ejerce influencia en las estrategias familiares para realizar la trashumancia ganadera, y en la estrategia general de vida de la familia campesina.

A manera de ejemplificación tomaremos cuatro comunidades, ubicadas a lo largo del eje de sucesión climática: la zona de Tolomosa en el extremo oeste del eje; el área circundante a la ciudad de Tarija en la zona media del eje; el área de Carlaso en el extremo este del Valle Central; y la zona de pastizal de neblina, hasta donde llegan las viviendas de los campesinos vinculados a ese territorio de trashumancia.

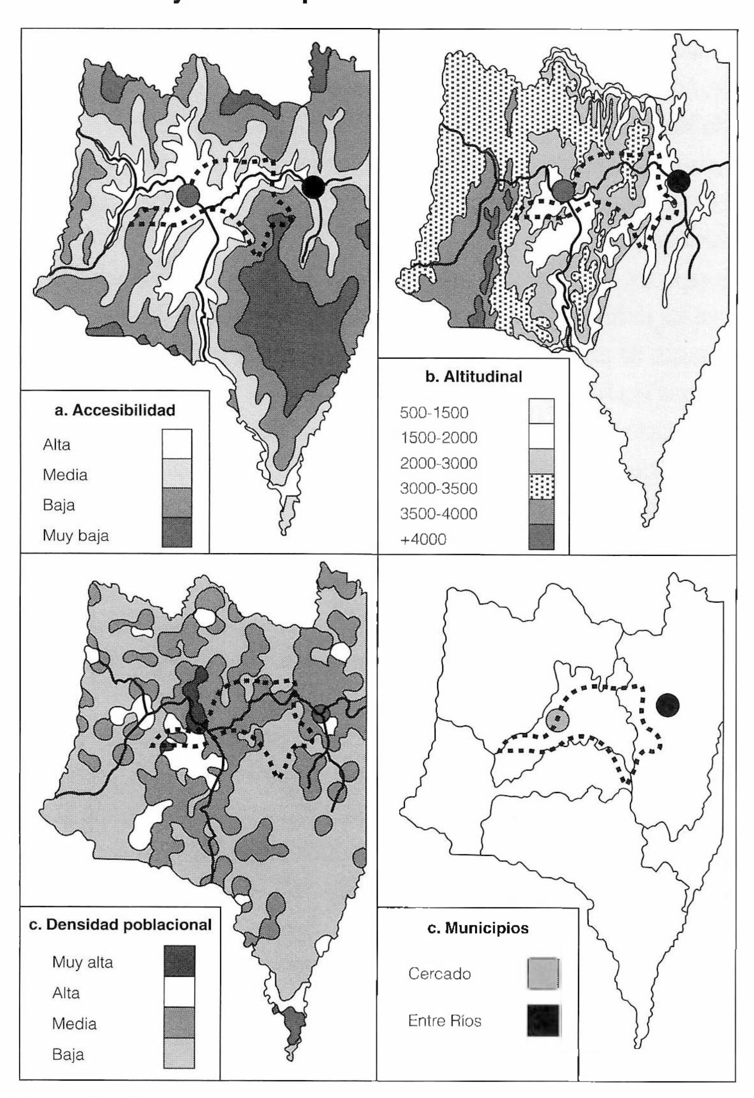
Adicionalmente tomaremos como ejemplo una comunidad de la zona de selvas de montaña, perteneciente al sistema agrario del valle de las Salinas que —aunque no es parte del territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes— está vinculado por ser una comunidad de frontera que interacciona proveyendo el servicio de cuidado del ganado (ver Figura 10).

1.1. La comunidad de Churquis

En la zona más húmeda del Valle Central, en el área denominada Tolomosa, se encuentra la comunidad de Churquis, a una distancia de la ciudad de Tarija de 30 a 45 minutos en automóvil por camino carretero estable durante todo el año.

En esa comunidad viven unas 180 familias, de las cuales sólo realizan trashumancia ganadera a la zona de selvas de montaña un grupo de aproximadamente 20 familias. El resto cría su ganado vacuno en los confines de la comunidad, o realiza una trashumancia corta hacia la cordillera de Sama, o bien amplía su estrategia económica con la migración temporal hacia la Argentina que aparentemente es una alternativa mucho más atractiva que la trashumancia ganadera.

Figura 10
Esquemas de la estructura del territorio de trashumancia en función a la accesibilidad, altitud del terreno, densidad poblacional y división político-administrativa



Fuente: ZONISIG, 2001.

Al igual que las familias del Valle Central, en Churquis las familias desarrollan una estrategia económica basada en la pluriactividad, que incluye la agricultura, crianza de animales e inmigración temporal, principalmente.

La actividad agrícola está limitada por las condiciones de acceso al agua, que en esta comunidad es muy escasa, y por el cultivo de maíz restringido a la época de lluvias, solamente. Además se tiene pequeñas parcelas con frutales y hortalizas en las zonas cercanas al río Mena, donde hay riego.

La crianza de animales incluye animales pequeños, medianos y grandes, localmente denominados como la hacienda menuda y la hacienda grande, y están agrupados en los rebaños familiares mixtos.

Los espacios de crianza están ubicados en las parcelas privadas en la parte baja del valle, en los terrenos de pastoreo en común en el cerro que delimita la comunidad, y en los puestos de pastoreo en el monte, para el caso de las familias que realizan trashumancia ganadera larga.

Las condiciones ambientales favorecen el establecimiento de pasturas de buena calidad en la parte baja, usadas de manera individual por cada familia, donde incluso se colocan cercas de diferentes materiales para delimitar los campos privados. Para algunas familias es posible acceder al cerro, en el pastoreo común, dependiendo del derecho de acceso. Ese espacio es usado de manera complementaria para llevar a los animales en época en que los cultivos están en su fase productiva para evitar los daños. Las familias que no cuentan con ese derecho, deben criar sus animales sólo dentro de las parcelas en la parte baja.

La variación estacional de la producción en las praderas locales obliga a pensar en estrategias de manejo que permitan asegurar un acceso a forraje en la cantidad y calidad adecuada durante todo el año para los animales del rebaño familiar, razón por la cual se considera la estrategia de la trashumancia ganadera como una alternativa de manejo.

Sin embargo, las condiciones de seguridad del ganado en la zona de monte es muy precaria, ya que existe una alta incidencia de robo del ganado mientras está allí. También se tiene la incidencia de enfermedades como la orina de sangre y la llaga, que afectan a los animales que van a la selva de montaña, y generalmente producen la muerte del animal en un periodo normalmente de un año. Los accidentes como el "enraizamiento" y las despeñadas, además de ocasionales ataques del tigre y león, son otros factores de riesgo que afectan el nivel de pérdida del ganado.

Debido a ello, muchos campesinos prefieren dejar su ganado en la comunidad todo el año. Buscan una estrategia de manejo que les permita hacerlo, comprando forraje suplementario o alquilando terrenos extras de pastoreo para la época de invierno. De todas maneras, los campesinos que practican la trashumancia larga también dejan una parte de su ganado en la comunidad, calculando lo que su terreno puede soportar en invierno.

Eso es posible hacer en la zona porque las condiciones ambientales permiten el desarrollo de una pastura de mejor calidad que mantiene una capacidad de carga más estable durante todo el año, cosa que no ocurre en la zona más árida del valle.

1.2. La comunidad de Morros Blancos

La comunidad de Morros Blancos está ubicada en el centro del Valle Central de Tarija, en la vertiente occidental del cordón montañoso de la Gamoneda. Es un ambiente considerado "árido" dentro del valle y, en consecuencia, la vegetación está en concordancia con esas características ambientales.

La quebrada de San Pedro, que pasa por un lado de la comunidad, es temporal y sólo tiene agua en el verano cuando las lluvias están en su máxima intensidad. El río Guadalquivir está ubicado a una distancia de un par de kilómetros, por lo que el acceso a fuentes de agua permanente en la zona es muy difícil.

La comunidad está estructurada en dos zonas: la ladera de la Gamoneda y la parte baja plana. La vegetación cambia de acuerdo a esas ubicaciones, presentándose mayor presencia de árboles de taco *(prosopis)*, churquis (*acacia*) y molles (*shinus*) en la parte baja; mientras que en la ladera es una vegetación con mayor predominancia de vegetación herbácea y arbustiva.

Las familias campesinas de Morros Blancos practican una estrategia económica que, al margen de aprovechar actividades económicas vinculadas a las oportunidades de la ciudad, mantiene una base agropecuaria como lo demuestra la presencia de terrenos de cultivo utilizados en la actualidad. También se encuentran animales domésticos con fines productivos como vacas, ovejas, cabras, gallinas, burros, etcétera, y la presencia de "chaleras" o depósitos de forraje seco para el invierno.

En la parte baja y plana de la comunidad están ubicadas las viviendas dispersas y los terrenos de cultivo, mientras que en la parte de la ladera y pequeñas colinas de la cuesta a la Gamoneda se practica el pastoreo en "común", es decir el acceso colectivo para pastorear por parte de los animales de los vecinos de esa comunidad.

El cultivo principal es el maíz utilizado para alimentación de la familia y manutención de los animales de la casa, tanto con el grano como con la chala[1], lo que permite fortalecer la alimentación de los mismos a lo largo de todo el año. La chala se almacena en forma de forraje seco para apoyar la alimentación de los vacunos (cabras y ovejas) que quedan en la comunidad.

El pastoreo de los animales se realiza en la parte del cerro, donde se mandan los rebaños familiares a buscar su alimento. En el invierno salen las ovejas y cabras, mientras que en el verano salen también las vacas y burros.

Algunas familias campesinas de Morros Blancos practican la trashumancia ganadera, mientras que otras mantienen sus vacas sólo en la comunidad. El conflicto con la intromisión de lo urbano en esa comunidad hace que las familias prefieran dejar la mayor parte de su ganado en la zona de los puestos y sólo traer algunas vacas hasta la comunidad.

Se conocen dos tipos de animales vacunos, según su aclimatación a esos dos ambientes (la comunidad y el monte): las vacas "raceras" o "caseras", pues son aclimatadas al raso o descampado de la comunidad y no se pueden adaptar a las condiciones del monte, por lo que son mantenidas en la comunidad o en la casa; y las "puesteras" o "monteñas", que son las aclimatadas a las condiciones de monte y pueden trasladarse cíclicamente a esos puestos.

Para traer los animales hasta la comunidad desde la zona de los puestos, se toman en cuenta las necesidades de trabajo, de venta o de cuidado que requiere el animal. Así, se traen las vacas con terneros chicos para cuidarlas mejor, o los animales de trabajo o bueyes, o algún animal que se quiere vender. El objetivo es engordarlo por un periodo corto en la comunidad y comercializarlo, el resto se queda en los puestos.

De las siete familias que llevan ganado al monte en la comunidad de Morros Blancos, cinco lo hacen a la zona de Yesos, ubicada en otro eje de trashumancia paralelo al de Tolomosa-Lacajes. Las otras dos familias llevan a la zona de Lacajes, a un lugar denominado El Astillero, dentro del eje de trashumancia Tolomosa-Lacajes.

Existen otras tres familias de Morros Blancos que aún tienen sus terrenos allí, pero se fueron a vivir a la zona de Alto España, Pajonal y Tres Morros, en el ambiente de

---

1 Parte herbácea de la planta del maíz que se seca y almacena en "chaleras" o receptáculos acomodados entre las ramas de árboles de taco o churqui a una cierta altura donde no alcanza el ganado.

pastizales de neblina colindante con el eje Tolomosa-Lacajes en su extremo norte. Practican la ganadería vacuna todo el año sólo en esos lugares.

La tenencia de los puestos es precaria en todos los casos. En la zona de Yesos están en calidad de asentados y no se conocen dueños para pagar herbaje; mientras que en la zona del Astillero se compraron los derechos de otro ganadero, pero no se ha podido titular el terreno a causa de que toda esa zona no tiene un título de propiedad original, sino que es terreno fiscal y está siendo reclamado por la Asociación de Ganaderos como un terreno colectivo para los puesteros que llevan su ganado de manera tradicional.

Las familias en la zona de Yesos se trasladaron desde la zona de Lacajes por falta de espacio para pastoreo. Actualmente acceden en forma colectiva a una "manga" o ensenada de unas 150 hectáreas, donde tienen unas 300 cabezas de ganado, haciendo un promedio de 60 animales por familia (ver Figura 11).

Una familia instalada ahora en Lacajes se trasladó desde la zona circundante a Yesos porque tuvo problemas sanitarios. Se compró lo derechos de un puesto en la zona del Astillero para trasladar sus animales en 1996. Desde entonces han intentado registrar la propiedad en derechos reales, pero no pudieron hacerlo por diversos motivos.

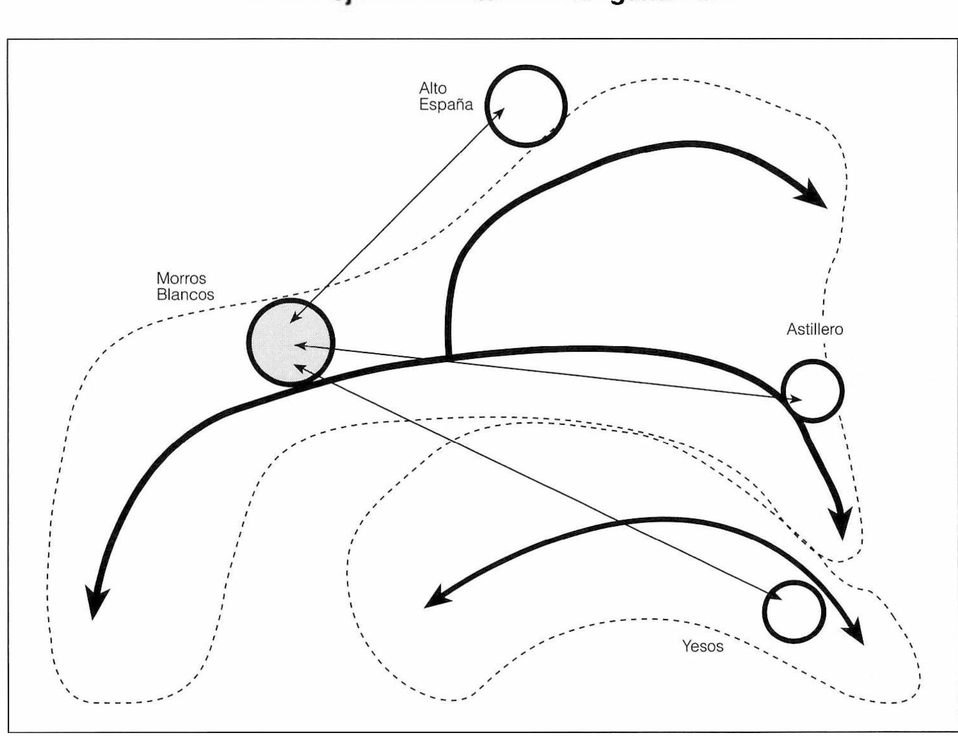
1.3. El sector Jarcas de la comunidad de Carlaso

Con el nombre de Jarcas se conoce a un sector del cantón de Carlaso, ubicado en la zona oriental del Valle Central de Tarija. Ese sector no forma una unidad organizativa comunal, sino que pertenece a la organización "comunal" de Carlaso Centro, que es la unidad de planificación territorial que se articula al municipio de Cercado, Tarija.

En todo el cantón viven aproximadamente 70 familias. En el sector de Jarcas están ubicadas 11 viviendas familiares. Esas familias se encuentran en lo que se podría denominar una microcuenca de una quebrada que viene desde la comunidad de Morro Gacho, hacia el norte del cantón.

El cantón de Carlaso limita hacia el norte con la comunidad de Morro Gacho, hacia el oeste se encuentra la zona de Yesera, hacia el sur está San Agustín Norte, hacia el este está la comunidad de Canchones y hacia el noreste, la comunidad de El Cóndor. El sector de Jarcas está ubicado en la parte noreste del cantón de Carlaso.

Figura 11
Esquema de conexiones territoriales entre Morros Blancos y los puestos de pastoreo de dos ejes de trashumancia ganadera



Fuente: Elaboración propia.

Jarcas, al igual que Carlaso, se encuentra en las estribaciones que dan hacia el oeste del cordón montañoso que divide el Valle Central con la zona de selvas de montaña; el lugar se caracteriza por un clima más árido que el sector opuesto del Valle Central, ya que las corrientes atmosféricas provenientes del Atlántico pasan por allí sin descargar su humedad.

Las precipitaciones anuales en esa zona están en el orden de los 300 mm, ubicadas hacia finales del verano, lo que ocasiona un periodo de crecimiento vegetativo coincidente con la época de lluvias y otro periodo de déficit hídrico que induce a la vegetación a entrar en una etapa de descanso pronunciado.

La comunidad está ubicada en la parte media de un pequeño valle conectado al Valle Central de Tarija; su topografía está caracterizada por un paisaje dominado por colinas sinuosas de pendiente suave a moderada, flanqueadas por dos cordones montañosos más altos que corren de norte a sur en los extremos este y oeste.

La vegetación presenta una estratificación definida principalmente por los ambientes de lecho de los cursos de agua y de cima de las colinas, predominando especies más grandes en las depresiones del terreno, como ser tacos (*prosopis*), molles (*shinus*) y churquis (*acacia*); en la parte de cimas de colinas, la vegetación es más "achaparrada", con predominancia de churquis y menos molles, pero con gran presencia de arbustos (*bacharis*) y gramíneas.

Las familias del sector basan su economía en la práctica agrícola y la crianza de animales, complementadas con la venta de su fuerza laboral en época de invierno y en algunos casos con la explotación de madera en baja escala de la zona del monte ubicada cerca de la comunidad.

Las zonas agrícolas están ubicadas en las partes bajas del valle, especialmente en las terrazas aluviales, donde ocasionalmente se puede sacar riego de los cursos de agua o de alguna vertiente. El resto del territorio es usado para pastoreo de las vacas, burros, chivas y ovejas de las familias de la comunidad.

Las parcelas agrícolas son generalmente dispersas y de tamaño pequeño, ya que la topografía así lo exige. Cada familia tiene por lo general dos o más parcelas agrícolas, además de un espacio para huerto donde se cultivan hortalizas y frutales. En las otras parcelas se cultiva maíz (zonas bajas), trigo (zonas altas), papa, etcétera.

La crianza de animales incluye la hacienda mayor y la hacienda menuda, es decir vacunos, equinos (burros y caballos), caprinos, ovinos, suinos y aves de corral. La

distribución de los espacios de vida de los animales dentro del área productiva familiar es una característica común, por la cual las gallinas y cerdos se quedan cerca de la casa, mientras que las cabras, ovejas, vacas y burros salen a pastear en las lomas circundantes. Entre las vacas y las ovejas y chivas, se separan los espacios de pastoreo pues aparentemente las primeras no comen por donde han comido las otras.

Las vacas son trasladadas cíclicamente entre la comunidad y un puesto de pastoreo ubicado en la zona de monte o en las cabeceras de este, ya que en invierno la disponibilidad de forraje disminuye dramáticamente en la comunidad.

Los burros parecen tener un radio más amplio de pastoreo que las vacas, y es posible que pasen a las comunidades vecinas sin mayor problema, mientras que las vacas deben quedarse dentro de los límites de la comunidad aunque se tolera una cierta flexibilidad en el entendido que no es posible controlar todo el tiempo a los animales.

En la comarca de Jarcas viven 11 familias, ubicadas en viviendas separadas y dispersas siguiendo más o menos el eje de la quebrada de Junacas. Esas familias han establecido sus sistemas productivos individuales, con un espacio de dominio familiar reconocido y respetado entre las familias locales. Sin embargo, el acceso a los recursos es diferenciado. Para el caso de las parcelas agrícolas, el acceso es privado e individual, respetándose el espacio como propiedad privada. En el caso de las áreas de pastoreo dentro de la comunidad, se considera el "pastoreo común" entre los vecinos lo cual posibilita mover el rebaño familiar más allá de su dominio (ver Figura 12).

Para la crianza de las vacas, se requiere acceder a otro espacio de pastoreo ubicado en la zona de selvas de montaña o muy cerca de ellas, donde las condiciones climáticas permitan el crecimiento de más forraje que en la comunidad.

De las 11 familias de ese sector, sólo una no tiene ganado vacuno, de manera que no accede a un puesto de pastoreo en el monte. Las demás, todas tienen ganado vacuno y deben mover sus vacas estacionalmente para mantenerlas.

Ese sistema de crianza incluye el acceso a dos o tres espacios de pastoreo ubicados en ecosistemas diferentes. Todas las familias tienen, en el verano, espacio de pastoreo dentro de la comunidad a donde se trae al hato o al menos una parte de él.

Algunas familias tienen un espacio de pastoreo en el área de pastizales de neblina, ubicado "inmediatamente" más arriba de las selvas de montaña, donde pueden dejar parte de su hato durante el verano. Incluso existen unas familias que sólo realizan el movimiento de su hato en ese espacio sin acceder a espacios en el monte.

Figura 12
Esquema de conexiones productivas de la comunidad de Carlaso

1
Carlaso
2
Pastizal de neblina
3
El monte o selva de montaña

Fuente: Elaboración propia.

Otras familias acceden a puestos en el monte o selvas de montaña, desde donde realizan su traslado del hato hasta Carlaso y viceversa. Los puestos usados en el monte son Río La Sal, Vallecito Ruiz y Lacajes.

Algunas familias mueven su ganado directamente entre el puesto del monte y la comunidad, como es el caso de la familia Valdez, mientras que otras mueven su ganado entre el puesto del monte, el puesto en el pastizal de neblina y la comunidad, como es el caso de la familia de José Romero.

Debido a las condiciones climáticas de la zona, en invierno difícilmente queda pasto para poder mantener a las vacas en la comunidad, razón por la cual se las traslada. En la comunidad sólo queda la hacienda menuda que aprovecha los pastos del cerro todo el año.

1.4. La comunidad de Alto Potreros

La comunidad de Alto Potreros se encuentra en la zona de los pastizales de neblina, en un vallecito donde empiezan las formaciones boscosas de las selvas de montaña, correspondientes a los pisos de aliso y pino de cerro, llegando incluso a los estratos de lauráceas.

La comunidad cumple un rol de facilitar el estacionamiento temporal del ganado en el movimiento de trashumancia que se canaliza por el eje Vallecito Marqués-San Agustín Sur-Tolomosa, ya que es ahí donde se saca el ganado con las primeras lluvias.

En Alto Potreros viven unas 18 familias campesinas, las que practican una economía basada en la diversificación de actividades agropecuarias e incluso forestales. La comunidad se ubica en una cabecera de valle en la parte en que los pastizales de neblina y el monte entran en contacto (*el ecotono*). El paisaje de la comunidad se caracteriza por una pendiente que deja pocos espacios planos para las parcelas agrícolas y por la presencia de espacios de pastizal intercalados por pequeños rodales de bosque en la parte superior de la microcuenca (aliso, pino del cerro). En la parte de los cursos de agua y en las vertientes orientales de los cerros se puede encontrar también formaciones boscosas con presencia de especies características del estrato de selva montana, como el ceibo.

Las familias de Alto Potreros han estructurado un sistema productivo basado en el acceso a dos espacios productivos: el alto y el monte. Cada familia tiene su vivienda, sus parcelas agrícolas y su puesto de pastoreo en la zona de Alto Potreros, pero

también tienen acceso a parcelas agrícolas y puestos de pastoreo en la zona de Vaquerillos, Vallecito y el Champal, en la zona del monte.

Entre los dos espacios discontinuos, se realiza una estrategia productiva que se basa en el control vertical de espacios con diferentes posibilidades productivas, cultivando en dos ecosistemas y trasladando el ganado entre el monte y el alto.

Durante los días de la visita (mediados de octubre) los hombres de las familias se hallan, en su mayoría, en la zona de Vaquerillos sembrando sus parcelas agrícolas del monte, aprovechando que ya ha empezado a llover por esos lugares; luego deben ir a cultivar sus parcelas en la comunidad de Alto Potreros. En el primer periodo, la esposa se queda a cargo de las responsabilidades productivas en la comunidad.

Alto Potreros no es parte de la demanda de propiedad colectiva para el pastoreo que solicitó la Asociación de Ganaderos, ya que su origen es parte de la dotación de propiedades de la reforma agraria cuando los campesinos arrenderos obtuvieron títulos de propiedad.

Sin embargo, esa comunidad juega un rol importante en la actividad de trashumancia ganadera de los campesinos de otras comunidades. Debido a la presencia del río de Potreros ubicado entre la comunidad de Alto Potreros y la mayoría de los puestos del monte, los ganaderos requieren cruzar el río antes de que crezca.

Así "el Alto" se transforma en un lugar estratégico para estacionar el ganado del Valle Central a partir de las primeras lluvias (usualmente en octubre) y hasta que crezca la suficiente cantidad de pasto en los terrenos de pastoreo en la zona del Valle Central de Tarija.

Algunas familias del Valle Central alquilan pastos en esa comunidad para sacar su ganado del monte y estacionarlo hasta que lo lleven a su comunidad en el Valle Central. Otros alquilan pastos para pasar el invierno en los pastizales de neblina, que es la otra modalidad de trashumancia practicada por algunas familias del sector más árido del Valle Central (San Agustín, por ejemplo).

De las 18 familias de Alto Potreros, unas siete u ocho alquilan sus pastos a ganaderos del Valle Central, siendo un promedio entre uno o dos ganaderos por puesto de pastoreo. Así por ejemplo, don Avelino Quispe alquila sus pastos durante el periodo de estacionamiento a un campesino de Tolomosa, que a su vez lleva su ganado al río Nogal en el Monte, mientras que el propio don Avelino traslada su ganado entre Alto Potreros y el Purgatorio ubicado a sólo dos horas de la comunidad hacia el monte. Otro

comunario, don Beno, alquila a dos ganaderos del Valle Central, de diferentes comunidades, quienes llevan su ganado a diferentes puestos en el monte, mientras que él mismo traslada sus vacas a otro puesto en el monte (ver Figura 13).

La articulación que así se genera en torno a los pastos de Alto Potreros, vincula a la comunidad con diferentes comunidades del Valle Central (San Agustín, Churquis, Tolomosa, Tolomosita Este, etcétera) y con diferentes sectores del monte (Purgatorio, Tres Aguas, Corral de Piedras, Champal, Nogal, Vaquerillos, Vallecito, Llanadas, etcétera). De ese modo, además, se articulan dos modalidades de trashumancia: la de los campesinos que viven en Alto Potreros y la de los campesinos que viven en el Valle Central.

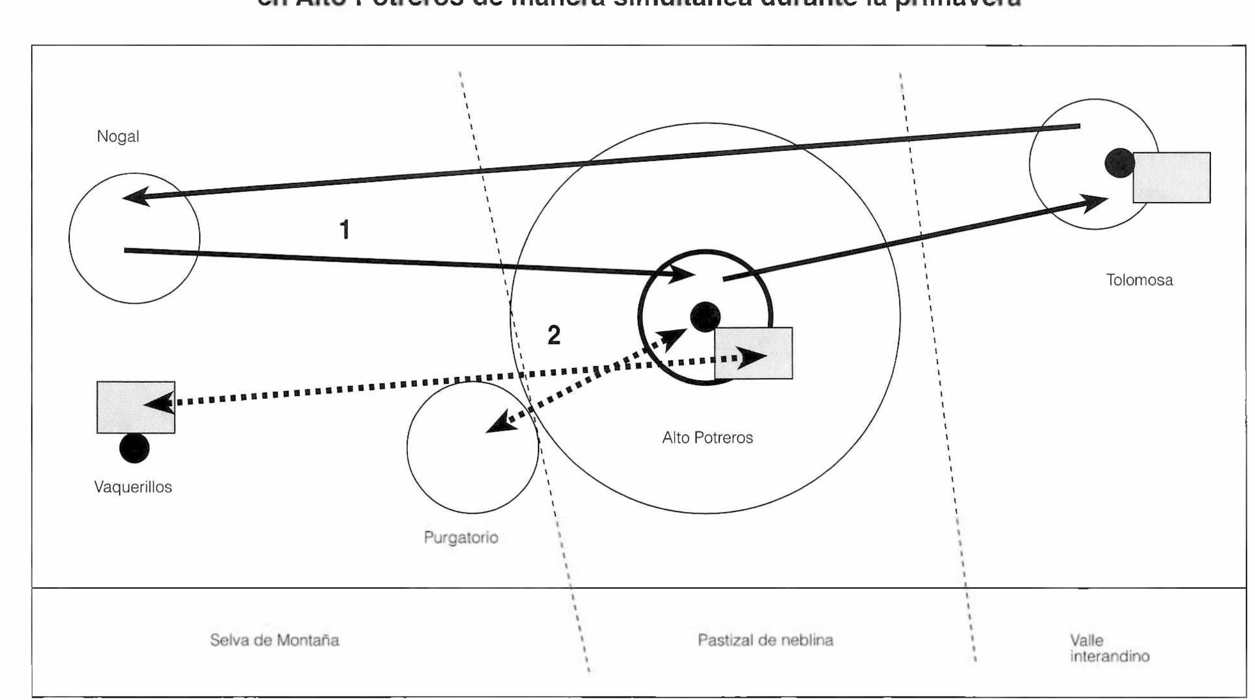
Esa articulación de las dos modalidades de trashumancia ubica a la comunidad de Alto Potreros en una situación estratégica, pues allí se junta el ganado de diferentes puestos del monte por un par de meses, y se genera una interacción entre campesinos ganaderos de diferentes comunidades del Valle Central, quienes deben coordinar una "institucionalidad informal" para organizar la estadía del ganado en el espacio de uso colectivo por el periodo del ciclo de trashumancia.

Seguramente, esa situación se da en todo el sector, ya que las pasturas sólo de Alto Potreros no son suficientes para absorber todo el ganado que debe salir de los puestos del monte. En ese "sub-eje" de trashumancia, los campesinos han desarrollado acuerdos y mecanismos para ubicar su ganado durante la primavera en "el Alto" a salvo de las condiciones desfavorables del verano en el monte y de las crecidas del río Potreros, mientras el pasto crece en las inmediaciones de las comunidades del Valle Central de Tarija (ver Figura 14).

Esa característica del rol de los puestos de pastoreo de Alto Potreros (y de toda la zona de pastizales de neblina en el área) también está ligada a un rol económico de las familias campesinas que viven en Alto Potreros, ya que ellas se convierten en cuidadoras —por excelencia— del ganado que proviene del Valle Central. Esa actividad puede significar una parte importante de sus ingresos económicos dentro de su estrategia de vida.

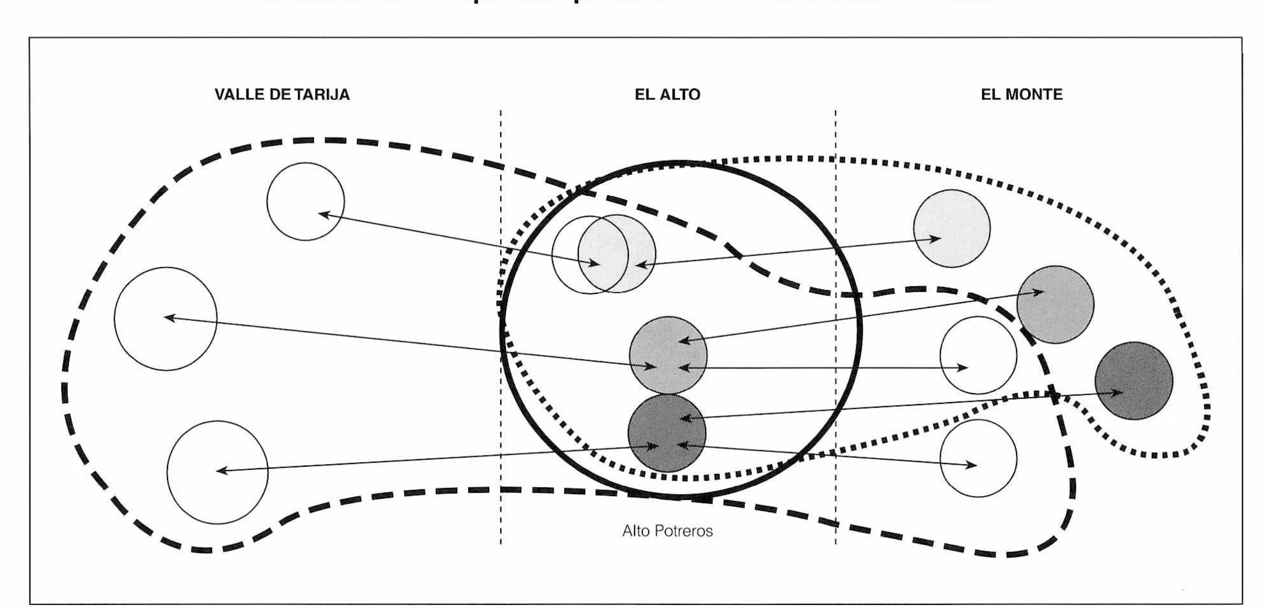
El alquiler de pastos no puede pasar de noviembre o diciembre, porque a partir de esos meses los cultivos de maíz ya están en pleno desarrollo y la presencia de ganado ajeno puede ser motivo de daños y conflictos innecesarios. La costumbre es retirarlos por esa época, pues además ya se tiene disponibilidad de pastos en las comunidades del Valle Central.

Figura 13
Esquema de la interacción de dos sistemas productivos que usan el puesto de pastoreo en Alto Potreros de manera simultánea durante la primavera



Fuente: Elaboración propia.

Figura 14
Esquema de la interacción de puestos de pastoreo y modalidades de trashumancia a través del rol que cumple la comunidad de Alto Potreros



Fuente: Elaboración propia.

El acceso a los puestos de pastoreo en Alto Potreros es colectivo. Los animales se ubican en el espacio que alquila el campesino, pero se mueven libremente entre los puestos circundantes, cruzando los "límites" de los puestos animales. Existe tolerancia frente a ese comportamiento, sólo debe cuidarse que los animales no causen daños a los cultivos de los vecinos.

1.5. La comunidad de Río La Sal

La región del río La Sal es una microcuenca del río Salinas, que se constituye el eje en función al cual se forma el valle de las Salinas. En esa microcuenca se ubican las comunidades de Fuerte Santiago y de Río La Sal —conocida también como Molino La Sal—, entre ambas copan el espacio territorial de la microcuenca formando la Organización Territorial de Base (OTB) de Fuerte Santiago. Esa unidad de gestión está vinculada a la estructura de planificación del gobierno municipal de Entre Ríos a partir de la promulgación de la Ley de Participación Popular en Bolivia.

La comunidad local está compuesta por unas 30 familias, las que controlan el acceso a los recursos naturales en la parte baja de la misma. En la parte alta o cabeceras de la cuenca, se encuentran los puestos de pastoreo de los ganaderos del Valle Central de Tarija, quienes traen su ganado en época invernal para volverlo a sacar en el verano. Sin embargo, hay que hacer notar, que esos ganaderos no son parte de la comunidad local, puesto que sus relaciones sociales más fuertes se desarrollan en las comunidades del Valle Central de Tarija, donde se ubica su residencia permanente.

El control de los recursos en la parte alta la tienen los campesinos de Tarija, denominados localmente como "tarijeños", quienes son propietarios de los puestos. Como ellos no viven en esa zona, establecen acuerdos con los vecinos de Río La Sal para el cuidado del ganado durante el invierno, así esa actividad se convierte en una alternativa de ingresos económicos para varias familias locales.

Los sistemas productivos en base a la vinculación de esos espacios —en lo posible dentro de la misma microcuenca o, en su defecto, con valles adyacentes a no más de un día de camino—, se despliegan siempre en el mismo piso ecológico.

De ese modo, la frontera que se origina conecta dos sistemas de trashumancia: una corta, dentro del mismo piso ecológico, y otra larga, entre pisos ecológicos diferentes, vinculados a los dos sistemas agrarios en contacto.

El contacto con el sistema agrario adyacente no se establece mediante la divisoria de agua, como normalmente ocurre en ambientes de montaña, sino que aparece mediante la división de propiedades dentro de la misma cuenca (ver Figura 15).

Es preciso aclarar, entonces, que el sistema agrario Tolomosa-Lacajes conecta espacios lejanos en la gradiente altitudinal vinculando tres pisos ecológicos (valle interandino semiárido-pastizal de neblina-selva de montaña), mientras que el sistema del valle de las Salinas no requiere vincular pisos ecológicos, sino estratos o formaciones vegetales dentro del mismo (los campos y el monte). Esa extensión ocasiona una lógica de constitución longitudinal al valle, contra una lógica transversal al valle en el caso del sistema Tolomosa-Lacajes.

La interfase que se establece entre las vacas de los tarijeños y las vacas de los vecinos que tienen sus puestos adyacentes a la "frontera", genera un espacio de contacto entre sistemas, cuyo rol incluye el intercambio genético y de enfermedades de ganado entre sistemas agrarios, y de interconexión institucional entre ambos sistemas, ampliando las posibilidades del alcance de vínculos del sistema hacia el otro sistema adyacente.

La frontera entre los dos sistemas no representa una división rigurosamente excluyente, sino que a causa del comportamiento del ganado que se mueve en espacios más amplios que su propio puesto, se produce una interfase donde se intercambian acuerdos y normas de los arreglos institucionales de cada sistema, además de intercambios genéticos y de enfermedades del ganado.

Los campesinos que tienen sus puestos de ganado en inmediaciones de la frontera, en ambos lados, se convierten en actores clave para generar, potencializar o restringir los intercambios entre ambos sistemas. Asimismo, en el caso de la comunidad de Río La Sal, la actividad de la trashumancia ganadera implica una fuente de recursos económicos para los campesinos locales, quienes pueden cuidar las vacas a cambio de dinero o especie difícil de conseguir a causa de la falta de caminos para sacar sus productos agrícolas.

Del otro lado, la presencia de los campesinos en la frontera provee un mecanismo de control a los ganaderos de Tarija, quienes pueden espaciar un poco sus visitas de control al área. Esa dinámica genera un nivel de interdependencia entre los campesinos de ambos sistemas agrarios, favoreciendo la acción colectiva concertada y, por tanto, las relaciones institucionales entre dos niveles de gestión de los recursos naturales.

Figura 15
Esquema de las conexiones territoriales de la comunidad de Río La Sal

Fuente: Elaboración propia.

1.6. Similitudes y diferencias en el territorio

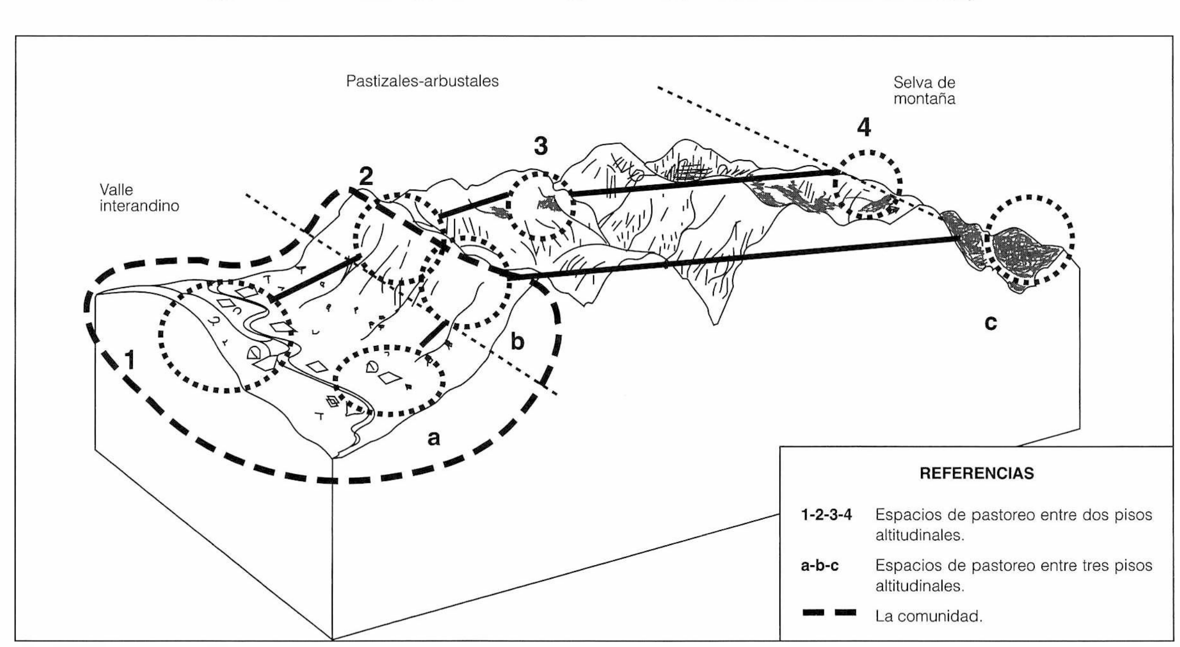
Las características ecológicas de la sucesión ambiental que se establece a lo largo de la zona de residencia en el territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes ejercen influencia en las estrategias de crianza del ganado vacuno que practican las familias campesinas, observándose una correlación entre el lugar de ubicación de la comunidad y la forma en que se encara el manejo del ganado. Aunque en términos generales la estrategia es similar a lo largo del eje, existen algunas diferencias que le imprimen una particularidad en cada zona.

La presencia de campos de pastoreo individuales con exclusión de otros usuarios es casi una norma en la parte baja de fondo de valle de la comunidad de Churquis. Ese patrón se repite en la mayor parte de las comunidades de la zona de Tolomosa, mientras que está casi ausente en el sector de Jarcas, donde el pastoreo se realiza en base a propiedades privadas individuales pero de acceso colectivo. En Jarcas, los terrenos de pastoreo común en las colinas circundantes generan un gran espacio de pastoreo colectivo del tamaño de la comunidad que sólo excluye a los sitios cerrados que delimitan áreas familiares de parcelas agrícolas en barbecho y en cultivo (ver Figura 16).

Los terrenos comunales de pastoreo, diferenciados en su uso, muestran una presencia dominante en la zona de Churquis, donde se ubican en lugares claramente demarcados y se distinguen de los terrenos de pastoreo privado en el fondo de valle. En Jarcas, en cambio, esos terrenos se confunden con las propiedades privadas individuales de fondo de valle que no se usan para agricultura. En la comunidad de Alto Potreros se repite esa situación donde el terreno comunal y las propiedades privadas se confunden en el uso colectivo a partir de puestos individuales. Ya en Río La Sal la propiedad comunal no existe y el pastoreo se maneja en base a propiedades privadas individuales pero de acceso colectivo para el pastoreo de los vacunos.

En todos los casos se respeta la propiedad privada de las parcelas agrícolas. Es necesario invertir mucho tiempo y esfuerzo para monitorear el ganado a fin de que no entre a esas parcelas a provocar daños. Uno de los motivos por los que se traslada el ganado desde Río La Sal o Alto Potreros hacia los terrenos de pastoreo en el Valle Central, es precisamente evitar que ingresen a los cultivos privados durante esa época cuando empiezan a madurar.

Figura 16
Esquema de los espacios usados para la trashumancia ganadera en una comunidad de la zona más árida del Valle Central de Tarija (San Agustín)



Fuente: Elaboración propia.

Por otro lado, las características ambientales de los diferentes sectores del Valle Central también influyen en la posibilidad de dejar o no parte del hato en la comunidad. Las familias de Churquis que practican trashumancia larga hacen quedar parte de sus animales en la comunidad, mandan otra parte hasta el monte e incluso la mayor parte de las familias hace quedar todo su ganado en la comunidad. Eso es posible porque sus pasturas son más estables, en cuanto a oferta alimenticia a lo largo del año, que las pasturas de la zona árida de Jarcas donde la estancia de animales está asociada a altos costos, casi impracticable. Por esa razón todas las familias deben trasladar casi obligatoriamente todo su ganado en época seca hacia puestos de pastoreo en la zona de pastizal de neblina o de selva de montaña, donde encuentran el complemento alimenticio de la época.

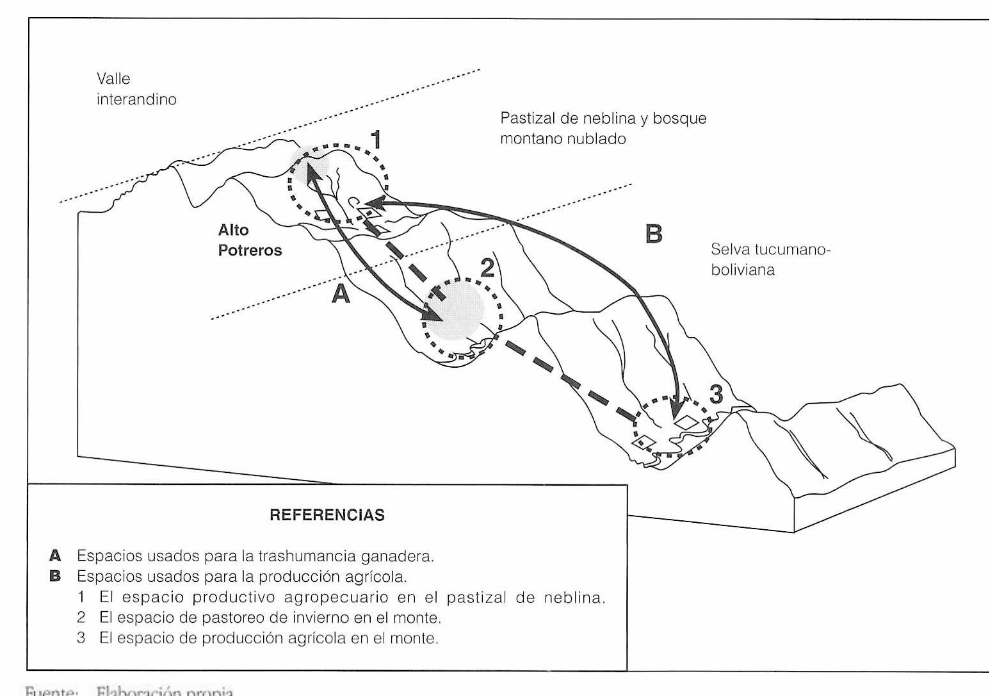
Los rasgos descritos implican que las comunidades del área árida del eje de trashumancia son más dependientes del acceso a los puestos de pastoreo de los pisos ecológicos de pastizal de neblina y selva de montaña, mientras que las comunidades de la parte más húmeda del eje aparentemente pueden manejar un cierto nivel de seguridad en mantener sus animales todo el año en su comunidad. Esta última práctica significa que los campesinos sólo pueden criar tantos animales como lo permita la capacidad de carga de sus terrenos en verano, deben necesariamente someterse a lo que puede soportar ese mismo terreno en el invierno, cuando baja su oferta forrajera a un nivel mínimo (ver Figura 17).

En la zona de Carlaso se observa una práctica de extracción forestal a escala doméstica muy importante en la época de invierno. Esa es considerada una estrategia económica complementaria del sistema productivo familiar, que en algunos casos puede incluso ser una actividad central de la economía familiar, mientras que en la zona de Tolomosa esa situación se caracteriza más bien porque las familias suelen adoptar la estrategia de la migración temporal a la Argentina para complementar sus sistemas productivos.

Es claro que esa práctica diferenciada está influida por la relativa cercanía de las comunidades al recurso forestal mismo, lo que les permite tener cierta ventaja de acceso ágil al recurso. Sin embargo, la práctica de salir a trabajar temporalmente es también parte de las estrategias de algunas familias de Jarcas.

La problemática del territorio presenta también ciertas particularidades de acuerdo a las zonas, siendo particularmente notorias las referidas a la sanidad y seguridad del

Figura 17
Esquema de los espacios productivos usados por los campesinos de Alto Potreros en el piso altitudinal de pastizal de neblina

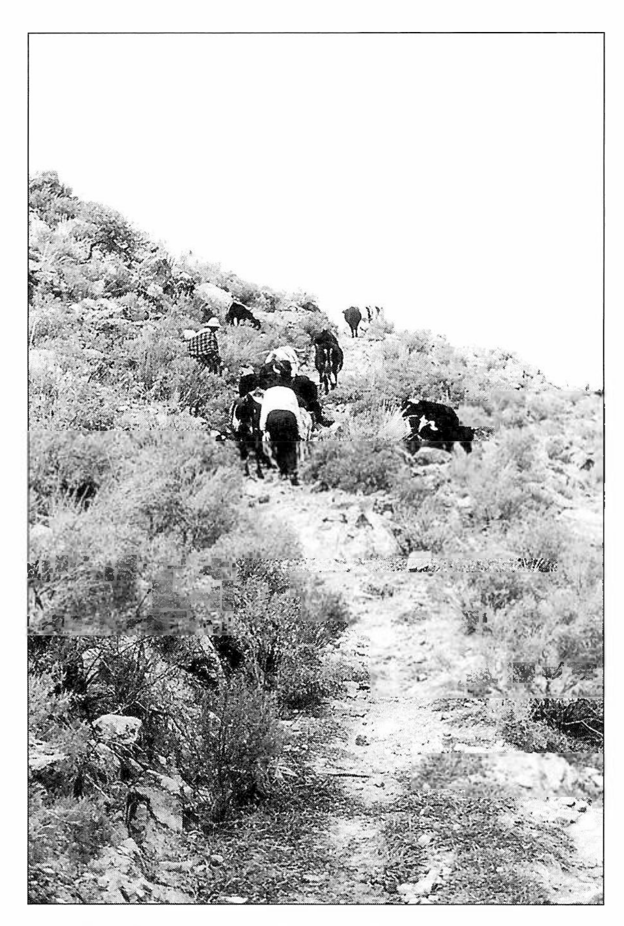


Fuente: Elaboración propia.

ganado que en los puestos del monte suelen enfermarse de la orina de sangre y llaga, mientras que los que usan los puestos de pastizal no se ven afectados. La incidencia de robo es también mucho más acentuada en los puestos del monte y no tanto así en los puestos circundantes al Valle Central, en una correlación obvia entre la zona poblada y la zona despoblada.

Las propiedades privadas del Valle Central suelen tener respaldado con títulos de propiedad, cuyo origen está en los procesos de la reforma agraria que en esta zona fue muy expedita, mientras que en la zona de los puestos del monte no existen títulos, son propiedades privadas sin el respaldo legal que les otorgue seguridad en la tenencia.

Las comunidades de la zona de Tolomosa, además, presentan la particularidad de sufrir los efectos del camino asfaltado sobre el ganado durante el traslado, pues deben usar la ruta entre la zona de El Portillo y la zona de la Puerta al Chaco. Las comunidades de la zona de Carlaso, en cambio, ya no se preocupan por ello, porque están ubicadas en un sector donde no se cruzan con ese camino durante sus labores de traslado del hato familiar entre los puestos.



Los campos de pastoreo de verano, ubicados en las comunidades del Valle Central, reducen en gran medida su capacidad de carga durante el invierno.

TERCERA PARTE

Modernización y modernidad en el universo agrícola de Tarija

CAPÍTULO UNO

Formación de la sociedad rural en Tarija

El proceso histórico de colonización en Bolivia nos lleva a considerar que la llegada de los españoles marca sin duda un hito importante en la formación de la sociedad actual en los valles de Tarija. Los sucesos ocurridos nos permiten dilucidar acerca de la imposición de la modernidad en estos parajes.

La modernidad, entendida no necesariamente como desarrollo de la sociedad, presenta ciertas especificidades en el lugar, por tratarse de una "zona de frontera". Su inicio arranca con la dinámica de consolidación y avance del Estado colonial "sobre tierras bárbaras", formalmente establecida con la capitulación de don Luis de Fuentes y Vargas, en 1574, a quién se le encomendó la misión de invertir sus recursos a cambio de asentar un territorio bajo dominio "español y cristiano" en torno al valle de Tarija (Ávila, 1997; Soto, 2000; Presta, 2001).

Junto a los asentamientos de familias españolas, vinieron los religiosos, siguiendo el épico modelo de la "cruz y la espada" que acompañó la nueva estructuración de la sociedad en las Américas. En Tarija, la espada fue menos que la cruz (Calzavarini, 2000), y los religiosos jugaron un rol importante en la *vinculación* entre las sociedades indígenas y los colonos españoles, especialmente hacia la zona que ingresaba en "los territorios guaraníes". Allí lograron establecer una serie de misiones que sirvieron de nexo importante entre las poblaciones de Mataguayos y Chiriguanos con el Estado colonial español, como fue el caso de los valles de Las Salinas.

La frontera de Tarija marcó durante mucho tiempo la contraposición entre el mundo "civilizado" y el mundo "salvaje". El salvaje se definió por la presencia de los guaraníes (Calzavarini, 1996; Langer, 1999), y el civilizado, por las políticas del Estado colonial que

fomentaron la consolidación de esas tierras con la fundación de la villa de San Bernardo en el valle de Tarija, a cargo de Luis de Fuentes, y la fundación de una población llamada la Nueva Vega de Granada en el valle de Las Salinas en 1616, a cargo de Porcel de Padilla.

En ese recorrido histórico, la claridad política del pueblo guaraní fue inobjetable porque supo interpretar los procesos coloniales de manera tal que incluso en los primeros años de la República mantuvo una estrategia de resistencia a la introducción de los blancos en su territorio. Probablemente, el antecedente anterior de contacto con el Estado Inca ya le habría obligado a pensarse frente a otro pueblo poderoso del cual debía cuidarse para no ser avasallado. Por eso, se deduce que cuando llegaron los primeros españoles a los valles de Tarija, precedidos por innumerables noticias de su avance conquistador que llegaban por medio de sus relaciones de intercambio con los pueblos de la frontera de Tarija, ya mostraron la intención de establecer una frontera hasta dónde podrían ingresar los aires de conquista.

El Estado colonial preveía consolidar su dominio total sobre todo el territorio americano, para lo cual necesitaba una conexión entre la zona de Potosí y Charcas, con la costa del Atlántico en el Río de la Plata. La ruta que cruzaba por Tarija fue considerada una alternativa factible para ese objetivo.

Primero se establecieron los fuertes militares de avanzada en territorio guaraní, pero indefectiblemente no podían ser sustentados de manera adecuada: las continuas incursiones de los guaraníes obligaban a buscar otro tipo de estrategias de introducción a ese territorio.

Por la vía no militar, los españoles empezaron a meter sus animales vacunos en la zona de los guaraníes, con quienes establecieron una serie de acuerdos para permitir esa ocupación que en la práctica se convertía en un "arriendo o alquiler" de tierras de parte de los españoles a cambio de que los guaraníes pudieran consumir parte del ganado (Langer, 1999).

Quizá el "intercambio" acordado hubiese estabilizado las relaciones en la zona, pero los planes de la dinámica de colonización española incluían el control del territorio —bajo dominio guaraní— porque presentaban excelentes condiciones para la cría del ganado. Así fue que ambas sociedades se vieron envueltas en una continua interacción, la mayor parte de las veces violenta, para mantener su independencia, por un lado, y para ampliar el dominio territorial, por otro.

La estrategia misionera resultó ser entonces una alternativa propicia para las coyunturas de conflicto, por la cual ambas partes supieron sacar ciertas ventajas aunque es justo mencionar que también tuvieron intencionalidad propia. En el caso de los jesuitas, ese proceso concluyó inicialmente con su expulsión de territorio americano y, posteriormente, en época de la República, en la secularización de las misiones franciscanas.

La fundación del convento de San Francisco en Tarija, en 1606 (AFT, EP-1(1)), contaba con la presencia de los padres dominicos, agustinos y jesuitas, lo cual respondía precisamente a la necesidad de *concretizar la acción misionera* en ese territorio para facilitar el avance del Estado colonial (Calzavarini, 1996). En cambio, la fundación de la misión de Las Salinas en 1691 —a cargo de los padres jesuitas— respondía a una "petición hecha por los indígenas", quienes ya habían estado en contacto con los colonos españoles que se establecieron en ese valle desde 1616. Es probable que la petición viniera de la experiencia anterior con los jesuitas, por la cual los guaraníes comprendían que al vincularse a ese régimen misional mantendrían cierta "independencia" de los colonos españoles (AFT, M-162).

Algunos registros de la época, comprueban esa posibilidad. En petición hecha por el padre jesuita Joseph Arze, en 1690, se pide *adjudicar a los indios* las tierras encontradas por él, que eran *realengas*, en el valle de Las Salinas, Nogal y Chiquiacá, y las que están entre el Salado y Sereré, por ser esas tierras aptas para establecer poblados para cristianizar a los indios *en conformidad de las cédulas y órdenes de su majestad que hablan cerca de las reducciones y poblaciones de los indios, por cuales ordena que a los indios que se redujeren se les señalen tierras, aguas y montes... para fundar pueblos sacándoles de los montes, quebradas y serranías... (Ibid.)*.

En 1692, los mismos padres piden protección a la Real Audiencia de Charcas para retirar a ciertos intrusos de sus tierras, que no eran otros que los antiguos colonos españoles, lo que sugiere que, para éstos, las misiones no eran de su total agrado a pesar de que se ubicaban dentro del esquema del "avance de la civilización y la cristiandad" en "territorio salvaje".

Las misiones cumplían así un rol controversial entre ambas partes, ya que, por un lado, ayudaban a concretar las "alianzas" entre españoles y guaraníes cristianizados en la "periferia" en contra de los guaraníes salvajes del "núcleo" territorial y, por otro, mantenían un cierto espacio donde los indígenas seguían ejerciendo un estilo de vida comunal.

De tal modo fue así que las incursiones militares y el establecimiento de las reducciones y misiones, definen dos caras de la irrupción de la *modernidad* en esos territorios. Desde la perspectiva de los indígenas, la modernidad se tradujo en la destrucción de su cultura ancestral. La perspectiva de los colonos y militares españoles asumió la conquista del territorio "salvaje" con el propósito de civilizarlo y someterlo al Estado colonial, mientras que el *esfuerzo misional* —desde 1690 con los jesuitas y desde 1766 con el Colegio de Propaganda Fide de Nuestra Señora de los Ángeles (los franciscanos)— optó por la siguiente dinámica: ***dar lo que hemos recibido en ciencia, intelectualidad, teología, arte y solidaridad económica*** (Calzavarini, 2000). Indudablemente, se trataba de un esfuerzo de conciliar la conquista desde la espada y la cruz.

En todo caso, la incursión con ganado hasta el área del valle de Las Salinas por parte de los españoles parece haber sido un mecanismo usado desde muy temprano en la Colonia de esa región. Se trató de una práctica que permitió conquistar finalmente el territorio guaraní, cuya ocupación por el Estado colonial, primero, y el Estado boliviano después, fue propiciado por los ganaderos españoles y criollos.

Con la independencia de la Colonia española en 1825, se planteó el concepto del *Estado boliviano*, inspirado en la Revolución Francesa, con lo que de buenas a primeras se redujeron los *privilegios* de la Iglesia. Al reducirlos, disminuyeron las capacidades económicas que antes permitía al clero ejercer una dinámica de actividades más amplia. Ese proceso concluyó con la secularización de las Misiones en 1905, cuyas implicancias se tradujeron en la apropiación por parte del Estado boliviano de las tierras indígenas. De ese modo, el accionar de la Iglesia quedó circunscrito al templo, mientras el Estado boliviano (dominado por las elites locales) asumió el control de la administración territorial en toda la República (*Ibid.* 2000). Así se consumó en Bolivia y en la región un postulado importante de la ideología de la modernización inspirada en los acontecimientos de Europa: la separación de la Iglesia y el Estado para la administración de la economía de la nueva República, una versión local de la separación entre lo *sagrado y lo natural* (Touraine, 1994).

Esa "modernización", sustentada por los argumentos de los pensadores europeos, fue una excelente excusa para consolidar los privilegios de las elites locales que se sirvieron de tales medidas para asignarse derechos sobre las nuevas tierras "vacantes". En el área del subandino y Chaco tarijeño, esa práctica logró mantenerse a pesar de la Reforma Agraria de 1952, e incluso llega hasta nuestros días.

Los primeros años de la República en Tarija se caracterizaron por la persistencia de la frontera con los indios (Langer, 2000), y una falta de movimiento económico en la región, expresada en la presencia de muchos pequeños propietarios campesinos y algunas grandes haciendas. El campesino chapaco era muy pobre y se abastecía de tejidos importados que entonces costaban muy caro. El comercio —administrado por algunas familias de la ciudad de Tarija— confirmaba una predisposición de la sociedad local a consumir lo importado, por lo que esa actividad llegó a generar una época de auge en la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX sólo entre las familias de la elite tarijeña (*Ibid.* 2000).

Para alcanzar dicho auge fue preciso pasar por una guerra. Las familias tarijeñas dedicadas al comercio se favorecieron con la Guerra del Pacífico (1879-1884) porque se trabaron las rutas de importación desde la costa del Pacífico y se desviaron hacia el sur de la Argentina. Otro factor que benefició a las familias comerciantes fue la construcción del ferrocarril desde el Litoral argentino hacia el noroeste (*Ibid.* 2000), con él se abarataba en gran medida el transporte de los productos importados.

Otro antecedente que promovió el comercio de Tarija se remonta a la reactivación de la minería de Potosí en la década de 1860. Esa economía generó una gran demanda de productos provenientes de Tarija, especialmente ganado y productos agrícolas, lo que incentivó a los campesinos del Valle Central a criar tanto ganado cuanto podían sustentar sus tierras, y en la zona del Chaco a ampliar la tierra dedicada a esa actividad.

Los principales clientes de los comerciantes fueron los campesinos chapacos y los ganaderos del Chaco, a quienes proveían de muchos productos importados mediante la modalidad del crédito (*Ibid.* 2000). También se traían artículos de lujo para las elites. En ambos casos se llegó a endeudamientos grandiosos, lo que en opinión de Burdett O´Connor, hacía *retroceder más que avanzar a la provincia* (Langer, 1998).

Con todo, es innegable que esa dinámica engendró un poderío económico y político en algunas familias tarijeñas, quienes lograron comprar grandes cantidades de tierra (*Ibid.* 1998) y establecieron así algunas haciendas como las de Navajas, que después del auge comercial sirvieron para mantener la fortuna familiar mediante la explotación de las mismas bajo el régimen ya descrito en la primera parte del presente trabajo.

El mecanismo de la deuda también sirvió a las familias de comerciantes, en algunos casos, para apropiarse de la tierra de los pequeños propietarios. *Los arrenderos tenían que trabajar gratuitamente, pagaban el arriendo al patrón, sembraban a*

medias, pagaban los diezmos del ganado, estaban sujetos a los rodeos. El rodeo servía para pillar animales de los vecinos —que eran pequeños propietarios colindantes— para hacerles pagar el herbaje (...) Aparte de eso, los campesinos se endeudaban porque les daban mercadería al fiado: una pollera, un pantalón, un par de ojotas, un sombrero y luego doblaban o triplicaban la deuda y finalmente les quitaban el terreno (...) (Ugalde: 2001).

Sin duda, esa práctica generó malestar tanto entre los campesinos arrenderos que servían en las grandes haciendas como entre los campesinos propietarios de pequeñas parcelas, pues sufrían los abusos de los comerciantes ya sea a partir de los mecanismos de la hacienda o de las tiendas que daban al "fiado", muchas veces en actitud usurera.

Tiempo después, la Guerra del Chaco (1933-1936) significó un hito importante para los campesinos tarijeños, ya que les permitió entrar en contacto con campesinos de la zona de las minas, quienes estaban ya involucrados en discusiones revolucionarias. Esa interacción social posibilitó la toma de conciencia respecto de la explotación que se vivía en el campo tarijeño. *En el campo de batalla conocimos gente de todas partes de Bolivia. Los otros compañeros campesinos nos contaron que no éramos los únicos que teníamos que trabajar gratis para los patrones. Los obreros, artesanos y mineros nos contaban cómo defendían sus derechos y oímos por primera vez la palabra "sindicato", nos hablaron también de anarquismo, socialismo, de justicia...* (Ugalde, 2001).

En ese sentido, el retorno de la guerra, además de la radicatoria de campesinos del interior del país en Tarija, significó el inicio de la organización campesina en los sindicatos clandestinos que jugaron luego un importante papel en la Revolución de 1952. La guerra había cumplido el objetivo de fomentar la conciencia "nacional" de los "oprimidos", además de propiciar una cruenta oportunidad de práctica organizativa y combativa.

Luego de la Revolución de 1952, todos los campesinos arrendatarios consolidaron sus propiedades, desapareciendo la institución de la hacienda, con lo que se inició un periodo de independización de las unidades productivas. Sin embargo, la falta de una política clara de apoyo del nuevo gobierno impidió consolidar un sistema que propicie un crecimiento económico sostenible del sector rural campesino (Langer, 1999).

La visión campesina ubica ese pasaje entre la algarabía del triunfo de la Revolución y la amargura y frustración por la traición del nuevo gobierno, el cual, en opinión

de los dirigentes campesinos de la época, rápidamente marginó a los campesinos de las decisiones que se debían tomar para establecer una verdadera *revolución agraria* en el campo. Más bien, se conformó una nueva elite tal vez más poderosa que la anterior (Ugalde, 2001). La muerte del dirigente campesino chapaco Pedro Rivera en 1964, en manos del gobierno de Víctor Paz, marcó la culminación de un periodo post-revolucionario de euforia en que se pensaba que el campesinado podía realmente acceder a un verdadero progreso, consigna que embanderaba la facción o ala de izquierda del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en función de gobierno. En medio de los sucesos, esa tendencia fue acallada por el ala de derecha del mismo partido que procedió sistemáticamente a eliminar a los dirigentes de la tendencia verdaderamente revolucionaria. Triste recuerdo de lo que pudo ser la Revolución del 52 en Tarija.

Con esa política de represión interna, iniciada por el MNR y continuada por los gobiernos militares de facto, las elites locales supieron mantenerse en los sitiales de mayor poder, y nuevamente se apropiaron de los espacios productivos de buena calidad mediante mecanismos vinculados al ejercicio del gobierno (Langer, 1999; Ugalde, 2001).

El sindicalismo campesino, por su parte, alcanzó un auge organizativo a nivel nacional a partir del nacimiento de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) en 1979. En seguida, la organización fue emulada en Tarija, aunque con varios tropiezos por la injerencia de los grupos de poder y los partidos políticos en el gobierno. De todas maneras, los dirigentes de turno supieron ingeniarse para mantener la vertiente del sindicalismo "independiente" y negaron la reactivación del "pacto militar-campesino" instaurado en el gobierno de Barrientos, durante los años 60 (Ugalde, 2001). El sindicalismo se nutría de las luchas por consolidar el derecho sobre la tierra y modernizar las condiciones de vida en el campo. Tuvo su momento de efervescencia con la organización de la "Única" de Tarija, la creación de CORACA y la administración del mercado campesino. Esas experiencias emblemáticas del movimiento campesino en Tarija terminaron con desenlaces frustrantes para los campesinos, quienes rápidamente se enfrentaron a la realidad de manejar instituciones con requerimientos económicos que no habían tenido tiempo de desarrollar a partir de las unidades productivas independientes de los pequeños campesinos (*Ibid.* 2001).

En la década de los 80 comenzó el accionar de las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) en el ámbito campesino. Si bien jugaron un rol importante en la consolidación del movimiento al margen de los partidos políticos y gobiernos militares,

como es el caso de ACLO y el IICA (*Ibid.*: 2001), también empezaron a generar un "paternalismo" hacia la organización sindical, precisamente por su mayor capacidad de canalizar fondos de la cooperación internacional para ejecutar obras de "desarrollo".

Así, la demanda de participación en la toma de decisiones para definir un proceso de modernización, se fue diluyendo para el sector campesino porque no consiguió apoyo político de parte de los gobiernos de turno para fortalecerle como un actor social importante en el contexto nacional. La planificación del "desarrollo" estuvo a cargo de las Corporaciones de Desarrollo, en la década de los 80. En los 90, esas instituciones fueron suprimidas para pasar esas competencias a las prefecturas y municipios, estructuras de gobierno cuyo acceso se realiza mediante la actividad político-partidaria, la cual ha sido nefasta para el sector campesino a lo largo de la historia boliviana.

Con ese antecedente, la organización campesina no pudo acceder hasta la actualidad a las decisiones importantes para la planificación del desarrollo. Su lucha se restringió porque su legitimidad representativa no estuvo acorde a la administración político-administrativa del territorio boliviano. Al pertenecer a una lógica distinta, el campesinado no tuvo apoyo necesario para fortalecer su capacidad de análisis sobre su realidad productiva. En el caso de Tarija, en la zona del Valle Central, esa realidad está íntimamente relacionada con un manejo de estrategias productivas adaptadas a ambientes de montaña, caracterizadas por un sistema de acceso territorial distinto a las unidades administrativas del Estado boliviano.

El proceso de marginamiento de los espacios de decisión sobre las políticas de desarrollo para el sector rural hicieron que los enfoques aplicados no incluyeran la visión campesina en las dinámicas productivas. Aún con la actual modalidad de planificación participativa del desarrollo, no se recupera esa lógica de gestión económica ajustada a las características descritas para el territorio de trashumancia ganadera Tolomosa-Lacajes.

CAPÍTULO DOS

El enfoque del desarrollo

1. Lo rural y lo urbano

Los procesos del desarrollo iniciados en el siglo XVIII, bajo los postulados de la economía clásica, plantean que la *humanidad* avanza hacia un futuro mejor, *pasando de lo atrasado a lo moderno, de lo rural a lo urbano, de lo agrícola a lo industrial* (Pérez, 2001), con la intencionalidad central de la industrialización de la economía, cuyos efectos se traducen en la disminución del aporte relativo a la economía general del sector agrícola.

Desde entonces, esa concepción colocó a lo rural en una situación *pasiva* respecto a lo urbano, a través de unas dinámicas que marcaron el ritmo de ajuste para proveer los recursos necesarios que implementasen ese modelo de crecimiento. La *vieja* visión ha estructurado sus estrategias de desarrollo colocando a lo rural como el equivalente al atraso, y lo urbano como equivalente a lo moderno. El campo y la ciudad, el campesino "irracional" y el técnico "científico", se convirtieron en sujetos opuestos del discurso del desarrollo manejado desde los agentes "urbanos" del desarrollo.

La dicotomía entre lo urbano y lo rural, atrasado y moderno, agrícola e industrial, ha construido una visión de *lo rural* como un sector secundario en los aportes a la economía general, y ha colocado *lo urbano* como un sector privilegiado de los esfuerzos del desarrollo.

Sin embargo, ese postulado ha demostrado ser insostenible, especialmente en países como Bolivia, donde los procesos de desarrollo que ponen énfasis en la industrialización sin fortalecer las dinámicas rurales como integrantes de la economía en general, han ocasionado crisis cuyo efecto es el aumento de la pobreza y aumento de conflictos por el acceso a la tierra (Pérez, 2001).

Aunque los límites de lo urbano y lo rural, si es que existen, son muy difíciles de establecer, es cierto que existe un ámbito simbólico definido como urbano y otro definido como rural, pero las conceptualizaciones y definiciones sobre ellos no parecen abarcar toda la complejidad que implican, especialmente en lugares como la ciudad de Tarija. Allí, el origen urbano está íntimamente ligado a las dinámicas agropecuarias de su población y su actual estructura sigue basándose en gran medida en esas vinculaciones con el *campo*, con lo *rural*, con la población *campesina* o *chapaca*.

Pérez (2001) propone definir al sector rural como un conjunto de regiones o zonas (territorio) cuya población desarrolla diversas actividades o se desempeña en diversos sectores como la agricultura, la artesanía, las industrias pequeñas y medianas, el comercio, los servicios, la ganadería, la pesca, la minería, la extracción de recursos naturales y el turismo, entre otras. El autor sostiene que al interior de esas zonas existe una estructura institucional que configura sus espacios y les permite interconectarse con las dinámicas externas. La diferencia con lo urbano parece radicar en una cierta tendencia a realizar actividades vinculadas con la administración operativa de los recursos naturales y la gestión de los sistemas de recursos y sus servicios ambientales. Es ahí donde el sector encuentra funcionalidad a sus conocimientos en los nuevos contextos del desarrollo ante la crisis evidente que atraviesa.

Lo urbano y lo rural existen en tanto espacios simbólicos, ni más ni menos legítimos entre sí, pero espacios donde se producen formas de vida y culturas que estructuran proyectos sociales en constante evolución.

La *nueva ruralidad* es entendida como un re-equilibrio de lo rural dentro del escenario de desarrollo de la sociedad, un avance en la visión de lo rural, cuyos roles se han ido transformando y cuyo tratamiento exige una mirada fresca hacia lo que hemos estado denominado como lo rural (*Ibid.* 2001).

1.1. La trashumancia como práctica rural

En ese contexto, la trashumancia ganadera constituye una práctica inserta plenamente en las dinámicas de lo rural. Es parte de la cultura y organización del campesino chapaco del Valle Central de Tarija, como una actividad típicamente campesina, que el habitante urbano suele ver con cierta curiosidad llegando a definirla como una práctica irracional, no concordante con los postulados *modernos* del desarrollo científico propulsado por los agentes sociales imbuidos de la ideología que favorece la concepción de lo tradicional igual a atraso, y lo técnico igual a moderno.

El conocimiento *empírico* del campesino para criar su ganado es deslegitimizado en los diagnósticos de desarrollo en la región. Si el campesino no utiliza una "tecnología científica" entonces no está en la modernidad. Un supuesto, arraigado en el imaginario de los técnicos del desarrollo, por ejemplo, es que la causa de la erosión se encuentra en la "irracionalidad en el manejo" de los rebaños familiares, *por el uso abusivo de los recursos naturales por parte del campesino y de sus animales* (Beck, 2001: 228).

Invariablemente, los técnicos del desarrollo vinculados a las instituciones urbanas en Tarija visualizan al campesino y su conocimiento tradicional de producción agropecuaria como un elemento de atraso que "debe ser" superado por una nueva validación de ciudadanía: la inserción en los circuitos de mercado que permita contabilizar los intercambios económicos que pasan por los circuitos de recaudación del Estado nacional.

Como es un actor caracterizado por desarrollar una dinámica de gran autosuficiencia, es decir de autoconsumo de su producción y, por tanto, *poco articulado al mercado,* es considerado como *atrasado*, y todas las prácticas vinculadas a la cultura económica y productiva del mismo son catalogadas sistemáticamente como pertenecientes a esa *edad del oscurantismo* en que supuestamente vive el chapaco.

El discurso del desarrollo, monopolizado desde los actores "urbanos", es heredero de esa conceptualización que polariza lo urbano y lo rural como emblemáticos de lo atrasado y lo moderno, y que incluso es un discurso apropiado por los propios campesinos quienes también consideran que *el modelo exitoso* de vida es uno similar a aquel practicado por los que aparentemente han triunfado en la vida, es decir los *urbanos.*

Los diagnósticos del sector ganadero del Valle Central, no asignan ningún valor al conocimiento local sobre crianza de ganado, mucho menos reconocen la complejidad de los arreglos institucionales vigentes para el control en el acceso a los recursos de pastoreo, recomendando que el accionar del desarrollo debe "civilizar ese mundo salvaje" en el que todavía vive el campesino. Incluso, en el caso de los diagnósticos para áreas protegidas, se visualiza la actividad de la ganadería trashumante, y del mundo rural en general, como una "amenaza" contra los fines de conservación, sin evaluar el potencial que también encierra como institucionalidad compleja para la gestión de los recursos naturales (PROMETA, 2000; Beck, 2001).

1.2. Las restricciones en la comunidad

En ningún plan de desarrollo se toma en cuenta que la actividad de la trashumancia ganadera entre el Valle Central y la zona del monte, en el circuito Tolomosa-Lacajes, es una opción considerada por todos los campesinos para la optimización de su estrategia productiva. Las condiciones ecológicas que imponen una estacionalidad en la producción de biomasa de las praderas naturales en el valle central, obligan a realizar un manejo que contemple la adecuación cíclica a diferentes ofertas alimenticias en los terrenos de pastoreo.

El manejo del riesgo ambiental es encarado, entre otras actividades, a través de la práctica de la trashumancia ganadera. Sin embargo, no todas las familias campesinas la realizan, especialmente en su versión de "trashumancia larga", es decir el pastoreo rotativo entre puestos ubicados en los campos de pastoreo del Valle Central y de la selva de montaña, lo que nos obliga a evaluar la validez de esa práctica.

En la comunidad de Churquis, del cantón Tolomosa, del total de las familias (alrededor de 180), sólo unas 25 llevan su ganado al monte. El resto mantiene al ganado en la comunidad o resulta que ya no lo poseen como el caso de los inmigrantes que se han establecido en Argentina y sólo retornan con fines sociales cada fin de año. Lo mismo ocurre en la comunidad de Morros Blancos, donde del total de familias campesinas que conviven con familias de la urbanización, sólo unas cinco llevan su ganado al monte. En Jarcas, un sector de la comunidad de Carlaso, sólo una familia de las 11 deja de llevar sus animales al monte, mientras que en Alto Potreros, todas las familias, 18 en total, deben trasladar su ganado al monte.

El traslado al monte permite sortear el déficit alimentario que se presenta en el Valle Central durante el invierno, pero esa actividad requiere ciertas condiciones que incentiven al campesino a seguir haciéndola.

En Tolomosa se menciona frecuentemente la inseguridad del monte, propicia para el robo del ganado. Al estar deshabitada la zona, el monitoreo del ganado se realiza mediante las visitas que hacen los dueños cada cierto tiempo, mientras los vacunos permanecen allí. Si bien es cierto que "siempre está alguien por la zona", la intensidad en el cuidado se aplica sobre los animales del hato de "esa persona", siendo su labor extra "ver de pasada" los animales de los puestos vecinos. Eso permite la ocurrencia de los robos de animales, que siempre serán los de mejores características.

Por otro lado, el lapso entre los viajes de visita, no permite tomar medidas oportunas en caso de accidentes o enfermedades de los animales, lo que también aporta a

la pérdida en el hato. Los "enraizamientos" y despeñamientos son accidentes frecuentes y, en los últimos años, la presencia de una enfermedad propia de la zona del monte, la orina de sangre (*Hematuria enzótica*), ha afectado a gran cantidad de animales. Al no haber una cura definitiva, es considerado un mal mortal.

Esas circunstancias determinan la estrategia campesina en el manejo del riesgo. Es decir, si bien el traslado de los animales al monte responde a una estrategia de riesgo ambiental, no trasladarlos también responde a una estrategia de manejo del riesgo para evitar el robo, los accidentes y las enfermedades de esa zona.

Cuando se decide por el traslado del ganado, el acceso a factores productivos como tierra y mano de obra es una condición fundamental. Para poder realizar la trashumancia, primero, hay que poder acceder a los puestos de pastoreo ubicados en el valle y en el monte, e incluso en el cerro de la comunidad. Muchas familias no cuentan con ese acceso; aunque consideren que la trashumancia es una actividad beneficiosa, esta limitante obliga o buscar otras estrategias de manejo del riesgo ambiental.

En algunos casos, el sólo acceso a la tierra no es suficiente, ya que las características de la actividad exige el concurso de una cantidad de personas en momentos como el traslado del hato entre los puestos de pastoreo. Usualmente la mano de obra es provista por la propia familia nuclear, aunque en otros casos se suele contratar peones pero con la participación directa del responsable de la casa. Las familias en fase de descomposición, ya sea por la edad o por emigración de sus miembros jóvenes, son las que más presentan esa dificultad.

En tiempos pasados, el trabajo colectivo era un rasgo común en el campo. Era costumbre, por ejemplo, realizar los viajes al monte en grupos de "amigos" que se repartían las labores para cubrir el trabajo en todos los puestos de los participantes. En la actualidad, esa institucionalidad ya no es tan funcional, lo que probablemente afecta más drásticamente a las familias que por su propia naturaleza tienen dificultades de acceso a la mano de obra.

En el caso de Morros Blancos muchas familias ya no practican la trashumancia por la reconversión de sus terrenos de pastoreo en áreas urbanas. Ese viraje exige mayor tiempo destinado a cuidar los animales para evitar conflictos con los nuevos vecinos del "barrio" por invasión de áreas verdes y jardines privados. Por otro lado, la invasión de la ciudad abre oportunidades económicas diferentes para las familias, las que van cambiando sus rubros de actividades.

En el caso de Jarcas y Alto Potreros, la inmigración es una condicionante obligatoria para la crianza de ganado vacuno, ya que las condiciones ambientales son tan extremas en el invierno que no permiten mantener animales todos el año en la comunidad, pues la capacidad de carga de las praderas baja a niveles que sólo pueden soportar a los animales pequeños. En el caso de Alto Potreros, el factor limitante es el frío, donde a pesar de la abundante presencia de pasto, las ocasionales nevadas pueden ser fatales para el ganado.

2. Las "trancas" a la trashumancia

El impulso del desarrollo en el área del territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes, ha estado tradicionalmente liderado por los actores vinculados al ámbito urbano, en una especie de reflejo de la ideología que promociona la modernidad y que fue recuperada en su versión reduccionista de equiparar lo urbano con lo moderno, y lo rural como sinónimo de atraso. Así, se impuso la concepción de que lo *legítimo* es que los actores que surgen del ámbito urbano conduzcan el avance del desarrollo.

De esa manera, las prácticas rurales que generan la economía del sector campesino han sido sistemáticamente ubicadas en el sitial de *lo que debe ser superado*, y debe ser reemplazado por el nuevo conocimiento que genera la ciencia y la técnica. Esa ideología ha ejercido un dominio hegemónico en los discursos del desarrollo que han direccionado las acciones que llevarían a la región, en este caso el área rural del Valle Central de Tarija, hacia la modernidad. Una modernidad entendida como la transformación del campesino en ciudadano plenamente articulado al mercado de intercambio de bienes y servicios que genera ingresos al Estado nacional.

La concepción del sector rural subordinado a la vanguardia económica que debería generar la dinámica de lo urbano ha provocado efectos en la forma como se encaran las políticas del desarrollo rural. En vez de comprender y potencializar las lógicas y mecanismos que ha desarrollado la sociedad rural, las ignora e incluso las descalifica sin evaluar su verdadero potencial para producir desarrollo (Pérez, 2001).

La práctica de la ganadería de trashumancia del eje Tolomosa-Lacajes encuentra así, en esa ideología, una barrera constante que se traduce en varias acciones que minan y dificultan la continuidad de la trashumancia en el tiempo y en el espacio, en una especie de avasallamiento desde la perspectiva urbana.

La trashumancia ganadera —por el sólo hecho de ser una práctica campesina— es descalificada por las instituciones de desarrollo, las que sin evaluar sus verdaderos

alcances la colocan en la lista de los *problemas, amenazas, y debilidades* del contexto para el desarrollo. Esas barreras o "trancas", como expresan los campesinos, tienen diversas manifestaciones:

- la descalificación de la unidad territorial colectiva que genera la trashumancia entre la zona de Tolomosa y la zona de Lacajes, que no es considerada con fines de planificación del desarrollo en la norma de planificación;
- el avance del espacio urbano, con el crecimiento de la ciudad de Tarija, no considera el impacto del cambio del uso de suelo sobre la función que cumple en esa actividad productiva;
- las obras de desarrollo, como la represa de San Jacinto, no consideran el potenciamiento de esa lógica productiva, sino que están pensadas para favorecer las formas de producción *empresarial* bajo una lógica de *intensificación* de la producción;
- la estructuración del territorio de trashumancia en un área poblada y otra despoblada es visualizada por los actores urbanos como un área *usada* y otra *baldía*, y en el imaginario de las instituciones de desarrollo se pretende darle ese tratamiento, como el caso de la concesión forestal a la empresa SAMS o el intento de implementar un Plan de Manejo Comunal en la zona de Vallecito Marqués;
- finalmente, los caminos usados para el traslado de las vacas entre los puestos es el caso más patético, ya que sobre los mismos se han construido caminos carreteros, los que nunca han considerado la función que todavía siguen cumpliendo para el traslado de los animales.

2.1. La planificación municipal

El territorio de trashumancia que genera la actividad ganadera de los campesinos articulado en torno al eje Tolomosa-Lacajes asume una forma particular, cruzando la parte media del Valle Central de Tarija y uniendo esa ruta con las estribaciones del subandino ubicadas en las cuencas de río Lacajes, río Nogal y cabeceras del río Pajonal.

Ese territorio abarca la parte sur del territorio municipal de Cercado e incursiona en una porción del municipio de Entre Ríos en su parte occidental, cubriendo en su conjunto partes de los dos municipios. Además, la estructura de ocupación de ese territorio está definida por un área de residencia y un área de pastoreo en el monte,

donde no hay viviendas permanentes, a excepción de algunas familias de cuidadores y una pequeña comunidad en Vallecito Marqués.

Por otro lado, la planificación participativa del municipio instaurada a partir de la Ley de Participación Popular, en 1994, operativiza una planificación territorial que en teoría debe ir recogiendo las demandas y necesidades a partir de la planificación participativa comunal. Sin embargo, la concepción de comunidad que recupera esa norma es la de una unidad territorial continua, pequeña y homogénea en su composición interna, recuperando la tradición colonial de organizar el espacio a la usanza europea (Ávila, 2000; Klein, 1995), sin considerar —nuevamente— mecanismos de articulación territorial como los que utiliza la ganadería de trashumancia.

Esa manera de planificar el territorio provoca la desarticulación entre la visión estratégica de gestión del desarrollo del municipio, en este caso de Cercado y de Entre Ríos, y la visión estratégica de desarrollo del grupo de usuarios que componen la estructura institucional del territorio, que inicialmente no coinciden con la perspectiva espacial de la gestión territorial colectiva, pues se trata de dos unidades territoriales superpuestas parcialmente y cuya lógica de estructuración es diferente.

Como la práctica de trashumancia es realizada por una parte de la población de cada comunidad, que en el caso del sector de Tolomosa es una proporción menor con relación a los que no la realizan, entonces los espacios territoriales articulados a partir de los sistemas productivos familiares no son considerados como parte del territorio "comunal", por lo tanto no sujetos a la planificación "comunal". Adicionalmente, aunque la gran mayoría de las familias de una comunidad practique la trashumancia, como es el caso de las comunidades del sector de Carlaso y San Agustín, éstas no acceden a espacios de pastoreo en el monte de manera conjunta, sino que cada familia ubica un puesto de pastoreo de acuerdo a sus redes y contactos; una *comunidad campesina* no tiene su espacio *comunal* en el monte, sino que las *familias* de una comunidad tienen sus espacios *individuales* dispersos en el monte, los que a su vez forman espacios colectivos de pastoreo condicionados por la interdependencia que genera la interconectividad del paisaje con otros campesinos provenientes de varias comunidades del gran territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes. Esas dos situaciones contribuyen a formar un imaginario en la planificación participativa donde se concibe a la comunidad circunscrita sólo al territorio administrativo, sin incorporar los puestos familiares de pastoreo a su estructura espacial.

En conjunto, los puestos de pastoreo constituyen un espacio territorial muy amplio, proporcionalmente similar al espacio que ocupan las comunidades en el Valle Central de Tarija, lo cual da una idea de la magnitud de su importancia en cuanto a la cobertura de ecosistemas manejados por una figura institucional tradicional campesina.

Mediante la práctica de la trashumancia se establecen núcleos territoriales continuos con un cierto grado de interacción e interdependencia entre sus habitantes, no sólo en términos productivos, sino también de acceso a servicios que están conectados a pequeños espacios productivos de manera discontinua, ubicados a gran distancia del núcleo territorial de la comunidad.

Un elemento de complejización es la particularidad de que los puestos de pastoreo del monte y parte de los pastizales de neblina, están deshabitados, es decir, no se encuentran viviendas de residencia permanente, como en el caso de las comunidades del Valle Central. Desde la perspectiva de la planificación municipal, esas áreas son vistas como *áreas baldías, desarticuladas* del resto del territorio municipal.

Aunque para el caso del municipio de Entre Ríos, esa zona evidentemente tenga un alto nivel de desarticulación, ya que los flujos están articulados hacia la zona del Valle Central en el municipio de Cercado, bajo ninguna circunstancia puede ser considerada baldía, abandonada o sin uso, porque la práctica de la trashumancia ganadera ha logrado establecer un arreglo institucional que genera un dominio sobre estos recursos a favor de los campesinos que acceden a esa institucionalidad productiva.

La inversión municipal no puede llegar entonces a este sector del territorio de trashumancia, porque la población podría suponer que esa inversión está en el municipio de Cercado, siendo que la jurisdicción territorial de Cercado apenas si abarca a una porción del sector "deshabitado" del monte. Como el resto del territorio está bajo jurisdicción territorial del municipio de Entre Ríos, y para ellos este lugar no merece una inversión puesto que sus beneficiarios, los campesinos "tarijeños", no están articulados al mecanismo de elección de los representantes de ese municipio, no son votantes con los que hay que negociar demandas, son simplemente "ajenos" a la dinámica municipal de Entre Ríos.

¿Cómo encarar entonces la inversión para fortalecer el "municipio productivo" rescatando la lógica de estructuración territorial que se genera mediante la ganadería de trashumancia en su eje Tolomosa-Lacajes? La norma actual presenta algunas posibilidades que rescatan la visión de las "unidades territoriales continuas" mediante las

posibilidades de distritación y mancomunidad territorial, pero su aporte ya no es tan claro a la hora de resolver la planificación de unidades territoriales de gestión colectiva cuyos usuarios pertenecen a diferentes comunidades, como el caso de los puestos de pastoreo en el monte y en los pastizales de neblina, cuya incorporación en la gestión municipal es importante por su rol en la gestión ambiental y productiva del municipio.

Evidentemente, la planificación en este tipo de unidades territoriales correspondientes a actividades económicas colectivas de una parte importante de la población del municipio, requiere un desarrollo metodológico que permita recuperar sus dinámicas e incorporarlas a la norma de planificación participativa del municipio, lo que posibilitaría operativizar la inversión municipal que favorezca esa actividad, asumiendo que se trata de una actividad válida para proyectarla en el futuro y en la modernidad de la región.

2.2. Crecimiento urbano y trashumancia

El crecimiento que ha experimentado la ciudad de Tarija en las últimas cuatro décadas, pasando de una población de 30.000 a más de 140.000 habitantes (Calzavarini, 2000), ha impuesto una dinámica de expansión espacial de la mancha urbana que ha avanzado hacia las áreas aledañas de la ciudad mediante el establecimiento de muchos barrios nuevos formados por procesos del propio crecimiento de la población local, pero sobretodo por el establecimiento de población inmigrante tanto del área rural del departamento como del interior del país.

Esto ha afectado el cambio del uso del suelo en los sectores aledaños a la ciudad, ya sea transformando las áreas agrícolas en áreas urbanas, o incentivando la reorientación de la estrategia productiva del campesino hacia actividades de mayor intensificación, como la lechería o producción de hortalizas para abastecer el mercado, o el establecimiento de pequeñas industrias agropecuarias como la crianza de pollos a escala comercial, como el caso de las comunidades ubicadas en el margen derecho del río Guadalquivir, justo enfrente de la ciudad de Tarija.

En todo caso, el efecto principal de este fenómeno es que esos espacios presentan una disminución de su antiguo rol de espacios articulados a la estrategia productiva que incorpora la trashumancia ganadera, excluyéndolos así del gran territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes.

El cambio en el uso del suelo es una condición inevitable, y aunque muchas veces se ha argumentado que el crecimiento debería hacerse hacia áreas cuya aptitud agrícola sea mínima o nula, la débil estructura institucional del municipio no permite implementar ese tipo de políticas. Son más bien las fuerzas del mercado las que se imponen y favorecen una dinámica de desestructuración de las unidades productivas campesinas a favor del establecimiento de espacios urbanizados.

La comunidad de Morros Blancos es un ejemplo del avance urbano sobre espacios de trashumancia, sobre el cual los campesinos no tienen control. El gobierno municipal directamente asigna esos lugares bajo la categoría urbana, asimilándolos a los regímenes impositivos del catastro urbano, con lo que se desincentiva la continuidad del espacio productivo agropecuario. Junto a la posibilidad económica de vender lotes, indefectiblemente el campesino se somete al avance de la ciudad.

Sin embargo, el mismo crecimiento urbano representa una amenaza para la articulación de un amplio sector del territorio ubicado en la cuenca del río Tolomosa, cuyas comunidades deben cruzar necesariamente por un camino ubicado a la altura de San Luis para poder pasar hacia la ruta que los conduce hacia los puestos del monte y de retorno.

La urbanización del espacio que avanza por la zona sur de la ciudad, por el sector de San Luis, pasa justamente por el camino que vincula las comunidades del área de Tolomosa, el que a su vez no puede desplazarse más hacia el sur porque allí se ubica un angosto que imposibilita al ganado vacuno el cruce del río Guadalquivir.

Todo el tramo del camino entre el actual cruce del río Guadalquivir y el puesto de control en la carretera que vincula el Chaco con Tarija, denominado como El Portillo, está en pleno proceso de loteamiento, y muchos dueños ya han empezado a cerrar estos lotes con paredes de ladrillo que en algunos lugares dejan espacios angostos para el paso de los animales.

Sin duda, el conflicto latente ante esta situación es mucho más complejo que sólo el cambio en el uso del suelo o el cambio de estrategia productiva, sino que implica la desarticulación de un espacio territorial del circuito de trashumancia, cuyo rol económico es sumamente importante para una gran cantidad de familias campesinas de la zona de Tolomosa.

2.3. Proyectos de desarrollo

Las mayores oportunidades de inversión "pública" en el área rural del Valle Central de Tarija, en el sector de lo que hoy configura el territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes, han estado bajo la direccionalidad de las agencias estatales de desarrollo, manejadas desde la perspectiva de la ideología que define lo urbano.

La construcción de la represa de San Jacinto y los caminos carreteros, son dos ejemplos de obras de desarrollo con impactos sobre el mundo rural. La represa de San Jacinto, ubicada en el sector de la comunidad de San Jacinto, que con el lago que genera se extiende hacia otras comunidades como Tolomosita, Tolomosita Este y Tablada, es uno de los proyectos de desarrollo más grandes encarados en el Valle Central de Tarija.

Con esa obra se pretende enfrentar la problemática de riego para ampliar la frontera agrícola en su área de influencia; generar energía eléctrica para satisfacer la creciente demanda de Tarija; generar un centro de actividad turística; y más recientemente, abastecer al sistema de agua potable de la ciudad de Tarija. En suma, una inversión muy fuerte que debería ayudar al "desarrollo" regional.

Aunque no existe un estudio sobre los impactos de la represa, es posible identificar algunas de sus características negativas. Primero, se ejerce una agresión hacia la identidad regional de las comunidades campesinas, que a título gratuito de estar ubicadas en el área de influencia del espejo de agua de la represa, han pasado a ser denominadas genéricamente como "San Jacinto" por parte del imaginario urbano. Segundo, el efecto evidente sobre las comunidades ubicadas a su alrededor, que de distintas maneras se ven obligadas a adoptar otras estrategias económicas desde lo más dramático hasta lo más suave. Se puede observar la transformación de comunidades tradicionalmente agrícolas en comunidades ahora basadas en la pesca y turismo del lago; o en las familias que comienzan a encontrar ciertas ventajas económicas al vender servicios a los numerosos "turistas" que vienen a pasear en sus alrededores. La inminente urbanización de la zona del lago es un efecto que aún no presenta grandes impactos, pero que en un futuro próximo afectará el territorio con el cambio del uso del suelo y la obstaculización del traslado del ganado trashumante.

Ese punto es el más importante en lo que respecta a la ganadería de trashumancia, ya que la represa en la actualidad significa una readecuación de los caminos para el traslado de los animales de los campesinos del área de Tolomosa. En el lugar de la construcción de la represa, el paso es tan estrecho que no deja de significar un potencial

riesgo. Evidentemente, los diseñadores de la represa nunca consideraron las características del mundo rural, un mundo al que supuestamente la represa ayudaría a superar, a cambiar, pero que la realidad muestra que eso está muy lejos de suceder. ¿Cómo ayudaría si el proyecto no considera la construcción de caminos alternativos para el ganado?

En general, este tipo de proyectos no están pensados necesariamente para el fortalecimiento del mundo rural, sino que están dirigido al mundo urbano, a la transformación del área rural en un área "productiva", más empresarial.

Un ejemplo patético es la infraestructura de riego, cuya complejidad técnica no permite su manejo y administración por las organizaciones campesinas, como ocurre en muchísimos emprendimientos de esta envergadura en todo el mundo. Otro ejemplo es la infraestructura de "turismo": en el sector del embalse, a 150 metros de distancia de ambos extremos de la presa, se puede observar la construcción de un restaurante —administrado por un concesionario privado, un "empresario urbano"— cuya actividad es casi nula; al otro lado de la presa, en cambio, los puestos precarios de venta de comida construidos con el propio esfuerzo de los campesinos desplazados por la represa, presentan una actividad "turística" muy agitada; paradójicamente, estos puestos de venta de comida no reciben ningún tipo de apoyo de la institución que administra la represa, a pesar de que cumplen uno de los objetivos para lo que fue creada.

Este es un ejemplo de cómo los proyectos de desarrollo, en general, son diseñados no en función del fortalecimiento de las características del mundo rural, sino en función de cambiar esas características, asumiendo de principio que el mundo tradicional es un mundo ligado al pasado, a lo atrasado. La trashumancia ganadera, como componente del mundo rural, debe entonces sortear además de los riesgos naturales, los riesgos del desarrollo que le plantean este tipo de barreras a nombre del desarrollo regional.

2.4. La concepción del territorio

El fenómeno de estructuración del territorio en dos zonas claramente diferenciadas, una de residencia de las comunidades campesinas y otra solamente de pastoreo, ha contribuido a que se vea la zona del monte, desde la perspectiva del mundo urbano, como un territorio abandonado, sin usuarios que le den un sentido económico.

Fruto de esta visualización, se presenta una concesión forestal que otorga el Estado boliviano en la década de los 80 a una empresa privada de Tarija en la zona de los

puestos de pastoreo del territorio Tolomosa-Lacajes, que incluso abarca hasta la zona de pastoreo de otro eje de trashumancia adyacente, bajo el argumento de que es "tierra fiscal y deshabitada" (Contacto, 2001). Por lo tanto, esa zona es susceptible de ser otorgada a un "empresario emprendedor" que le dará uso para aportar a la economía regional, de la misma manera que se procedió en la Colonia cuando se arrebataba a las comunidades indígenas tierras en descanso productivo.

Desde la perspectiva de la empresa, el territorio, en la parte de los puestos de pastoreo de invierno, no tiene una función económica si es que no está bajo su modo de producción. Nada más lejos de la realidad. El uso de esas tierras se remonta a la colonización de este territorio por los españoles, donde precisamente fue el ganado el que permitió la consolidación del control sobre las mismas. Desde entonces no ha habido un periodo en que dejen de ser usadas para estos fines, lo que con el paso del tiempo permitió consolidar un complejo institucional que ha asegurado el control sobre el territorio por parte de los campesinos del Valle Central, como lo demuestra el hecho de que no se haya presentado la incursión de otros colonos o empresas madereras.

La Asociación de Ganaderos del Valle Central surge precisamente para lograr la titulación colectiva de ese territorio, después de la Reforma Agraria, en vista de que la precariedad de su tenencia hace vulnerable el ejercicio de sus derechos. En todo caso, es un territorio donde la posesión ha sido históricamente efectiva por la actividad de la ganadería trashumante, que además siempre estuvo a cargo de los campesinos pequeños, incluso bajo el régimen de la hacienda.

Un producto importante de esa actividad, aunque no su principal objetivo, es sin duda el efecto benéfico sobre la conservación de la biodiversidad en el territorio bajo control de la institución de la trashumancia ganadera del eje Tolomosa-Lacajes. Como uno de los roles de los puestos del monte es la protección de los animales contra el frío invernal, entonces los puestos deben mantenerse en pie para que el animal se pueda resguardar. Sumado a ello, la inaccesibilidad y lo abrupto del terreno en ese sector han contribuido a que la población humana no se asiente allí, con lo que se ha evitado gran parte de la presión antrópica sobre el ecosistema, aunque sí se presenta una presión sobre grandes mamíferos y el pastoreo selectivo.

En términos generales, el área presenta aceptables niveles de conservación, incluso tal vez de mejor calidad de lo que se piensa, aunque se requieren mediciones más precisas para probarlo. Lo que se puede decir es que el impacto del ganado sobre el

ecosistema probablemente ya tuvo el suficiente tiempo —más de 300 años— como para encontrar un nuevo equilibrio, manteniendo los servicios ambientales que brinda el ecosistema.

Podemos afirmar, sin margen de equivocación, que la institución de la trashumancia ganadera del eje Tolomosa-Lacajes ha demostrado ser más eficiente que cualquier otra institución de conservación de biodiversidad de la región, tanto en términos de tiempo, económicos, como de vinculación entre desarrollo económico y conservación de biodiversidad.

2.5. Los viejos caminos de las vacas

Las rutas de la trashumancia se constituyen en los ejes articuladores del territorio colectivo, y son los espacios donde se construye la interacción entre los ganaderos. Esas rutas han sido establecidas en muchos casos en función a antiguos caminos, algunas incluso de épocas preincaicas que se complementaron en el incario y luego con la presencia de la actividad ganadera contemporánea (Methfessel, 2001).

La doble función de algunos de los caminos para el traslado de las vacas y para comunicar las localidades, especialmente aquellos ubicados al interior del Valle Central, han ocasionado que en algunos casos estos se vayan mejorando en función de facilitar el transporte automotor, aunque se lo hizo sin considerar que los caminos también sirven para el traslado de los animales.

Un tramo particularmente emblemático del conflicto es el camino que une la ciudad de Tarija con la ciudad de Entre Ríos. Durante la Guerra del Chaco fue habilitado para el tráfico vehicular, superpuesto en muchos tramos con el antiguo camino de herradura que se usaba para el transporte del ganado desde los puestos del Valle Central hacia los puestos ubicados en San Diego, Sivingal y Castellón.

Después, ese camino fue construido nuevamente sin considerar la doble función que históricamente había cumplido, y su diseño no contempla algún tipo de facilidad para que el ganado pueda también seguir utilizándolo. Esa actitud ha generado un conflicto importante para los ganaderos y —por qué no decirlo— para los eventuales transportistas o usuarios del camino que se cruzan con los hatos ganaderos en época del traslado del ganado.

El problema se traduce en el tráfico vehicular y en el daño causado al asfalto en su primer tramo. Al ser esta ruta de mucho tránsito y donde los conductores alcanzan

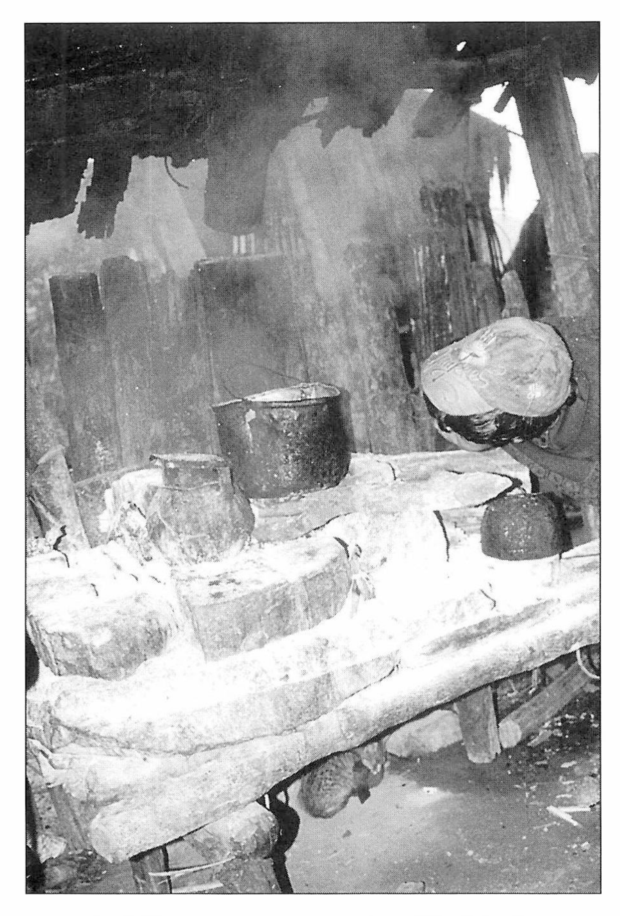
una velocidad considerable, la presencia de los animales en el camino —desde el punto de vista del conductor— entraña mucho peligro y perjuicio, razón por la cual los conductores, al observar la presencia de vacas en el asfalto, tocan bocina para que se retiren.

En contrasentido, los campesinos que realizan la actividad miran a los conductores como personas que no tienen ninguna consideración con ellos, pues ocasionan que las vacas se espanten por el ruido de la bocina, dispersando el hato. En ocasiones hay que buscar los animales perdidos por varios días o incluso se pierde alguna res. También sucede que los automóviles llegan a atropellar al ganado, lo cual significa pérdida no poco frecuente para los ganaderos. Pedro Meriles, campesino ganadero de Churquis, comentaba que *los chóferes no respetan esta actividad que es muy jodida*, y muchas veces los campesinos, enfurecidos por los hechos producidos en contra de su ganado, incitan a los transportistas a pelear, profundizando el conflicto.

Otro problema importante se advierte durante el traslado de los animales por la carretera asfaltada que llega hasta la comunidad de Santa Ana, el cual debe ser utilizado por las familias campesinas del sector de Tolomosa para el traslado de su hato. Esa carretera, antiguo camino de vacas en la mayor parte de su trazo, ahora no cuenta con algún tipo de facilidad para el traslado de los hatos, por lo que los animales deben andar sobre el asfalto obligatoriamente.

El asfalto presenta el problema de que absorbe rápidamente el calor solar, lo que juntamente con la dureza del mismo, afecta negativamente sobre la condición de los animales. Después de caminar por un trecho, se lastiman las pezuñas y, en el caso de los animales pequeños, suele ser un daño mayor obstaculizando el ritmo del traslado, cuando justamente el paso debe ser acelerado debido a la falta de comida y agua para los animales en esa parte del tramo.

Con todo, los esfuerzos de mejoramiento de los caminos por parte de la inversión pública están enfocados a favorecer únicamente el transporte vehicular más eficiente desde la ciudad de Tarija hacia localidades más distantes, incluso más allá de la frontera nacional, por lo que no se consideran los efectos negativos que esta visión de desarrollo puede provocar sobre las actividades económicas locales vinculadas a las economías de pequeña escala de la población rural de Tarija.



La familia campesina chapaca basa su estrategia de vida
en una organización social colectiva vinculada
a un sistema productivo de control familiar.

CAPÍTULO TRES

El debate sobre la modernidad

1. El desarrollo en el imaginario chapaco

El debate sobre las posibilidades de la modernidad en el ámbito rural campesino, en especial el referido a la trashumancia ganadera Tolomosa-Lacajes, presenta la imposición de la visión *urbana* sobre el desarrollo. Sin embargo, ello no agota los argumentos bajo los cuales se pueden revalorizar las estrategias, tecnologías e instituciones locales que sirven para que la sociedad campesina chapaca lleve adelante su forma de vida. La articulación en torno al eje en cuestión puede proyectar su destino sin sacrificar su identidad tradicional.

La modernidad es una concepción que alude a la imposición de la razón en el ordenamiento de la sociedad, en desmedro de la trascendencia o lo divinamente impuesto como un ordenador social (Touraine, 1998;Urbano, 1991). Hasta donde sabemos, todo ser humano es depositario de una razón que le permite articularse a su entorno de manera crítica (Ostrom, 1990), de ahí que la modernidad no es una cuestión de acceso a *tecnología moderna* o *a tecnología tradicional, (...) la modernidad no es un problema de tractores, de llantas o de petróleo; es un problema de discurso racional. Con tractor o sin él, con chakitaklla o con escoba, con ojotas o descalzos pueden los hombres de Los Andes ser modernos o antimodernos, en el sentido estricto de esta palabra* (Urbano, 1991).

En ese sentido, el campesino chapaco —lo afirmamos— no es antimoderno por practicar una estrategia productiva que incluye la trashumancia, cuya racionalidad pensamos haber argumentado en tanto respuesta de adaptación a condiciones del entorno, siempre variable en sus diferentes dimensiones, y cuya adaptación no sería posible

sin una actitud de constante evaluación de su comportamiento y en base a decisiones más adecuadas de un gran conjunto de posibles alternativas. El campesino chapaco, en tanto ser humano, es un individuo racional.

Un elemento importante en el análisis, es sin duda el discurso que se ha manejado en el mundo del *desarrollo* que ha afectado los procesos del campo en el eje de trashumancia Tolomosa-Lacajes, donde la ideología de lo moderno se ha simplificado a tal extremo que se ha confundido la forma de vida tradicional campesina con el atraso, y a partir de esa falsa concepción, se le ha echado la culpa de todos los descalabros ambientales y económicos de la región.

Más grave aún: ese discurso ha sido tan manoseado que se ha hecho parte de todos los actores, urbanos y rurales, quienes subvaloran la práctica de la trashumancia ganadera descalificándola de un proyecto válido de modernidad en la región.

El triunfo de la Revolución del 52, protagonizado por los campesinos chapacos en este sector, muestra una paradoja de la lucha entre lo urbano y lo rural, en la cual lo rural portaba una visión más clara de modernización que lo urbano, visión que finalmente fue subordinada a la visión urbana que buscó mantener las viejas estructuras agrarias, de *reforma* en vez de *revolución* agraria (Ugalde, 2001).

El campesino chapaco incorpora en su "imaginario de lo moderno" la posibilidad de la emigración al norte argentino o el traslado a la ciudad de Tarija (Hinojosa, 2001), motivado por las condiciones de crisis del área rural que no ofrecen mayores perspectivas de vida a las nuevas generaciones. Sólo una parte de esa población joven tiene la posibilidad de seguir desarrollando una estrategia de vida basada en las instituciones campesinas de producción tradicionalmente establecidas, mientras que el resto sale a buscar "mejor vida" en el pueblo o en Argentina, y el éxito alcanzado por un segmento de inmigrantes contribuye a formar el imaginario de modernidad refrendado por el acceso a esos lugares.

Los estudios de caso individuales en Churquis, ayudaron a evidenciar el juego de esa subjetividad, ya que en los tres casos los ganaderos eran "miembros de la familia que se quedaron en la comunidad"; los demás miembros eran hermanos o hijos, y estaban viviendo en Argentina o en Tarija. Eso responde también a una estrategia de eficientizar la sostenibilidad de la unidad productiva, ya que el hecho de que se queden todos los descendientes en la comunidad implica una excesiva parcelación de la propiedad familiar que finalmente resulta en la no rentabilidad de la actividad rural.

La práctica de la trashumancia ganadera es considerada por los campesinos como una *vida dura, sacrificada*, pero al mismo tiempo es una oportunidad de retorno a la *aventura* del monte, como un retorno a la vida salvaje por unos días. No se percibe una pesadumbre en los campesinos que se preparan briosos para ir al monte armando las cargas y juntando el ganado, o en aquellos que se cruzan en el camino yendo a sus puestos a ver cómo andan los animales. Más bien, es una ocasión envuelta por cierto prestigio por lo exclusivo y misterioso, reservada para los hombres lo suficientemente grandes como para poder hacer esa labor, y hasta cierta medida, su realización es parte de los rituales de legitimación de los jóvenes en el mundo adulto de la comunidad.

2. La revaloración del espacio rural

La aplicación de modelos de crecimiento cuyo énfasis ha sido la industrialización y urbanización de las sociedades, ha provocado una crisis en el denominado mundo rural, al que no se le supo dotar de instrumentos adecuados de desarrollo, dando como resultado crisis en la producción y orientación, crisis de población y poblamiento, crisis en las formas de gestión tradicionales, crisis en el manejo de recursos naturales; y crisis de las formas tradicionales de articulación social (Pérez, 2001).

El mundo rural está así asumiendo nuevas características, lo que obliga a revisar las categorías de análisis usadas hasta ahora para definir ese espacio. La concepción del desarrollo está siendo cada vez más desafiada a incorporar dimensiones como la equidad o la sostenibilidad ambiental, en la que el tratamiento de la pobreza implica no sólo reducirse a indicadores economicistas de empleo, producción e ingresos, sino que se hace imperioso relativizar los viejos conceptos para encarar los nuevos retos que significa el mundo actual, cuyo avance a la modernidad le cuesta tanto.

Lo que antes se aceptaba como definitivo resulta que ahora ya no lo es. El crecimiento económico que no garantiza una adecuada distribución de los beneficios del desarrollo entre toda la población ya no es considerado como un modelo aceptable, mucho menos si no garantiza que el entorno ambiental siga produciendo sus servicios ambientales en una perspectiva de largo plazo. Esto obliga a pensar en los nuevos roles y funciones que deben cumplir los diferentes sectores y actores del sistema para readecuarlo hacia esas aspiraciones de la sociedad.

Lo rural parece estar ligado a funciones antes consideradas como secundarias, que aunque siempre las ha tenido, socialmente son ahora revalorizadas ante los problemas

que el modelo empieza a mostrar. Estas funciones parecen estar ligadas a la gestión de los servicios ambientales de una manera operativa y más directa, función evidenciada ante la degradación ambiental de grandes magnitudes que se tiene en nuestros días a nivel mundial (*Ibid.:* 2001).

De pronto, lo rural cobra inusitada importancia para enfrentar la problemática ambiental y social, pero en lo rural —con su población y su cultura—, no es posible seguir impulsando estrategias de conservación de biodiversidad donde se considera la complejidad institucional del habitante rural como una ¡amenaza!

Es necesario revalorizar lo rural aceptando que es un componente importante de la sociedad y de la economía en su conjunto, lo cual se constituye en una alternativa aceptable de vida y que merece ser apoyada en la medida y dimensión que se presenta. Se trata de un reservorio cultural e institucional que tiene los elementos para resistir, desde lo local, a los procesos de derrumbamiento del Estado de bienestar a nivel mundial.

La práctica de la trashumancia ganadera, en tanto componente de la estrategia económica que practican muchos campesinos chapacos del eje territorial que vincula la zona de Tolomosa con la zona de Lacajes, es parte de una estrategia económica cuya racionalidad busca sortear de la manera más eficiente las condiciones de alta variabilidad ambiental de ese tipo de ambientes. No es una casualidad que este tipo de respuestas adaptativas se presenten en todos los ambientes de montaña del mundo donde la variación estacional impone esas características de estacionalidad productiva, demostrando que la razón de los hombres puede llegar a conclusiones similares.

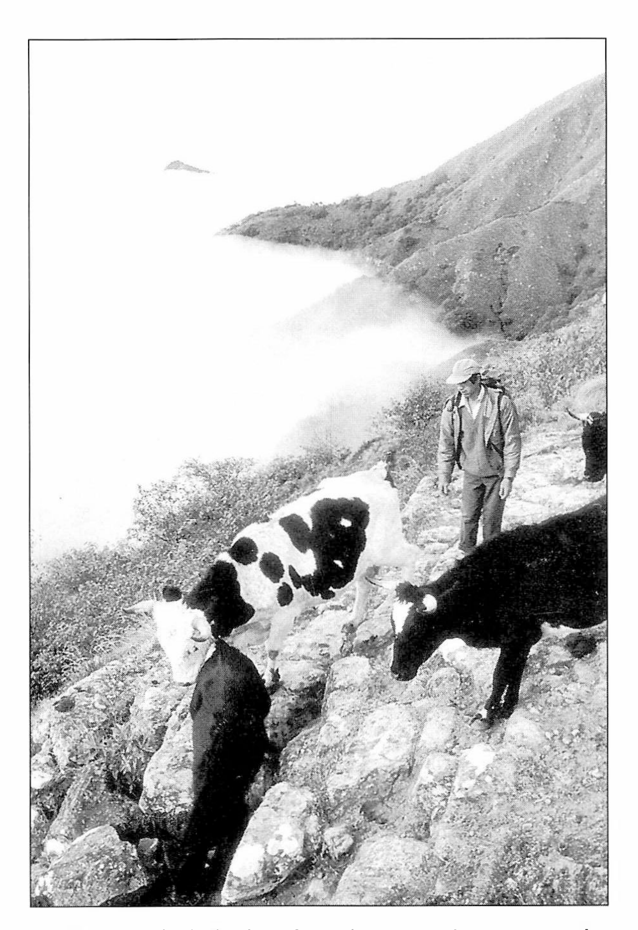
Por ser una actividad realizada en base al acceso a un sistema de recursos cuyas características imposibilitan la exclusión de puestos individuales, la trashumancia ganadera se caracteriza por llevarse a cabo bajo un contexto de alta interacción, que además genera una interdependencia entre usuarios de espacios vecinos por el acceso a factores productivos y genera relaciones de reciprocidad para complementarse entre sistemas productivos familiares. Esa estructura eventualmente construye un arreglo institucional cuya concreción es un espacio territorial donde hay una institución colectiva de gestión de los recursos naturales. Así, el territorio se dibuja como una figura de gobernancia del territorio cuya funcionalidad está movilizada por los intereses de todos sus miembros, y se constituye en un espacio real de participación con un alto potencial en la planificación territorial del desarrollo.

Al generar colectividad, la actividad de la trashumancia ganadera genera capital social, y este es un recurso sumamente valioso para enfrentar situaciones de crisis en la vida de las personas, especialmente si se tiene una alta incidencia de condiciones de pobreza como es el caso del área rural del Valle Central de Tarija donde se ubica el territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes.

Mediante la trashumancia ganadera es posible incorporar espacios territoriales *marginales* al universo económico de la región, que de otra manera probablemente estarían en una condición de *abandono* de estructuras institucionales que permiten un control sobre los espacios en que consolidan su territorialidad. El control de estos territorios permite mantener a otros usuarios fuera, o por lo menos condiciona su ingreso a acuerdos con los detentarios de los derechos sobre esos recursos. Es decir, existe una estructura institucional de gobernancia de los recursos en poder de los propios usuarios.

Esa misma condición favorece la consolidación de una institucionalidad con excelente potencial para la conservación de los servicios ambientales del ecosistema ubicados dentro de su territorialidad, especialmente en la zona de monte donde se encuentran los terrenos de pastoreo de invierno. Servicios como la conservación de la biodiversidad, producción de paisaje de buena calidad en gran escala, producción de agua limpia y conservación de sus fuentes, y sumidero de contaminantes del aire, son algunos que la trashumancia permite mantener con alta eficiencia y con un costo mínimo para la sociedad regional.

Las dinámicas cada vez más intensas de la globalización en estos tiempos, han evidenciado el rol importantísimo de la identidad cultural de los grupos sociales para una referenciación y autoafirmación cultural de sus miembros. En ese sentido, la trashumancia que practican los campesinos del eje Tolomosa-Lacajes es una fuente de valores culturales que recrea la identidad chapaca y la identidad tarijeña. Sin estas prácticas, la sociedad regional tarijeña tendría dificultades de posicionarse frente a los "otros", debilitando la subjetividad regional y coartando este elemento dinamizador de los procesos de desarrollo.



El Alto de Guerrero, desde donde se divisan los puestos de pastoreo en el monte.

Conclusiones

La trashumancia ganadera es una práctica que se encuentra en varias partes del mundo. Aparece allí donde las condiciones ambientales determinadas por la presencia de montañas y la variación estacional en la producción de forraje —ocasionada por la ubicación latitudinal—, imponen un sistema de manejo del rebaño familiar que permite trasladar el mismo, o una parte del mismo, entre pisos ecológicos de acuerdo a las condiciones favorables que se vayan presentando a lo largo del ciclo anual.

Es una práctica de ambientes de montaña, cuya base ecológica es la migración altitudinal de los mamíferos herbívoros, que siguen la onda fenológica de las pasturas a lo largo de la gradiente altitudinal de estos espacios. Asimismo, es una práctica directamente relacionada con unidades productivas familiares de pequeña escala, que son las que usualmente se presentan en este tipo de paisajes y que además, por presentar la característica de inaccesibilidad y marginalidad, exigen un sistema productivo de características extensivas, es decir, una gran diversificación de actividades y el uso de la mayor cantidad de espacios posibles.

La poca articulación de estos lugares a centros donde se podría dinamizar una economía que justifique la intensificación de la producción, obliga a los productores a destinar los pocos espacios agrícolas disponibles que poseen a la producción de alimentos para el consumo familiar, dejando la crianza de los animales para los espacios no propicios para la agricultura. Por esta razón, la crianza de animales se basa en las posibilidades productivas de los campos naturales de pastoreo, pero cuando estos campos presentan una variación estacional significativa, se hace urgente encontrar una solución para sortear esa variabilidad. La trashumancia o "migración altitudinal domesticada" de

los animales del hato familiar, es por cierto una alternativa que permite superar esa contingencia ambiental.

Sin embargo, para realizar la trashumancia es preciso un contexto favorable que posibilite el acceso a los espacios de pastoreo en los pisos altitudinales que estacionalmente se complementan en la producción forrajera y, sobretodo, que las condiciones socioeconómicas permitan una explotación de carácter extensivo. Esto ocurre en el Valle Central de Tarija. La trashumancia del ganado es una práctica instituida en la cultura productiva rural desde la introducción misma del ganado vacuno por los españoles a principios del siglo XVI, la cual permite a una gran parte de la población campesina criar un hato expectable, hasta los días actuales.

La trashumancia es posible gracias a la vinculación de espacios de pastoreo en tres pisos ecológicos: 1) los pastizales de las montañas y serranías que circundan al Valle Central de Tarija; 2) los campos de pastoreo del fondo de valle; y 3) las selvas de montaña ubicadas en las estribaciones andinas altitudinalmente más bajas hacia el oriente.

Esta articulación de espacios de pastoreo se realiza en función a los sistemas productivos familiares, es decir, espacios de propiedad de una familia campesina vinculados en una forma territorialmente discontinua entre pisos ecológicos adyacentes en torno al Valle Central de Tarija, en una lógica similar a los "archipiélagos productivos" descritos para Los Andes Centrales. Pero esto no significa que la articulación de espacios *individuales* no tenga una lógica de ordenamiento, sino que, al contrario, devela un patrón definido de agrupamiento de estas unidades familiares en grandes unidades colectivas que estructuran un espacio geográfico donde se desarrolla una institucionalidad que permite la gestión colectiva del mismo.

El eje de trashumancia ganadera denominado Tolomosa-Lacajes es un espacio territorial que aglutina las unidades productivas individuales de la parte media del Valle Central, que a su vez presenta un arreglo institucional interno que define una forma espacial con límites más o menos precisos, cuya lógica permite articular grandes espacios entre el Valle Central y las selvas de montaña bajo el control de estos usuarios campesinos.

Una evidencia de esta articulación colectiva es la institución ganadera que articula a la mayoría de los campesinos ganaderos de este sector, y sólo de este sector, quienes constituyen un grupo diferenciado de usuarios en el contexto del Valle Central de Tarija. La institución así formada ha sido formalizada en la década de los 70, a raíz de los problemas de invasión por otros actores de sus puestos en el monte.

Este patrón de agrupamiento no es fruto del azar, sino que responde a la necesidad de coordinar entre los puestos de pastoreo adyacentes, debido a la interdependencia que generan las características del sistema de recursos, cuyos atributos de un bien de acervo común condicionan su uso eficiente al establecimiento de unidades colectivas de pastoreo, las que se articulan jerárquicamente en unidades colectivas más grandes hasta formar finalmente el gran territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes.

Esta colectivización del espacio, en base a puestos individuales, se produce mediante una secuencia de mecanismos cuyo sustento está en dos condiciones peculiares de la zona de selvas de montaña donde se encuentran los puestos de pastoreo de invierno: es un terreno abrupto y deshabitado a causa de la inaccesibilidad y fragilidad, que prácticamente sólo se usa para criar ganado; las condiciones topográficas facilitan el establecimiento de un patrón climático muy variable que favorece una alta variabilidad de las condiciones productivas del sistema en sus localidades específicas, aunque se mantiene estable en su producción general.

Estas características impiden la instalación de puestos individuales cercados —salvo raras excepciones— ya que los costos de construir y mantener una cerca en estos terrenos es muy alto. Por otro lado, el comportamiento errático de la producción del sistema exige que los animales se muevan en un rango espacial más amplio que el propio puesto en busca de su alimento, siendo por eso necesario, permitir el paso de animales entre puestos cercanos, estableciéndose así una interdependencia entre puestos individuales que generan un primer nivel de colectividad.

Como estos puestos están ubicados lejos de las viviendas de los campesinos, en la zona del Valle Central, el cuidado y monitoreo de los animales se realiza en base a viajes periódicos cada cierto número de días y por un lapso muy breve, de manera que existe otro periodo en que los animales permanecen solos en el monte. Como cada ganadero debe realizar estos viajes de cuidado y monitoreo, que además son hechos a partir de la disponibilidad de tiempo entre las actividades de la comunidad de residencia, resulta que en el monte siempre hay alguien cuidando su ganado. Esto genera un segundo nivel de interdependencia que, a su vez, genera colectividad, ya que un campesino al realizar estos viajes no sólo cuida su ganado, sino que necesariamente observa qué sucede con los otros puestos por donde debe pasar, convirtiéndose así en un informante valioso para los dueños que están ausentes. Se establece, entonces, una reciprocidad en el servicio entre los campesinos interconectados por estas rutas de monitoreo.

A partir de esas rutas se puede ver que la articulación del territorio se basa en el circuito de caminos de uso colectivo entre los ganaderos de las diferentes zonas, donde se genera un tercer nivel de colectivización, ya que durante el traslado del hato se presentan contingencias y situaciones que requieren del concurso de otras personas para solucionarlos. En este sentido, es importante mantener una buena relación con los otros ganaderos, ayudándoles cuando sea necesario, ya que no se sabe en qué momento se va a precisar de su ayuda para no perder los animales.

De esta manera, se construye un espacio de interacción e interdependencia entre ganaderos con puestos individuales, los que mediante el arreglo institucional desarrollado han logrado constituir un territorio de gestión colectiva de la actividad ganadera que incluye dimensiones biofísicas y socioeconómicas, generando así el territorio de trashumancia Tolomosa-Lacajes.

A través de ese mecanismo se logra incorporar espacios territoriales de difícil acceso a los circuitos económicos regionales, como es el caso de los puestos de pastoreo de invierno, que si no fuera por la institución de la trashumancia del eje Tolomosa-Lacajes, probablemente sería un territorio "vacío". Esto no ocurre porque la ocupación del territorio ha permitido controlar su uso en algunos casos indiscriminado por usuarios ajenos, favoreciendo la mantención de una calidad ambiental que produce servicios ambientales eficientes.

El territorio de trashumancia ganadera Tolomosa-Lacajes se convierte así en una institución que permite cumplir varias funciones, entre las que se destacan la provisión de servicios ambientales públicos de buena calidad; el fortalecimiento de la subjetividad regional en tanto identidad cultural construida en base a las prácticas campesinas de producción y reproducción; y su innegable rol en las economías familiares y regional mediante la incorporación de la ganadería a los flujos bajo control local.

Estas funciones empero no son valoradas por los "actores del desarrollo", quienes a causa de una mala interpretación de la ideología de la modernidad, han caído en la trampa de simplificar la dicotomía de lo moderno y lo atrasado como equivalentes de lo urbano y lo rural. La trashumancia ganadera del eje Tolomosa-Lacajes, al ser una práctica del mundo rural, es automáticamente descalificada como una alternativa viable y deseable para el desarrollo local.

Esta práctica suele ser tipificada como una práctica de subsistencia, irracional, atrasada, de la pobreza, de impacto negativo al ecosistema y otros, por parte de los actores

institucionales del mundo urbano, por lo que carece de reconocimiento del potencial positivo que encierra su complejidad institucional. La consigna del desarrollo, manejada desde la perspectiva urbana, parece ser la de sustituir lo antes posible este modo de vida y adecuarlo a los criterios de "modernidad".

Las críticas a ese modelo de desarrollo argumentan, cada vez con mayores evidencias, que este enfoque, lejos de potenciar a la sociedad hacia un futuro mejor, está provocando crisis que cuestionan incluso nuestra supervivencia como especie. La aplicación de políticas con este enfoque que privilegia la dinámica urbana —que no sólo no apoya adecuadamente al mundo rural, sino que le coloca serios obstáculos—, ha instaurado una grave crisis en el campo, reflejada en los crecientes niveles de pobreza y desestructuración social en el sector rural latinoamericano.

De ahí que la revalorización de la práctica de trashumancia ganadera, al igual que las prácticas del mundo "tradicional" rural como componentes de la economía y cultura regional, sea importante. En el fondo, se constituye en una alternativa de vida de muchas familias campesinas, en este caso del sector entre Tolomosa y Lacajes, con proyección a todo el Valle Central de Tarija. Su virtud radica en que ha demostrado ser parte de una estrategia que ha permitido el desarrollo de una forma cultural, la cultura chapaca, no menos digna que otras.

El desarrollo sostenible en la región, por tanto, no puede ignorar esta práctica, debido a sus implicancias culturales, económicas, ecológicas y políticas, cuya incidencia es de vital importancia para una gran parte de la población campesina del territorio de trashumancia estudiado en este caso.

La trashumancia ganadera es, en definitiva, parte de una lógica de diversificación que permite a las familias campesinas reducir el grado de vulnerabilidad de las mismas ante un contexto constantemente cambiante; por lo tanto, es parte de una estrategia viable de lucha contra la pobreza, que además, por su complejidad institucional, tiene otras funciones de capital relevancia para el desarrollo local.

Bibliografía

AGRAWAL, Arun

2000 Small is beautiful, but is larger better? Forest-management Institutions in the Kumoan Himalaya, India. En: Clark C. Gibson, Margaret A. McKean, and Elinor Ostrom (eds.). *People and Forests. Communities, Institutions, and Governance.* Inglaterra: The MIT Press.

ÁVILA, Edgar

1997 *Historia de Tarija*. Tarija: Editorial Luis de Fuentes.

2000 La situación de Tarija en la República de Bolivia. En: *Suplemento Cultural Cántaro. No. 192*. Tarija: *El País*.

BARRAGÁN, Mario

2001 *La historia temprana de Tarija*. Tarija: Ed. Gráfica FOCET KOKITO.

BECK, Stephan, PANIAGUA, Narel y PRESTON, David (editores)

2001 *Historia, ambiente y sociedad en Tarija, Bolivia*. La Paz: Instituto de Ecología.

CALZAVARINI, Lorenzo

1996 *Introducción* en Giannecchini, Doroteo: *Historia Natural, Etnografía, Geografía, Lingüística del Chaco Boliviano*. 1898. Tarija: Centro Eclesial de Documentación.

2000 "Catolicismo en Tarija". En: Suplemento Cultural Cántaro. No. 204. Tarija: *El País*.

CONDARCO, Ramiro

1970 *El escenario andino y el hombre*. La Paz: Ed. Renovación.

CONTACTO

2001 Programa televisivo del canal 4. 24 de mayo del 2001. Tarija

CORRADO, Alejandro y COMAJUNCOSA, Antonio

1990 *El Colegio Franciscano de Tarija y sus Misiones*. Tomos I y II. 1810. Tarija: Ed. Franciscana.

CUBERO, José

2001 *La migración de aves*. Grup d'Estudis i Protecció de les Rapaces (G.E.R.). http://www2.uji.es/cyes/internatura/estudios/migracio.html 06/08/01.

DILLEHAY, Tom, NETHERLY, Patricia

1999 "Introducción". En: *La Frontera del Estado Inca*. Quito: Coedición de la Fundación Alexander Von Humboldt y Editorial Abya-Yala.

DUNKERLEY, James

2000 *El tercer hombre. Francisco Burdett O´Connor y la emancipación de las Américas*. La Paz: Plural.

ESCOBARI, Laura

2001 *Caciques, yanaconas y extravagantes. La sociedad colonial en Charcas siglos XVI-XVIII*. La Paz: Plural.

HERRERO, Juan; GARIN, Inazio; GARCÍA, Alicia y ALDAZANBAL, Arantza

2001 *Borrador para un plan del Sarrio en Navarra*. http://suse00.su.ehu.es/euskonews/0054zbk/gaia5405es.html 06/08/01.

HINOJOSA, Alfonso

2001 "Cohabitando fronteras culturales de la modernidad: El caso de los campesinos tarijeños en el norte argentino". En: Suplemento Cultural Cántaro. No. 227. Tarija: *El País*.

HINOJOSA, Alfonso; PÉREZ, Liz y CORTEZ, Guido

2000 *Idas y venidas. Campesinos tarijeños en el norte argentino*. La Paz: PIEB.

ICIMOD

2001 *Livestock, Fodder, Pastures and People*. An integrated Study in the Karakoram Region of Pakistan. Nepal: Special Technical Bulletin.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA - INE

2001 *Resultados previos para el departamento de Tarija*. La Paz: Mimeo.

JAINA

2000 *Percepciones locales del bienestar*. Tarija: JAINA-DFID-GNT.

KLEIN, Herbert

1995 *Haciendas y ayllus en Bolivia: La región de La Paz, siglos XVIII y XIX.* Serie Estudios Históricos 18. Lima: IEP.

LANGER, Erick

1998 "El auge comercial en la historia de Tarija". En: Presencia Literaria. Año XXXII. 3 de Abril. La Paz: *Presencia*.

1999 "Una mirada desde afuera. Una visión histórica de Bolivia en el Siglo XX". En: *Bolivia en el Siglo XX. La formación de la Bolivia contemporánea*. La Paz: Harvard Club de Bolivia.

2000 "Introducción en Tomo V de Historia de Tarija" (Corpus Documental). En: Suplemento Cultural Cántaro. No. 194. Tarija: *El País*.

LARSON, Brooke

1992 *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia*. Cochabamba 1500-1900. La Paz: CERES/HISBOL.

McKEAN, Margaret

2000 *Common Property: What Is It, What Is It Good for, and What Makes It Work?*. En: Gibson, Clark C.; McKean, Margaret A., and Ostrom, Elinor (eds.). *People and Forests. Communities, Institutions, and Governance.* Inglaterra: The MIT Press.

McLAIN, Rebecca y JONES, Erick

1997 *Challenging "Community" Definitions in Sustainable Natural Resources Management: The case of wild mushroom harvesting in the USA.* Gatekeeper Series no. 68. IIED. UK.

MARTINEZ, José Luis

1998 *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII.* Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

MELIÁ, Bartomeu

1988 "Ñande Reko. Nuestro modo de ser". En: *Cuadernos de investigación 30*. La Paz: CIPCA.

METHFESSEL, Lilo

2001 "Los caminos precoloniales de Tarija". En: *Suplemento Cultural Cántaro. No. 216*. Tarija: *El País*.

MORRIS, Michael

2001 *Caribou Concerns Across Canada*. Parks Canada. Http://www.cmiae.org/concern.htm 05/09/01.

MURRA, John

1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: IEP.

OSTROM, Elinor

1990 *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge University Press.

PAZ, Danilo

1995 *Lecciones de sociología rural*. La Paz: Plural Editores/CID.

PÉREZ, Edelmira

2001 *Hacia una nueva visión de lo rural*. En *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Norma Garriaca (compiladora). Buenos Aires: CLACSO.

PLATT, Tristan

1982 *Estado boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el norte de Potosí.* Lima: IEP.

1999 *La persistencia de los Ayllus en el norte de Potosí. De la invasión europea a la República de Bolivia*. La Paz: Fundación Diálogo. CID.

PORCEL, Roberto

2000 *Primera fundación de la actual ciudad de Entre Ríos en el Valle de las Salinas-República de Bolivia*. Buenos Aires: Edición personal.

PRESTA, Ana María

1995 *Espacio, etnias, frontera: atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu. siglos XV – XVIII.* Sucre: Ediciones ASUR.

2001 "Hermosos, fértiles y abundantes. Los valles centrales de Tarija y su población en el siglo XVI". En: Stephan Beck, Narel Paniagua y David Preston (eds.). *Historia, Ambiente y Sociedad en Tarija, Bolivia*. La Paz: Instituto de Ecología.

PRESTON, David y PUNCH, Samantha

2001 Estrategias de vida del hogar, sistemas de producción y medio ambiente: el valle Camacho, Bolivia. En: Stephan Beck, Narel Paniagua y David Preston (eds.). *Historia, Ambiente y Sociedad en Tarija, Bolivia*. La Paz: Instituto de Ecología.

PROMETA

2000 *Reserva Nacional de Flora y Fauna Tariquía. Plan de Manejo 2000-2004*. Tarija: SERNAP-TNC/AID.

TOURAINE, Alain

1998 *Crítica de la Modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

UGALDE, Patricia (compiladora)

2001 *A contrapunto con la historia. El Movimiento Sindical Campesino de Tarija*. Tarija: IICA.

URBANO, Henrique (compilador)

1991 *Modernidad en los Andes*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas".

SCHAEDEL, Richard

1978 *Formation of the Inca State*. En: Matos, Ramiro (comp.). *El hombre y la cultura andina*. 1:112-156. Lima.

1998 Comentario: "Las fronteras del Estado Inca". En: Dillehay, T. y Netherly, Patricia (comp.). *La Frontera del Estado Inca*. Quito: Coedición de la Fundación Alexander Von Humboldt y editorial Abya-Yala.

SILVA, Eddy

2001 *Peces migratorios en el Ecuador*. Publique. Servidat@hoy.net

SOTO, Fernando

2001 "La Fundación de San Bernardo del Valle de Tarija: ¿Por Orden o por Capitulación?". En: *Suplemento Cultural Cántaro. No. 219*. Tarija: *El País*.

VACAFLORES, Carlos

1998 *Características de la actividad ganadera en el pro-indiviso de Chapis*. Tesis de Licenciatura. Facultad de Ciencias Agrícolas y Forestales. Tarija: Universidad Juan Misael Saracho.

2000 *la producción espacial en la gestión campesina de los recursos naturales*. Tarija: JAINA-PLAN.

WHITEMAN, David
2000 *Mountain Metereology*. Oxford University Press.

ZONISIG
2001 *Zonificación agroecológica y socioeconómica. Departamento de Tarija*. DHV Consultores – ITC, Ministerio de Desarrollo Sostenible y Planificación, Prefectura del Departamento de Tarija. La Paz: SIERPE Publicaciones.

ZOOMERS, Annelies
1998 *Estrategias campesinas en el surandino de Bolivia*. La Paz: KIT/CEDLA/CID.

Documentos coloniales

AFT, M-52 Informe General de Todas las Misiones remitido al Exelentísimo Marquez de Aviles, Virrey de Buenos Ayres.

AFT, M-146 Al muy Ilustre Don Joaquin del Pino Brigadier de los Rs Excelentisimo y Presidente de la Real Audiencia de la Plata, Sobre la conmoción de los Indios. 28 de marzo del 1796.

AFT, M-162 Títulos: Compras: Reales Provisiones. Visitas. Composiciones, pagos reales de ellas. Confirmaciones y demás instrumentos pertenecientes a las Tierras, Chacras, Estancias, Solares y Cavallerías, que en Valle de la Salinas y Nueva Vega de Granada Tienen y Poseen los Indios convertidos y reducidos, Chiriguanos y Mataguayos, en estas Misiones de este Colegio. Manuscrito. 1745.

AFT, M-163 Títulos de Meña hechos por el Capitán Juan Pórcel de Padilla a Ambrosio de San Juan y Diego de Illanes en la Nueva Vega de Granada. 1617.

AFT, M-166 Acta de elección del alcalde pedaneo del Valle de Debajo de las Salinas. 1826. Carta de Mariano Vasques, Comandante efectivo del Regimiento Dragones de Tarija, pidiendo la adjudicación de la estancia de San Nicolás, perteneciente a la Misión de Salinas. 1837.

AFT, M-167	Apuntes de Fray Manuel de la Concepción de la Misión de Salinas sobre las Razones fuertes para que las (*palabra ilegible*) o no conviene a los misioneros de la reducción de salinas hacerse cargo de la Ayudantia de aquellos valles de Salinas cercanos a esta reducción.
AFT, M-168	Nota de don Constancio Flores haciendo notar que la administración temporal de dn. Juan Fernades y dn. Jose Gallo de la Misión de Salinas a la expulsión de los PP. Jesuitas.
AFT, M-169	Autos sobre que se calumnia aver substracción de Vienes en la Misión que fue de Jesús tas en el Valle de las Salinas. 1769-1770.
AFT, M-170	Asunto Tierras de la Misión de Salinas Justo Ruiz y Dionisio Ruiz. 1771.
AFT, EP-1(1)	Licencia de la Fundación del Convento. 1606.

Entrevistas a ganaderos

Plácido Valdez	Carlaso
Tomás Valdez	Carlaso
Camilo Valdez	Carlaso
Vicente Rojas	Carlaso
José Romero	Carlaso
Germán Meriles	Churquis
Dalmiro Jaramillo	Churquis
Felipe Meriles (+)	Churquis
Pedro Meriles	Churquis
Nelson Quispe (sapito)	Churquis
José Lamasart (Paita)	San Andrés
Amadeo Jurado	Papa Chacra
Delicia Fernandez	San Andrés
Adel Meriles	Pantipampa
Gerardo Vega	Pantipampa
Pio Yurquina	Molino La Sal
José Maria Gareca	San Andrés
Carlos Vega	Tolomosa Norte
Mario Ramos	Tolomosa Norte
Juan Aparicio	San Agustín

Filemón Vega	San Andrés
Nestor Vega	San Andrés
Alfredo Ramos	Bella Vista
Ricardo Yujra	San Andrés
Pablo Quispe	San Agustín
Nicolás Vega	San Andrés
Agustín Vega	San Andrés
Calixto Vega	San Andrés
Filemón Vega	San Andrés
Claudio Zambrana	Tolomosita Este
Fermín Ordoñez	San Agustín
Avelino Quispe	Alto Potreros
Luis Alfaro (FSUTCT)	San Andrés
Gertrudis Sánchez	San Andrés
Beatriz Torres	Papachacra
Concepción Sánchez	Papachacra

Autores

Carlos Vacaflores Rivero

Nació en Potosí. Estudió ingeniería agronómica en la Universidad Autónoma Juan Misael Saracho (1988-1993) y cursó postgrado en Manejo de Recursos Naturales, Ciencias Políticas y Forestería Comunitaria en la Universidad de Indiana, EE.UU. y en la Universidad de San Simón, Cochabamba.

Ricardo Del Carpio Borda

Nació en Tarija. Estudió ingeniería agronómica en la Universidad Autónoma Juan Misael Saracho (1988-1992).

Rhinda Calla Gutiérrez

Nació en Tupiza. Estudió sociología en la Universidad Mayor de San Andrés y Mayor de San Simón (1975-1985). Realizó un postgrado en Desarrollo Rural en el Colegio Andino Bartolomé de las Casas, Cusco-Perú.

Jesús Molina Antelo

Nació en Tarija. Estudió ingeniería agronómica en la Universidad Autónoma Juan Misael Saracho (1987-1993).